

Una obra imprescindible para entender las claves del auge de movimientos cuya pujanza debería alertar de manera urgente al conjunto de nuestra sociedad.

LOS NUEEVOS FASCISMOS

MANIPULAR EL RESENTIMIENTO



«La insatisfacción, la falta, la incompreensión, el vacío de sentido y el sufrimiento son, entre otros, aceleradores del resentimiento, aprovechados por los diferentes discursos y estéticas del fascismo para formar sus rebaños».

ALBERTO GONZÁLEZ PASCUAL



ALMUZARA

ALBERTO GONZÁLEZ PASCUAL

*Los nuevos
fascismos*

Manipular el resentimiento

©, ALBERTO GONZÁLEZ PASCUAL, 2022

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN PENSAMIENTO POLÍTICO

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Edición de JAVIER ORTEGA

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

@AlmuzaraLibros

info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-18648-64-9

Hecho en España - Made in Spain

A mi esposa Menchu y mi familia

Prefacio

Para poder odiar, tiene que estar abierta la posibilidad de amar a alguien otro, a algo otro.

Sándor Ferenczi (1932)

Las ideologías, ya sean políticas, religiosas o científicas, se mantienen en pie y caminan para ratificar la fe en las decisiones que toma un grupo humano a la hora de sobrevivir, luchar, obedecer, adquirir un saber, superar el miedo y, en ocasiones, para poder amar, incluso a costa de exterminar al prójimo.

Una cuestión que abordo (a todas luces inacabada) es la de identificar los modos con que son silenciadas las dudas en torno a las decisiones que hacen temblar las aguas del vaso de la mezquindad del hombre. Al explorar los motivos y actitudes que impulsan el resentimiento, he podido constatar que solo la simpatía puede curarlo. Pero hay que convertirse en un excelso doctor (otra tarea imposible) para saber aplicarla a tiempo en el lugar correcto.

Hay un umbral crítico en nuestra vida que acontece justo cuando la iluminación está a punto de tocarnos la frente. Entonces sobreviene el traspies y sufrimos una caída estrepitosa. Cuando esto nos ocurre, hay personas que se empecinan en remar a contracorriente y no rendirse. Mientras que hay otras que deciden abandonarse, creyendo que no les quedan posibilidades de recuperación. El fascismo, que no hace distinciones, sale al encuentro de ambos tipos y les dice eso de «*así no puede ser*». Lo que en su lengua significa que, si renuncian a lo que él dicte, lograrán que la experiencia deje de ser humillante, y perderán el miedo a la vida y la muerte. Esto es lo que está en juego con el resentimiento. Como ha sido siempre, los sedientos son los que están en mayor peligro.

ALBERTO GONZÁLEZ PASCUAL

Introducción

No seas demasiado justo y no te hagas demasiado sabio.

¿De qué te servirá volverte loco?

Eclesiastés, cap.7, vers. 16

El fascismo está en plena forma. No es un fantasma del pasado, sino un fantasma eterno. Hay una imagen que viene a mi mente con frecuencia cuando reflexiono sobre cosas que observo a mi alrededor que no funcionan como deberían y me pregunto por qué nadie con poder legítimo hace algo útil para arreglarlas: se trata del morro frontal de una enorme locomotora de vapor entrando en la estación de una ciudad del este europeo. El chorro humeante que sale por la chimenea de su motor esparce una sucia neblina que cubre todo el andén, donde cientos de hombres, mujeres y niños, vestidos en blanco y negro y portando maletas y enseres variopintos, se disponen a ser hacinados en vagones que no son de pasajeros. Es una paradoja que la tecnología que propició la primera gran revolución industrial moderna haya sido el medio en el que varios millones de seres humanos fueran conducidos desde todos los rincones de Europa hacia campos de exterminio, como el de Auschwitz, durante la Segunda Guerra Mundial; una coincidencia que nunca me podré tomar a la ligera. El cineasta Steven Spielberg utilizó los primeros fotogramas de su filme *La lista de Schindler* (1993) para recrear la misma locura: la racionalidad de la técnica y el poder del progreso histórico puestos al servicio del mal.

¿Cómo se origina el mal y resulta normalizado por grupos sociales, sean estos grandes o pequeños, con la estética de una causa política justa? Esta cuestión es solo uno de los motivos que explican este libro.

El estado de las cosas siempre cambia. Hay una creencia que nos enseñan desde niños en Occidente que postula que es bueno desear el cambio porque, por regla general, mejorará nuestras vidas. Se trata de una verdad a medias, un equívoco bienintencionado que nos cuida de sentirnos desamparados. Pero según vamos aprendiendo qué es eso de la condición

humana y la enorme fragilidad que la caracteriza, nos vamos dando cuenta de que la lógica del cambio es multidireccional y que hay bastantes probabilidades de que sufra reversiones que nos llevarán a caminar hacia atrás.

Para entenderlo más claramente, es lo que sucede si conduces a gran velocidad por una carretera de montaña llena de curvas y por la que descienes sin tocar los frenos; sin duda podrías derrapar dando varias vueltas de campana. O bien, si no te abstienes de atravesar las turbulencias de temporales cada vez que pilotas un avión, digamos que entraría dentro de los cálculos que en alguna ocasión sufrieras una parada múltiple y te estrellaras. El cambio no es un avance positivo *per se*: tiende al caos y, por consiguiente, necesita de ciertos ingredientes que lo motiven y orienten para que no se convierta en una catástrofe. La historia del hombre se podría describir a partir de un análisis sobre cómo fue la lucha a lo largo de los siglos por controlar políticamente el sentido y los objetivos del cambio (recuérdese todo lo que desencadenó imprimir por primera vez una biblia y traducirla al alemán, o expoliar los derechos de propiedad a pueblos indígenas que habitaban unas tierras desconocidas hasta una determinada fecha en base a la fuerza y un poder normalizado por una autoridad ética de naturaleza divina).

En nuestra época vivimos en un mundo acelerado, caracterizado por una sobreestimulación de información y experiencias superficiales que nos bombardean sin pausa con una ambición infinita por acompañarnos las veinticuatro horas del día. Su meta es la de extraer terabytes de datos sobre nuestra conducta, decisiones y preferencias, ya sea dando voluntariamente nuestro permiso para que los recopilen ya sea convenciéndonos para que nos unamos a ese proceso en el que uno mismo se convierte en otro protagonista que contribuye a que crezca el bombardeo. El resultado es que nos exponemos a una manipulación de nuestro entendimiento y sentimientos, que pueden ser explotados por terceros en una gran variedad de situaciones (modificar nuestra intención de voto, acotar lo que leemos y opinamos, prescribir el tipo de compañías que elegimos). Pero lo que es todavía más peligroso: esa manipulación puede hacernos sufrir con tanta gravedad que,

sin apenas darnos cuenta, nos transforma no solo en víctimas sino en perpetradores o cómplices de un sufrimiento a los demás.

Una tormenta incesante de mensajes, fotografías, vídeos y símbolos actúan como propaganda a través de los medios de comunicación, las redes sociales y los aparatos del Estado. Su objetivo no solo es condicionar nuestra visión del mundo y el modo en que tomamos decisiones. Hay algo más: indicarnos cuál es el origen de nuestro malestar y establecer quiénes son nuestros enemigos (los responsables de que no prosperemos en la vida, los que nos privan de alcanzar nuestras aspiraciones y sueños).

En este torbellino, la ideología de que el progreso es bueno y constante ha logrado sedimentar en la cultura dominante una certeza principal con la que se articulan la opinión pública y la conciencia colectiva de las sociedades, para que estas no se contagien de un estado de terror ni les embargue la desesperación: el fenómeno de que las libertades individuales y los derechos políticos vigentes y protegidos por ley en los países democráticos nunca en la historia de la humanidad han alcanzado un mayor potencial de realización y garantías. Y, sin embargo, la incertidumbre que afecta a todo lo que se nos ha inculcado como ciudadanía que constituye una vida legítima y bien deseada crece sin límite ni piedad. «Nada es seguro». «Todo acontece sin rumbo». Creer con convicción en tales aforismos precipita que las personas busquen una respuesta para eliminar su sensación de desamparo en espacios ideológicos que son equivocados, cuyos líderes se valen de su debilidad para engañar e inducir a que asuman una conducta que acuñe unos valores distorsionados o falsificados.

Si un ente sobrenatural o una máquina cuántica nos proporcionara el privilegio de decidir con plena libertad cómo nos gustaría que fuese nuestra vida si pudiéramos repetirla desde el día de nuestro nacimiento, sería plausible la hipótesis de que uno eligiera ser todavía más guapo e inteligente, con plenitud física, que su familia tuviera un estatus económico y cultural más elevado, con unos padres y hermanos cariñosos y que siempre te apoyaran, dándote todas las facilidades para llegar a ser alguien importante para tus semejantes,

desarrollando tus talentos, estudiando en alguna de las mejores universidades del mundo, logrando ser miembro de un club exclusivo, viajando por decenas de países, conociendo a personalidades influyentes, fundando una empresa innovadora, ayudando a mejorar la vida de los más desfavorecidos y recibiendo premios de gran prestigio social por tus logros y filantropía. ¡Qué buena pinta! Pero si estamos despiertos, sabemos que la existencia de la inmensa mayoría de las personas no es algo tan atractivo ni tan sencillo, sino que se parece más a un combate en el que se reciben duros golpes — en bastantes ocasiones propinados por quienes uno jamás esperaría—, y en el que todo el tiempo se pone a prueba el deber, o dicho de otro modo, la pasta de la que uno está hecho. Me incluyo.

No obstante, en vez de elegir una fantasía tan ampulosa como la que he descrito, me inclino porque nuestro anhelo debería quedar focalizado en aspectos más esenciales y modestos como, por ejemplo, llegar a dominar el arte del lenguaje que hablamos, y pensar y escribir conforme a lo que es digno de ser admirado. Es indiscutible que estas competencias son el corazón del progreso humano, puesto que son las que nos permiten zafarnos de quienes tratan de que no alcancemos nunca, ni teniendo cuarenta años, la mayoría de edad. Y ahí queda esbozado el segundo motivo para embarcarme en este libro: resaltar la utilidad de saber dominar el ejercicio de la crítica o, dicho con otras palabras, subrayar la grandeza y el respeto que te infunde una persona cuando se ha hecho merecedora de la facultad de pensar por sí misma.

Más que nunca debemos desconfiar de la apariencia de las cosas y de las personas que nos empujan a venerar la brevedad extrema, aceptando la simplificación burda y exigiendo la instantaneidad para resolver aquellos conflictos y situaciones que son complejos y que, a tenor de las leyes naturales y de la mentalidad democrática, tendrían que ser atendidos con calma, paciencia y profundidad. Adherirse a un tipo de hábito político en el que todas las decisiones son fáciles y rápidas de tomar (en el que se rechaza la ambigüedad y el intercambio de pareceres diversos) es un paso hacia la conformidad con el hecho de que sea otro el que piense y decida por uno,

dictándonos las acusaciones que hay que formular sobre el contrario y, a la vez, gestando el rencor hacia todos aquellos que no actúan con la misma forma de obediencia o que se vuelven sospechosos porque supuestamente nos privan de gozar sin restricciones ni obligaciones.

Más que nunca, nuestro intelecto, bagaje cultural y capacidad crítica deben estar entrenados para no aceptar el yugo del aburrimiento, el odio, el desprecio y el miedo ante adversidades inconmensurables y desilusiones imprevistas. Deben proporcionarnos una fortaleza que sea suficiente para impedir que caigamos en el conformismo, el agotamiento empático, el fatalismo y, específicamente, para librarnos del ambiente tóxico que trae consigo el resentimiento.

El resentimiento es un veneno mortal para la dignidad del hombre; un estado psíquico casi incurable. Explicar de un modo preciso y ecuánime la noción de resentimiento y las estrategias que practican el fascismo y el totalitarismo a la hora de cultivarlo, propagarlo e instrumentalizarlo, sustancia el tercer motivo que completa el propósito de este libro. Entender el resentimiento es asomarse a lo que Kant denominó «las flaquezas del ser humano» en su declinación hacia lo tenebroso y lo violento. Se trata, por tanto, de una pasión triste, un sentimiento de agresividad, un estado subjetivo de la conciencia que desinhibe los instintos, y todo ello queda encaminado hacia el odio y el desprecio al Otro, generalmente a grupos étnicos, sociales, políticos y religiosos concretos.

El resentimiento puede proyectarse en dos direcciones: una ascendente, focalizado sobre grupos con un estatus social superior o privilegiado dentro del orden prevalente del sistema social. Estos grupos a menudo representan el deseo no consumado o la privación que experimentan los agentes resentidos, los cuales adoptan la creencia de que hay establecidas unas barreras infranqueables de carácter tanto institucional como tácitas, que les impiden llegar a ser una parte integrante de ese colectivo de poderosos. La otra es descendente, es decir, el odio de los resentidos se orienta en este caso hacia grupos históricamente con menos poder o discriminados en sus derechos y que, de pronto, se convierten en los culpables de su situación precaria; por consiguiente, los

sienten como una amenaza que podría arrebatarles su posición en la escala social, corromper sus ideales o perjudicar sus posibilidades reales de mejora. Los efectos de esta doble orientación son diversos y complejos, pero en ambas hay un denominador común: la articulación de un discurso ideológico y de unas costumbres lingüísticas que crean un sistema de valores falso en el que, como característica diferencial, estaría permitido expresar una serie de sentimientos que el juicio racional y democrático sanciona como incorrectos e inmorales.

El resentimiento es un arma para producir en apariencia una cultura completa desde la que iniciar, como primer paso, una exclusión de los que nunca podrán ser miembros de ese nuevo modelo cultural con el que se aspira bien a ocupar el poder social y económico para instaurar un nuevo orden (incluido aquel que permite independizarse de la totalidad), bien a precipitar la destrucción del que está vigente e infligir dolor a sus defensores.

Las raíces del resentimiento tienen causas psíquicas y materiales que examinaremos con detalle en los primeros capítulos. Podemos anticipar que estas se encuentran, en primer lugar, en un estado de impotencia a la hora de hacer las cosas que se desean y, en segundo, en una valoración de inferioridad ante la comparación con otros.

En todas las comparaciones que el resentido hace de sus posibilidades con respecto a las de otros grupos y personas, llega siempre a la conclusión de que sale perdiendo. En su conciencia se habilita un circuito de retroalimentación en el que el desconsuelo obsesivo y la parálisis psicológica transforman su frustración interior en rencor dirigido a lo externo («la culpa es de los demás» o «la sociedad es la responsable de mi mala suerte», etcétera). Una vez instalado en el rencor, la persona es un blanco fácil. Los lobos siempre atacan al más débil. El resentido no esconde sus debilidades, sino que las comparte, es decir, quedan expuestas porque él mismo se queja públicamente de sus carencias, del hecho de no tener fuerza de voluntad para perseverar y alcanzar una meta. Diseñar el rescate de su resentimiento mediante una falsificación del mundo es la empresa del fascismo.

En la actualidad, la mayor parte de los países no existen dentro de un régimen formalmente fascista ni totalitario. Sin embargo, mi preocupación deriva de que la comunicación política dominante en la esfera mediática de sus democracias, incluida la de España, está utilizando consciente e inconscientemente resortes propios del fascismo y totalitarismo para explotar las emociones de colectivos de diferente inserción social. El objetivo, aparentemente legítimo, es movilizarlos hacia la aceptación de una realidad simbólica extremadamente ideologizada y, por consiguiente, alejada de criterios de objetividad, rectitud y validez científica. Y para ahondar más, esa aceptación se combina con alentar la práctica de una actitud de agresión hacia el que piensa diferente, asumiendo un cierre del lenguaje (lo que quiere decir que cada facción enfrentada cree que la verdad ha sido ya descubierta y que, por así decirlo, está de su lado. De manera que se niega la utilidad de escuchar y aprender del Otro, puesto que nada hay que pueda existir conforme a ley fuera de su visión del mundo).

El permafrost es una capa «eternamente» congelada de la superficie de la tierra que se halla por debajo del terreno en el que crece la vida orgánica y se asientan la vegetación y la nieve (localizado en las zonas más frías del hemisferio norte, como Canadá, Alaska, Noruega, Groenlandia y Siberia). En su interior guarda una cantidad descomunal de carbono. Tras millones de años, este mecanismo de la evolución natural ha comenzado a derretirse como consecuencia del calentamiento global. Un escape a gran escala de las bolsas de dióxido de carbono que contiene podría llegar a suponer el colapso para la atmósfera respirable y una sentencia de muerte para la vida en el planeta. El calentamiento de la democracia liberal se está acelerando como nunca se había visto desde que se produjo la disolución de la Unión Soviética y los atentados del 11-S en Nueva York. El permafrost democrático ha empezado a granularse, desencadenando la corrosión de aquellos pilares del Estado que venían asegurando la descontaminación del clima político para que las sociedades se mantuvieran inmunes a un posible retorno de los errores del pasado (aquellos que llevaron a los pueblos a ser víctimas de las manipulaciones de fascismos, nacionalismos exacerbados y colonialismos

genocidas). Las emanaciones de aquellos fantasmas se pegan a las formas de comunicación contemporáneas, modificando sus cromosomas morales e influyendo en la mentalidad de las generaciones más jóvenes. El terreno firme que creíamos pisar, en el que el sistema de partidos, la división de poderes, la pluralidad informativa y la educación ilustrada soldaban un formidable escudo de protección frente a la propaganda y la manipulación, se está hundiendo sin avisar. Es algo que ha ocurrido otras veces en la historia.

Una mentalidad fascista significa que el sistema operativo instalado en la conciencia de un determinado grupo de personas funcionaría con una secuencia de algoritmos para: (i) Escapar de situaciones de ansiedad, de la complejidad y ambigüedad de fenómenos, y de la obligación civilizatoria de empatía y compasión hacia el prójimo, incluso de aquel que nos hiera. (ii) Exigir obediencia y conformidad en cualquier circunstancia, incluso cuando la información con la que haya que tomar una decisión sea incompleta, imprecisa o contradictoria. La orden debe ser cumplida acorde a los preceptos establecidos. (iii) Reafirmar el yo vitalmente con declaraciones y demostraciones de superioridad, prejuicios e intolerancia sobre aquellos que son catalogados como diferentes o que se juzgan como débiles. (iv) Autorizar la dominación y el exceso de poder como vía necesaria para la convivencia social. (v) Castigar con violencia y discriminación a los disidentes. (vi) Reverenciar la disciplina extrema como garantía para obtener un control absoluto sobre la realidad, no habiendo espacio para la improvisación ni para el error. La voluntad del fascista lo puede y lo quiere todo. Encontrando cierto goce con el autocastigo para que uno enderece su propia conducta en la senda de alcanzar el ideal previsto. El impulso sádico y masoquista se arraiga en su conciencia para aliviar las dudas y la incertidumbre.

En la lógica del resentimiento lo que subyace en la psicología del sujeto como necesidad a satisfacer nunca será el fruto de un momento de cólera, ni tampoco se remediará con un acto de venganza puntual, sino que hay algo que persiste incluso tras un momento inicial de resarcimiento con aquel que le ha causado dolor. Sufre de un vacío existencial que nunca acaba

(así es como su deseo de venganza, los celos y la envidia se convierten en un patrón de repetición en su conducta).

Shakespeare nos deleita con una radiografía excelsa del resentimiento, en la figura de Casio, en su *Julio César*. Al comienzo de la obra, el senador trata de persuadir a Bruto de la idoneidad del asesinato. Su discurso nos sirve como primera referencia para diferenciar un acto de odio típico de un resentido de lo que sería un acto limitado de venganza:

CASIO

(...) Ignoro lo que pensáis tú y otros de esta vida.

En cuanto a mí, mejor vivir no quiero

Que vivir y temer a un semejante.

(...) yo al casado César saque del Tíber; y este hombre

Ahora es un Dios, y Casio un miserable

Que el cuerpo tiene que inclinar si acaso

César le inclina, al verle la cabeza.

(...) Se apoya sobre el mundo estrecho

Cuál coloso. Nosotros ¡pobres hombres!

Bajo sus grandes piernas caminamos

En pos de deshonrosas sepulturas.

Es de su suerte dueño el hombre a veces,

No es culpa de los astros, caro Bruto,

Es culpa nuestra que vivamos siervos.

¡César y Bruto! ¿qué hay en ese César?

¿Por qué ese nombre suena más que el tuyo?

Escritos, son iguales: pronunciados,

Igual cadencia tienen. Si se pesan,

Pesan lo mismo. Conjurar se puede

Con ambos, y un espíritu tan presto

Con Bruto se alzaré como con César (...)

En efecto, Casio no está comparando a Bruto con César, sino a sí mismo con este, al que tanta envidia profesa y al que le gustaría parecerse para ser correspondido con su amor. Tras el crimen, la fortuna de Casio no cambia, su espíritu continúa sin encontrar sosiego, incapaz de dejar de barruntar de cualquiera de sus amigos (especialmente de Bruto), cumpliéndose así el modo de ser en los términos en que lo analiza el propio César; alguien del que no te puedes fiar porque siempre está cavilando, insatisfecho:

CÉSAR

(conversando con Marco Antonio a propósito de Casio)

Tales hombres jamás dicha disfrutan

Mientras ven otro que les hace sombra.

Y son peligrosísimos, por tanto.

Mucho antes que el dramaturgo inglés, Homero nos proporcionó otro retrato psicológico del proceso que circula desde la venganza al resentimiento en la compleja figura de Aquiles. Al vengar la muerte de su amado Patroclo en su legendario duelo con Héctor Priámida, sucede que la colera del líder de los mirmidones no decae tras aniquilar con su bronce al príncipe troyano. Su odio alcanza el cenit cuando decide que, en la enorme pira que prepara para incinerar el cadáver de su amigo del alma, hay que sacrificar a una docena de guerreros troyanos capturados. Estos son degollados cruelmente y apilados para que ardan en la hoguera. Homero lo diagnostica: «¡Cruelles acciones en su mente meditaba!» (*La Ilíada*. Canto XXIII, vv. 165-176). El espeluznante sacrificio humano es una repetición del primer impulso rencoroso que, sin embargo, tampoco resarce a Aquiles: impotente porque, pese a sus poderes y linaje, en realidad es un simple mortal y no puede resucitar a Patroclo.

El filme *Arde Misisipi* (1988), del director Alan Parker, nos aporta otra representación de cómo se articulan las motivaciones de un resentido. El argumento central, ambientado en 1964, presenta a dos agentes del FBI investigando la desaparición de tres activistas por los derechos civiles en el condado de Jessup, Misisipi. En una escena, el

agente más joven e idealista, Ward (Willem Dafoe), se pregunta por la irracionalidad de las conductas violentas y racistas que van experimentando a medida que se relacionan con las fuerzas vivas del municipio (que formaban parte de la organización supremacista del *Ku Klux Klan*): «¿De dónde procede todo ese odio?». El agente más veterano, Anderson (Gene Hackman), pragmático y nacido en el Sur, se lo explica evocando una anécdota de su propio padre, un granjero humilde que, cuando estuvo al borde de perder sus tierras por unas malas cosechas, se fijó en que a una granja vecina las cosas no le iban tan mal como a él. Hasta el punto de que su dueño se había permitido el lujo de comprar varias vacas y una mula. Al cabo de unos días, aquella granja fue incendiada con los animales dentro del establo: «Vi la cara de mi padre cuando pasamos en la camioneta por delante de la granja calcinada y entonces lo supe. Estaba avergonzado. Pero no podía consentir que un negro fuera mejor que él».

En la lógica del resentimiento, la enfermedad se incuba cuando el individuo se rinde a estímulos y acontecimientos que le hacen creer que los valores positivos, las virtudes y los talentos que otras personas representan, son inalcanzables para él. Las experiencias internas que establece con los demás están distorsionadas por una percepción de disminución o devaluación de sí mismo.

De todas esas distorsiones se vale el resentimiento para culminar su desarrollo: implanta en la mentalidad de un colectivo una aberración en la jerarquización y significado de los valores. Se diría que en la conciencia del grupo de resentidos se establece una falta de entendimiento sobre lo que es un acto inmoral (se trata de un olvido interesado) porque su propia moral obedece a una reinterpretación partidista de lo que es bueno y malo.

Quien es una presa fácil para los lobos de la propaganda enseguida se siente seguro al calor de la inversión de valores que le propone el grupo que trata de reclutarlo y que, obviamente, le acoge mediante ese cebo con los brazos abiertos (como sucedía con el *Ku Klux Klan*). El menú a partir de ese momento se sirve en varios platos: (i) En el primero, al «comensal» se le presentan unas atractivas ideas y creencias

que se afirman como superiores sobre cualquier otra del resto del mundo político y social. Son las ideas adecuadas de la gente honrada y patriota. (ii) Únicamente las personas que merecen la confianza del grupo son invitadas para liderar la visión que defienden, por ende, el resentido deja de sentirse inferior e incapaz, pasando a ocupar una hipotética posición de dominio y poder. (iii) Cualquiera que se resista o que no suscriba las ideas queda estigmatizado como un traidor, desertor y una amenaza directa para la supervivencia del grupo. (iv) Como postre, la empatía hacia el enemigo está prohibida.

La digestión de esta gastronomía ideológica es la creación de un «auténtico sentido común» para los partidarios del grupo. La meta final es que nadie pueda imaginar cómo se pudo pensar de un modo distinto alguna vez sobre los temas centrales que articulan su identidad. En ese instante se crean el tabú y la consiguiente acusación de blasfemia: ¿cómo se pudo considerar que el hombre negro o el judío son hombres con los mismos derechos y dones que el hombre blanco y cristiano? Por todos los medios, la propaganda fascista se esfuerza en que su ideología encaje en la realidad social que describe. Es lo mismo que decir que la doctrina del fascismo, con sus procesos comunicativos, inyecta la creencia de que la sociedad, ante momentos excepcionales, en el padecimiento de crisis disruptivas, si aspira a funcionar correctamente debería concordar con los criterios morales que trata de imponer. En ese momento es cuando, en verdad, se ha logrado la inversión de valores a la que aludí anteriormente: la ideología fascista procesa la realidad, y no al revés. El resentido no distingue el original de la falsificación, sino que, para él, lo segundo equivale a lo primero.

Umberto Eco reconoció en su estudio del fascismo que la «neolengua» orwelliana se ajusta como ejemplo perfecto de los modos de expresión que son resentidos e irracionales: «un léxico pobre y en una sintaxis elemental, con la finalidad de limitar los instrumentos para el razonamiento complejo y crítico».

Este libro pretende resultar incómodo para los hablantes de la «neolengua», mientras que para los que buscan adoptar la

consigna espinosista de «no burlarse, no lamentar, no detestar, sino comprender», la pretensión que va impresa en el desarrollo de cada capítulo consiste en proporcionar algo de luz a un camino que es tan dificultoso como inspirador. Con este fin raro y trascendente, analizaremos las causas del trumpismo y el islamofascismo, así como la persistencia del nacionalismo, el racismo y el antisemitismo. Revisitaremos las propagandas de Mussolini y Hitler, y sus ecos resucitados que colean en el presente. Profundizaremos en los efectos ambivalentes que tuvo el juicio de Auschwitz y en los rasgos del virus eclosionado durante la Guerra de los Balcanes. Y alumbraremos la ligazón arcaica que las estructuras familiares producen no solamente sobre el psiquismo de la persona, sino también sobre los impulsos políticos que adopta por su influencia y con los que después funciona en los diferentes ámbitos de la sociedad.

El resentimiento pertenece a un reino que siempre ha estado entre nosotros y que perdura. Se construye como una mirada angustiada que nos mira hacia dentro y con la que comparamos el mundo hacia afuera, transmitida por la herencia cultural y paternofilial desde el amanecer de nuestra vida. El resentido que hay en cada uno de nosotros va creciendo en silencio, a la espera y sin que lo sepamos, en lo hondo de nuestro ser. Hasta que un día, alguien lo despierta y rompe los límites que lo reprimían. ¡Que ningún demócrata se sienta a salvo ni esté tranquilo! Cuando el resentimiento nos alcanza el cuerpo y se apodera de nuestra voluntad, todos somos niños con un destino asesino.

Los fascismos, los nuevos y los antiguos, no solamente usan la manipulación de las emociones para seducir al público, sino que también se apoderan de la razón. Sus conductores nos gritan que ellos «sí que saben cómo tiene que funcionar el mundo para que vaya bien». Nos convencen de que dominan la técnica para lograrlo. Pero su única meta es la autoconservación de sí mismos. Diagnostican hábilmente que ante nuestra vergonzosa pasividad está aconteciendo el hundimiento de la cultura, es decir, la destrucción del orden y la autoridad. Entre sus recetas para evitarlo no solo utilizan la baraja del terror, pues cuentan con un as en la manga que

resulta diabólicamente inteligente: transforman el deseo individualista de preservación en la falsa ilusión de que gracias a ellos tendrá lugar el advenimiento de una solidaridad universal (la de los suyos entre sí). Niegan la posibilidad del cambio en las relaciones sociales que preconizan y, por lógica, postulan que la sociedad debe estar organizada siempre de la misma forma. Tal y como ellos quieren que sea. Al resentido le sucede esto: consiente que su conciencia quede atada a un modo sempiterno de conducta. El resultado es un Yo atrofiado, tal y como profetizó Max Horkheimer¹. Una y otra vez esta persona es repetición.

I

El amo y el esclavo. Contradicciones morales

«A lo largo de su historia, los franceses mataron a millones de personas. Muchas eran musulmanes. Los musulmanes tienen derecho a estar furiosos y matar a millones de franceses por las masacres del pasado». Estas palabras del ex primer ministro de Malasia, Mahathir Mohamad, fueron cargadas en su cuenta de Twitter el 20 de octubre de 2020, en plena efervescencia por la decapitación de un profesor de instituto y la muerte violenta de un cura y dos mujeres perpetradas por terroristas islámicos en París y en la catedral de Niza respectivamente. El político malasio, a sus 95 años, acusó al laicismo y la razón de Estado de Francia de ser los responsables de esos crímenes por haber instaurado una cultura en la que se permite un uso inapropiado de la libertad de expresión, y exigió conculcar el derecho de cualquier ser humano a la hora de ejercer su libre pensamiento para hacer crítica o mofa de un credo religioso. Justificó sus palabras con arabescos retóricos y una interpretación superficial y parcialmente falsa de los hechos históricos. Pero lo esencial para nuestro caso de estudio radica en dilucidar cuáles eran sus intenciones y cómo fue interpretado su mensaje.

Aunque se trató de su opinión individual, al no ocupar ya un puesto de representación en su país, lo cierto es que su mensaje causó un gran impacto mediático. Por un lado, resulta claro que el político malasio debió suponer que para la racionalidad occidental este mensaje sería acogido como una ofensa y provocación. Provocar una reacción que fuese radical en el oponente (haciendo que crezca en él una fobia hacia lo islámico) formaría parte de una estrategia típica para galvanizar a sus bases de adeptos, legitimando la posibilidad de actos violentos precedentes o sucesivos como un medio de defensa necesario (es suficiente con recordar que unos días después tuvo lugar otro atentado terrorista en Viena, de motivaciones idénticas a los sucedidos en Francia).

En Malasia, la radicalización ideológica de la mayoría musulmana ha comenzado a precipitarse en los últimos años. Así que el mensaje serviría igualmente como combustible dialéctico para enardecer la identidad religiosa cual catalizador de la sed nacionalista, y lograr así las simpatías de grupos sociales de diferentes inclinaciones. Mahathir Mohamed perdió las elecciones en 2019 con un perfil moderado en dichas cuestiones políticas y religiosas. No es difícil entender su maniobra para recuperar el aprecio popular. Aunque esta explicación no pueda dejar de ser, al menos en parte, especulativa, lo cierto es que su esquema comunicativo apeló a los resortes de lo que en el discurso político europeo se cataloga como *islamofascismo*. Esta declinación del fascismo la iremos esclareciendo progresivamente. Ahora, el foco lo posicionamos en conectar el esquema de Mahathir en relación con las semillas del rencor y el resentimiento mediante la relación de las figuras de *Amo-Esclavo*.

Si nos fijamos en la construcción del mensaje, queda establecida la tesis de un «amo» (el estado francés) que ha subyugado injustamente a pueblos y religiones, y de un «esclavo» (los fieles al islam) que se le rebela, ajustando cuentas para dejar de vivir dominado. Hegel, en su concepción de la historia, estableció que esta se puede describir como una interacción entre tiranía y esclavitud. El fruto de este antagonismo es el binomio *Amo-Esclavo* que se traslada a la mentalidad con la que convivimos a través no solo de la forma de gobierno vigente y la opción ideológica que nos resulta más atractiva, sino que influye poderosamente en el resto de las interacciones sociales y psicológicas que mantenemos a diario. Por tanto, es un antagonismo que también se refleja en nuestro modo de ser en el trabajo, en el seno de la familia, en los círculos de amistad y en las preferencias culturales.

ORIGEN DEL CONFLICTO:

¿QUÉ PREVALECE EN LA CONCIENCIA?

La esencia del ser humano es su deseo de reconocimiento. Este es el meollo para comprender la concepción hegeliana y sus efectos sobre la construcción de la personalidad y las relaciones sociales.

Un sujeto no se conforma con asegurar unas condiciones materiales mínimas para su vida: desea aquello que va más allá de lo que le pide su instinto de supervivencia. Quiere que el Otro (ya sean las élites sociales, el Estado, el vecino o el prójimo en toda su extensión) le reconozca un valor. Este reconocimiento de valor puede ser del tipo «valgo más que tú» o «valgo igual que tú». La persona asume riesgos y sacrificios para evitar «valer menos que tú».

En esta lógica del reconocimiento², lo nuclear es que el deseo de ser mejor valorado frente a cualquier otro competidor no nace de una manera espontánea en la mente de cada uno, sino que lo que una persona asume como lo que realmente quiere lograr, resulta ser justamente lo que desea aquel con quien se está comparando. Dicho con otras palabras, el objetivo es que uno llegue a ser la representación de valor que el otro desea para sí mismo (yo deseo ser de una determinada manera — amable, inteligente, intrépido — porque tiene valor para los demás; para mis padres, profesores, jefes o seguidores).

En el teatro de la política, observamos como la personalidad pública de los líderes refleja los síntomas propios de este *modus operandi*. Basta con hacer una comparación de la representación de valor de Trump versus Biden durante la campaña electoral estadounidense de noviembre de 2020. Para el primero, el reconocimiento que buscó suscitar en su electorado fue el deseo de ser tajante, vigoroso, omnipotente, sin miedo ni al coronavirus ni a ser derrotado por los acontecimientos imprevistos de la historia, y haciendo gala de un carisma autoritario por excelencia: un caudillo investido como amo.

En el extremo contrario, Biden conjugó su valor en conductas reconocibles como de prudencia, empatía y raciocinio, apelando a la doble figura de un padre tranquilo en un lado de la imagen del espejo: aquel que restablecería la unión y concordia supuestamente perdidas. Mientras que en el otro lado de la imagen proyectó el semblante de un esclavo emancipado con una causa justa por la que luchar: proteger a las minorías más débiles y castigadas (en especial la afroamericana).

Siguiendo este hilo de razonamiento, las intenciones del ex primer ministro malasio con sus tuits responderían a cubrir los deseos y las aspiraciones de aquellos para los que quiere ser un héroe carismático. Esta estrategia pertenece a lo que Max Weber cartografió como saber moverse en «el reino de la influencia»³, es decir, dar protagonismo a las capacidades individuales para seducir al público (lo opuesto al «reino de las prerrogativas», que funciona en virtud de normas jurídicas). El anhelo que se esconde en la voluntad de Mahathir estaría sujeto a la necesidad de revalorizar su prestigio personal para acrecentar su legitimidad política ante la tendencia ideológica que se va imponiendo en el seno de su sociedad; de ahí que el giro de su discurso fuera tan inadmisibile para el canon europeo de valores.

La principal revelación que se obtiene mediante este marco de análisis es paradójica: el combate entre *Amo-Esclavo* no puede finalizar con la victoria absoluta de uno sobre otro. La lucha por el prestigio (equivalente a la lucha por el poder) es eterna. Si cualquiera de los bandos muriese para siempre, y todos los hombres se comportasen de una sola manera, surgiría «la imposibilidad del deseo de realización»⁴. Así que habría que admitir que estamos dentro de una jaula existencial que podemos aprender a descifrar, pero que no se puede desactivar completamente.

La disyuntiva que tanto carcome al príncipe Hamlet de Shakespeare no consiste en cómo ejecutar la venganza que le solicita el fantasma de su padre, sino que recae en el proceso de aceptar y digerir las razones, los sentimientos y el deseo mismo de llevarla a cabo contra aquellos que lo asesinaron. Podríamos extrapolar su suplica sobre «¿ser o no ser?», en la de ¿ser amo o esclavo?

Ser Amo es aquel que asume todos los riesgos que exige el reconocimiento del Otro (ser admirado y respetado por el colectivo de una sociedad o por determinados grupos sociales), sean cuales sean los medios necesarios para conseguir este fin. Su meta es lograr, a toda costa, que su prestigio crezca dentro de las estructuras sociales. En cierto modo, está dispuesto a morir en este empeño. Pero es necesario entender que un

sujeto-amo jamás se pondrá en el lugar del Otro de un modo sincero o desinteresado, dado que no persigue proporcionarles bienestar; en última instancia, solo requiere su obediencia. Por tanto, para este tipo de sujeto solo hay un modo para reconocer al que es esclavo: considerarlo como alguien que no es su igual y que debe plegarse a su voluntad. Si se opone a ella, el esclavo se convierte automáticamente en un enemigo, en lo único que se interpone en su camino al éxito.

Ser esclavo es evolucionar por una senda distinta. En una primera fase es aquel que ha aceptado que no asumirá los riesgos que serían necesarios si deseara prevalecer e imponer su voluntad. Tácitamente, está asumiendo un rol permanente de servidumbre. El sujeto-esclavo reconoce dignidad y autoridad al sujeto-amo, aceptando existir bajo su dominio. Queda establecido que un esclavo trabaja para el amo o, dicho de otro modo, el deseo del amo es el que gobierna todos los deseos del esclavo porque la conciencia servil es la que abunda en la psicología de este último. El hecho de que exista un sujeto-esclavo con esta mentalidad es el incentivo, y a la vez el requisito, que necesita el sujeto-amo para seguir adelante con la realización de su proyecto político, sinterizado en un acto primordial: dominar al Otro.

El retorcimiento moral que sufre Hamlet viene motivado por una lucha entre ambos estados de su ser. Por consiguiente, su duda quedaría entre arriesgar la vida y la cordura por su propio convencimiento de lo que sería correcto hacer, frente al otro camino de limitarse a seguir el mandato de la venganza, asumido como un acto de obediencia o sumisión, esto es, como un deseo fruto del rencor que es explotado por el espectro paternal. ¿Cuál podría ser el punto de salida a este dilema?

Volviendo al ejemplo de Donald Trump, su conciencia predominante de amo encerró su devenir político en una dirección única: debía vencer acorde a lo que es. No podía permitirse cambiar, transformarse ni progresar hacia otra perspectiva que fuese algo más generosa, dócil o humilde. Pero el esclavo, en cambio, sí que puede asumir una dirección diferente. Es su segunda fase. Aquella en la que se impone al amo. Esto sucede por medio de un fortalecimiento de su

autoestima a través del trabajo y del tipo de actividades que desarrolla. Cuando toma conciencia de que su trabajo tiene valor y que le pertenece, se convence de la necesidad de suprimir la servidumbre que concedía al amo. La proyección de este despertar del esclavo fue utilizada por Joe Biden a su favor, al asumir como suyo el esfuerzo de ruptura con la conciencia servil de millones de afroamericanos de clase baja (sustanciado en la movilización social que diseñó su equipo de campaña para que este grupo fuera a votar masivamente dentro de un clima de emancipación).

Si le damos algún grado de certeza o validez a este entramado psíquico y político de la conducta humana, entenderemos que el fascismo se vale de perpetrar un engaño al deseo reprimido del esclavo de superar el servilismo, el cual, en teoría, le ha estado condicionando en sus decisiones y perjudicando en sus legítimas aspiraciones (incluido el fenómeno de carecer de ellas o de abstenerse ante la posibilidad de perseguirlas). ¿Cómo lo desinhibe? Orientando su actividad hacia un fin. Proporcionando un sentido trascendente a su trabajo. Gracias a ello, el sujeto podrá creer y sentir que su libertad y deseo de perfeccionarse caen dentro del programa político que el fascismo le descubre. Pero, en realidad, los líderes del fascismo están creando un nuevo amo, totalitario y obsesivamente narcisista, que, además de necesitar de una obediencia absoluta por parte de sus partidarios, tendrá que buscar incesantemente a un enemigo al que haya que dañar o eliminar para seguir perpetuándose.

En el sujeto esclavo siempre hay una angustia latente, ya sea por no cubrir los deseos del amo (cayendo enfermo de impotencia y de un sentimiento de inferioridad por no ser querido ni respetado por este) ya sea por no atreverse a derrocarlo (infectado de odio y envidia hacia quien sí tiene fuerza de voluntad para enfrentarse a él). ¿No está ahí la piedra de toque sentimental de la que se aprovecha tanto el islamofascismo como el antisemitismo o el nacionalismo exacerbado?

Comenzaré a desmenuzar este proceso doble de angustia examinando los motivos que esgrimieron los antisemitas y la contagiosa fobia y paranoia contra lo judío que con tanta

efectividad explotó el nazismo para atraer seguidores y alcanzar el poder.

MENTALIDAD ESTRECHA CONTRA MENTALIDAD ABIERTA: LA SEMILLA ANTISEMITA

En 1918, la sociedad alemana se podía clasificar culturalmente en base a dos tipos generales de mentalidad (como equivalente a «visión del mundo»): una especialmente abierta, con un ascendente cosmopolita, y otra enfáticamente estrecha y conservadora que proporcionalmente había sido la más influyente desde que en 1871 tuvo lugar el advenimiento de la unificación alemana y su emergencia como nuevo imperio europeo.

La derrota que sufrió Alemania en la Primera Guerra Mundial aceleró un cambio en la relación de fuerzas políticas y, súbitamente, las mayorías indexadas en las capas medias y trabajadoras de la sociedad se inclinaron por la conveniencia de adoptar un prisma regenerador, más democrático y plural, compartiendo simpatías incluso por el comunismo rusófilo. Un porcentaje notable de la minoría judía, especialmente la que estaba integrada en la esfera intelectual y artística, enseguida se comprometió de un modo sincero con el humanismo cosmopolita. Sin embargo, hubo muchos judíos que se mantuvieron en la tradición germánica y que solo se plantearon mudar su posición ideológica a medida que Hitler fue desatando sobre ellos su programa de discriminación y marginación⁵.

La estrategia del partido nazi, desde sus inicios, tuvo claro el propósito central que se debía comunicar recurrentemente: absolver de cualquier culpa o responsabilidad a los patriotas por la catástrofe de la guerra. Por consiguiente, la nación alemana no podría volver a ser poderosa y temida si no se lograba que el masoquismo interno (el castigo dirigido hacia uno mismo) mutara en sadismo hacia las amenazas externas (de forma que lo que ensuciaba la pureza soñada fuera localizado en causas externas a la voluntad del sujeto). Era precisa una rápida rehabilitación de las creencias y

motivaciones (como el prestigio y el orgullo) para rearmar la fantasía de que el imperio era una urgencia política y social, pero no solamente para restaurarlo sino para mejorarlo, aunque lograrlo significara hacer uso de actos egoístas acompañados por una deliberada y cruel denegación de los intereses y derechos de los demás.

Bajo esta premisa, las flaquezas y contradicciones del carácter alemán y de su trayectoria histórica fueron desviados por el nacionalsocialismo del que hubiera sido el carril más recomendable: aquel que hubiera llevado a la sociedad alemana a un proceso democrático de catarsis a través de la expiación y la autocrítica. Sin embargo, la maniobra de Hitler enseguida halló los agarres que necesitaba para germinar en la mentalidad de miles de alemanes aprovechándose de la angustia social (entendida esta como el miedo a no ser nada), proyectando toda la frustración acumulada sobre lo «extranjero» y, especialmente, sobre lo judío. El buen ciudadano alemán no debía caer en un complejo de inferioridad ni tampoco podía otorgar legitimidad a la noción de pluralidad ni al relativismo de valores morales tan característicos de la visión cosmopolita. La doctrina nazi imbuyó en las conciencias de su principal objetivo sociodemográfico algo aparentemente sencillo, y lo hizo, sin duda, con gran perspicacia: el relato mítico de un destino colectivo de gloria. Una meta teleológica reservada en exclusiva a su pueblo (la raza superior). Una misión trascendente protegida por el don de la invencibilidad y la obediencia ciega (una forma de disciplina en la que brutalidad e ignorancia estaban justificadas dado que su negación eran el síntoma de la peor enfermedad posible: la debilidad de la voluntad).

Erich Fromm⁶ era de la opinión de que durante varios siglos hubo un ciclo virtuoso de convivencia entre los pueblos judío y alemán, fruto de que ambos compartían un estadio de impotencia general a escala geopolítica (pues, existían en un escalón inferior a la influencia que ejercían Francia, Inglaterra, España y Portugal). En los mimbres de una sociedad y unos estados alejados del poder directo, fructificó el cultivo del intelecto, el pacifismo existencial y la neutralidad diplomática

para evitar la participación en procesos violentos. Dinámicas que contribuyeron a que el judaísmo quedara lentamente normalizado y secularizado transversalmente tanto entre las clases trabajadoras como entre la pequeña burguesía. Pero todo se fue transformando a medida que el imperialismo militar y económico se apoderó del espíritu de las instituciones alemanas.

Hitler tejió la estrategia del enemigo interior basándose en una estructura mítica de la historia: el héroe conquistador ario. Al judío lo redujo a la figura de un disidente que amenazaba su resurgimiento y que conspiraba discretamente desde el fondo de la habitación. La paranoia fue acrecentándose hasta vincularlo con la encarnación del perverso polimorfo al que, tal y como había operado en las sociedades primitivas, era necesario exorcizar. El antisemitismo cultural logró transferir la culpa de una nación al heredero del «demonio».

El demonio, como figura alegórica, tiene una curiosa genealogía. En el judaísmo originario no existía, puesto que Yahvé, como único dios verdadero, poseía la doble naturaleza del bien y el mal en sí mismo, así que no era necesario desdoblarlo en dos entidades autónomas (cualquier ser vivo reunía para sí ambos atributos). Fijémonos, como rastro de esta arqueológica moral, en el Libro de Job, donde Satanás es alguien de la máxima confianza para Yahvé, asumiendo la función de un detective que vaga por doquier a la caza de las violaciones de la ley que disimuladamente hacía cada cual. Será posteriormente, con el movimiento macabeo como referente, cuando los evangelios cristianos fueron absorbiendo la división formal entre lo divino y lo malvado, siendo el territorio de los deseos humanos el que pasó al gobierno del segundo (terminándose de articular en la cultura occidental la estructura profunda del lenguaje del pecado).

En la esfera de lo psíquico, Freud y Ernest Jones⁷ aluden a una formulación más concreta en la que el demonio se convierte en una personificación del inconsciente reprimido y de las pulsiones (instintos) prohibidas (la aberración donde se fusionan los impulsos animales con los humanos ancestrales). Su modelo se mueve dentro del complejo edípico y la angustia de castración (el renunciamiento al placer en beneficio del

padre). En consecuencia, la conciencia del sujeto se foguea entre un deseo por imitar al padre (recibir su amor por ser igual a él) y otro, de carácter hostil, orientado a derrotarlo o sustituirlo (para ser el único amado). En ambas direcciones hay dadas emociones ambivalentes de seducción y miedo. El demonio se convierte en un representante del terror infantil, tanto por no satisfacer el ejemplo a seguir dictado por la máxima autoridad (en consecuencia, uno se siente condenado al desamparo), como por gozar con el lado oscuro de la figura paterna (gozar trasgrediendo lo que la civilización nos censura).

A mi modo de verlo, el aparato de propaganda del fascismo alemán conectó astutamente el miedo al judío (asociándolo con imágenes como la rata y la suciedad) con la esperanza de una vida sin remordimientos; el paso previo a no tener que plegarse a ningún imperativo moral que no fuera el que postulase el Padre de todos en la tierra (el Führer). Lo que demuestra que el nacionalsocialismo aspiró a establecerse como una religión pagana dentro de un tiempo y espacio alternativos, «lejos de Roma y Jerusalén»⁸, trocando la justificación del antisemitismo medieval de tradición cristiana (el judío como el hereje que niega a Cristo) por otro en el que la existencia del pueblo judío se convertía en la némesis corruptora de la perduración del pueblo ario en toda su pureza y plenitud de poder (así se fortalecían las ideas sobre la deificación del Estado y la raza, elementos que se han codificado, con algunas alteraciones, en la genética del fascismo contemporáneo).

Hemos dado en este pasaje con varios elementos comunes a la explotación del resentimiento: la desintegración de la culpa, la esquiva del impulso del arrepentimiento, y la manipulación del tabú. Aunque los desarrollaremos más adelante, como anticipo es preciso indicar que cuando nos referimos al arrepentimiento, en línea con las tesis de Max Scheler, estamos designando un «movimiento del ánimo»⁹, cuyo objetivo es la detumescencia de la culpa, esto es, disminuir los efectos del castigo, sea cual sea, por el pecado que haya sido cometido. En este movimiento hay que pasar necesariamente por una fiebre de dolor que permita que se desinflame el

significado otorgado al sufrimiento (es decir, la sentencia que explica el porqué de que uno sea culpable y, consiguientemente, de que haya que sentir alguna culpa). El fascismo obtura toda esta lógica de sentidos con la que, a fuerza de duros golpes y sacrificios, se ha ido dando forma y función a la civilización. Así es como tiene lugar la culminación de su rito alucinatorio: liberar al individuo del horror y del melancólico lamento de «mejor no haber nacido» (equivalente al célebre «*¡mé phunai!*» del rey Edipo de Sófocles).

MANIPULAR CREENCIAS RELIGIOSAS: ISLAMISMO Y CRISTIANISMO IDEOLOGIZADOS

El fascismo vinculado a la apología y distorsión del credo de una religión tuvo un desarrollo crítico en Egipto, Argelia y Siria coincidiendo con las dictaduras de Mussolini y Hitler. En 1928 se fundó el movimiento de los Hermanos Musulmanes por un profesor de árabe, Hassan al-Banna. Su proyecto ideológico, político y religioso se basó en el principio de la limpieza de la sociedad islámica de cualquier elemento no islámico. El segundo principio, también como ocurría con los caudillos europeos, consistía en recuperar un imperio de un pasado idealizado (el califato). Las décadas de los años veinte y treinta supusieron para el Norte de África un punto de ebullición para que arrancara el tren del islamismo, el nacionalismo anticolonial, el yihadismo y el panarabismo. El odio hacia lo francés e inglés perjudicó las posibilidades de instaurar de manera homogénea una mentalidad democrática similar a los estados nación occidentales de aquel entonces. Mientras que el comunismo no se contempló apenas como alternativa; debido a la exclusión en que situaba el rol cívico de cualquier religión a tenor de sus prerrogativas más ortodoxas.

En este contexto, Hassan al-Banna se inspiró en la militarización de la sociedad practicada por el fascismo italiano y, poco más tarde, el movimiento nazi se convirtió en su perfecto aliado, hasta el punto en que ambos colaboraron para apoyar la coronación del rey Farouk en 1936. En aquel momento, al-Banna lanzó al mundo árabe su célebre

manifiesto *Hacia la luz*, en el que se estipuló la traslación del totalitarismo bajo el encuadre de la religión musulmana y que, en el fondo, continuó siendo el programa político de esta formación en las elecciones egipcias de 2012. En el manifiesto, se citaban, entre otras muchas demandas, la necesidad de la disolución de todos los partidos políticos en favor de un frente popular nacionalista, reformas legislativas para aplicar con meticulosidad la *Sharia* (donde se establecen los crímenes contra las exigencias de Dios y las pertinentes condenas), la militarización de la juventud desde la ideología de la yihad, la reestructuración de la jornada de trabajo para conciliarla con el tiempo de rezo, y la activación de una vigilancia intensiva de la conducta individual tanto en la esfera pública como privada (legalizando la efracción del hogar por la voluntad del Estado). Otro principio que utilizó al-Banna, sincronizado con la estrategia de propaganda de Joseph Goebbels, fue explotar a su favor el antisemitismo. Aprovechando la distribución de *Los protocolos de los sabios de Sion* en Alemania, Austria y Hungría realizada por el aparato nazi de comunicación, en Siria por el radicalismo salafista de Rashid Rida, y en Jerusalén por el muftí Amin al-Husseini, el resentimiento ardió con fuerza, y las masacres contra las poblaciones judías en la zona palestina de Hebrón, en El Cairo y Argelia se sucedieron durante toda la década de los años treinta. Para la historia de la vergüenza del siglo XX quedan las grabaciones radiofónicas de al-Husseini informando a sus seguidores de la Solución Final implementada por Himmler como el principio de una nueva era para el mundo musulmán¹⁰.

El odio hacia lo occidental y judío ha continuado en los últimos ochenta años con la misma intensidad que en aquella época oscura. El proyecto fundamentalista de islamizar el mundo por cualquier medio que sea necesario es una pandemia incontrolada. Tal y como apunta el politólogo Abdel-Samad, el peligro es igual de irracional que antaño, pero todavía más paradójico en nuestros días, puesto que un número creciente de jóvenes musulmanes han leído como parte de su educación regularizada tanto el *Mein Kampf* de Hitler como *los protocolos de Sion* y, claro está, «no tienen ni idea de quien es

Hume, Kant o Spinoza»¹¹. No solo es que nunca hayan leído sus libros en la época de Internet, sino que ni tan quiera han escuchado sus nombres, por lo tanto, es otro indicio de que las posibilidades de que estén preparados para abrirse a un diálogo, desde la dignidad de sus creencias religiosas, con el discurso de la ciencia y la ética ilustrada, queda mucho más lejos de lo que se quiere reconocer políticamente en cuanto a los escenarios plausibles para que suceda una pacificación cultural en el porvenir de este siglo.

En el planteamiento del fascismo islamista se han forjado dos nociones de origen religioso con las que consiguen adeptos resentidos. Una de ellas es la idea de mártir y la otra, consecuencia de la anterior, es la recompensa de una vida después de la muerte con un billete de retorno al paraíso celestial. El mártir en la tradición cristiana moría con violencia, sin paliativos, como prueba (testigo) de su fe ante sus perseguidores (de hecho, sigue siendo un factor de valoración para iniciar un proceso de beatificación en la iglesia católica). En el islamismo contemporáneo, el mártir llega a serlo, primero, por asesinar seres humanos en base a un hipotético mandato divino. Es otro ejemplo de la distorsión fascista de una idea en toda su amplitud morfológica, alterando cuerpo y mente por igual.

El judaísmo, el cristianismo y el islam tienen un vértice de consenso en cuanto a compartir el mismo padre humano, Abraham. En las interpretaciones de cada tradición se mantiene una misma idea sobre la autoridad en la que se basa el monoteísmo: la obediencia aún sin comprender. Acometer el sacrificio del hijo sin caer en la duda, confiando plenamente en el sentido que el acto tiene para la sabiduría de Dios (el que sabe). El germen de esta ideología, establecida en el Génesis, es un curioso modelo de legitimación del poder y un potenciador del mesianismo ulterior.

La feroz lucha cultural para salvaguardar la noción de autoridad en un sentido inequívoco que tuvo lugar en el amanecer de la era cristiana a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea quedó demostrada por los manuscritos de Nag Hammadi, trece códices descubiertos en 1945 en el Alto Egipto. Escritos en copto entre los siglos III y IV de n. e.,

aunque se estima que los originales griegos, de los que eran copia, datarían de los siglos I y II. Supusieron una revisión profunda del modo de valorizar el cristianismo primitivo (pasando a formar parte del canon de los evangelios apócrifos). De ellos, lo que concierne a nuestros intereses para cuantificar el impacto que supone la manipulación del discurso de lo verdadero o de la verdad histórica, es el giro interpretativo que proporcionan dos de estos manuscritos al origen de los primeros hombres y su primer pecado: el *Apocalipsis de Adán* (Códex V) y el *Testimonio de la verdad* (Códex IX). En el referido apocalipsis, la voz de Adán describe que la expulsión del Jardín estuvo motivada por el miedo y la envidia de Dios al contemplar como el conocimiento adquirido por él y Eva les situaba como entes «superiores» a su creador (además, la heroína resulta ser la mujer, quien arrebató el secreto de la ciencia que Dios se guardaba en exclusiva con el deseo de ilustrar a su futura descendencia¹²). En el segundo, el Testimonio, el sujeto que habla es la serpiente, quien como Sócrates en la defensa que realiza ante el tribunal que le sentenció a muerte, argumenta con viveza la insensatez de un Dios que le niega a sus criaturas el acceso al conocimiento. Con esta misma sensibilidad, Platón (en la *Apología de Sócrates*) nos define a la perfección las brasas que alumbran la calumnia fascista y la pasión del resentido:

Pensad que si os digo esto es solo para que sepáis a qué se deben las calumnias que me han levantado.

—¿Qué querrá decir el dios? ¿Cómo explicar ese enigma? Porque yo sé que no tengo nada de sabio, ni poco ni mucho.

(...) Me dirigí a un conciudadano nuestro que pasa por sabio, convencido de que, si era posible refutar la predicción, él podría ayudarme mejor que nadie a decirle al oráculo: «Has dicho que era el más sabio de los hombres. Pero aquí tienes a uno que es más sabio que yo».

No obstante, al examinarlo, descubrí, atenienses, que muchos le tenían por sabio —empezando por él mismo—, pero no lo era. Intenté entonces demostrarle que se creía sabio, pero que se equivocaba. A causa de ello me gané su enemistad y la de muchos que estaban delante¹³.

El tejido que cubre la cicatriz resultante nos narra la genealogía del matrimonio entre poder y saber. La ideología religiosa (su politización) ha sido un dispositivo para reprimir, es decir, para que el sujeto acate un orden en la realidad y

acepte el silencio (aquello de lo que no hay que hablar). El fascismo opera sobre esa tierra quemada dando una solución aparente a dos preguntas: ¿Por qué estamos reprimidos? ¿Para qué renunciamos a lo prohibido? Pero en absoluto pretende resolver el enigma, puesto que su estrategia es lograr un mero desplazamiento de las lealtades y afectos de las personas hacia la trampa que los ha preparado: les invita a formar parte de lo que Foucault describía como los sistemas de producción de poder y de producción de saber¹⁴. El primero tiene la función de prohibir (enseñar los tabúes) así como designar aquello que es sagrado (en palabras de Freud, «lo que no se toca»¹⁵). El segundo sistema adquiere la misión de hacer circular errores y propagar la ignorancia para beneficio del primero. La pirueta que deslumbra al resentido en este circuito de mensajes políticos es la de hacerle creer que ha sido seleccionado para asumir la tarea de la verdad. Adquiere la falsa conciencia de que hay que poner en un entredicho permanente la mayor parte de lo que ha estado prohibido en su vida para sustituirlo por otra nueva prohibición, una de la que él mismo se siente cocreador.

Freud, cuando explica el mecanismo psíquico por el que tiene lugar la renuncia a los instintos, nos está dando pistas para entender la forma en la que se produce el desplazamiento afectivo de un sujeto hacia el calor de la realidad alternativa que construye el fascismo religioso. El funcionamiento es el siguiente: todos nosotros sofocamos los instintos por causas externas e internas. Las externas son aquellas que detectamos como una amenaza para nuestra propia integridad física. El *yo* se abstiene de violar ciertas reglas y de no realizar ciertas acciones porque ha aprendido cuál es el castigo que le espera. Es la pura obediencia (no hay placer en disminuir los deseos primarios). Las causas internas responden al *súper-yo*: son las prohibiciones que fueron fijadas en la infancia por los padres. Al obedecerlas el *yo* se siente orgulloso, como si hubiera perpetrado una hazaña heroica. El fascismo religioso, apoyado en su lógica monoteísta, trabaja sobre los dos tipos de causa: (i) Implantar el terror a todos los que no obedezcan la visión del mundo que se les dicta mediante una estructura represora sin límites morales (la recompensa al que obedece ciegamente

es pasar a formar parte del «pueblo elegido»). (ii) Sustituir a los padres por el único Padre, «una autoridad suprema por amor a la cual se realiza la hazaña»¹⁶ o, dicho en otras palabras, que el sujeto nunca deje de afirmar: «nuestro Dios es el más grande y poderoso».

Como sucede con el funcionamiento de la biología evolutiva, los genes del fascismo se heredan por diferentes vías. Un solo árbol para representar una descendencia o un desarrollo no es suficiente para plasmar toda la historia de una cultura o creencia. Los orígenes y linajes genéticos pueden empezar a divergir en un determinado momento hasta que se produce una separación absoluta (como sucedió con los primates y el *Homo sapiens*). Pero la evolución funciona igualmente por coalescencia (el instante en el que un padre transmite dos copias de un mismo gen a sus todos sus vástagos; algo que se observa en la transmisión del gen de la hemofilia¹⁷). El fascismo, como todas las formas de autoritarismo, *coalesce* con el sentido mítico de la religión en cuanto al modo que tienen ambas visiones de retratar y delimitar las nociones de santidad y lo sagrado. Las prohibiciones sagradas tienen una ventaja sobre el derecho positivo: su acerbo afectivo o sentimental, esto es, la prohibición a todas luces no tiene que satisfacer el requisito de explicarse racionalmente, simplemente es. Ni surge la exigencia de fundamentarla por la sencilla razón de que ha logrado el estatuto de lo evidente y natural sin la obligación de superar un examen científico. Estamos en el terreno de la práctica social sagrada.

LAS REGLAS DEL RESENTIMIENTO: OSCURECIMIENTO DEL ALMA

El príncipe Hamlet quizás hubiera evitado caer en la paranoia si hubiera logrado diluir de forma productiva su temor al amo, esto es, si hubiera dejado de experimentar placer en sentir la angustia de que su destino debía ser el mismo que su padre: recibir el obsequio de una muerte a traición urdida por su esposa y hermano. Sentir en exceso es venenoso. El célebre Michel de Montaigne fue consciente de este riesgo y por eso nos prescribía como automedicación lo contrario: «no suelo desear sino débilmente lo que deseo, y deseo poco»¹⁸. O dicho

con otra de sus ideas, uno tiene que vivir «sin odio, sin ambición, sin avaricia y sin violencia». El cultivo de la tolerancia como forma de existencia fue central en la moral renacentista de Montaigne, pues vio de cerca cómo gente de bien, por celo y altivez en dar certeza a su pretendida sabiduría, habían obrado de una manera indigna (circunstancia que expuso en su ensayo sobre la libertad de conciencia, denunciando cómo los cristianos, una vez alcanzaron el poder, se dedicaron a perseguir a los creyentes paganos). El pensador francés fue moderno hasta para anticipar el perfil del resentido. Alguien cuya peligrosidad, consideró, no emana únicamente del hecho de estar afectado por una decepción o una traición cometida por alguien querido o en el que se confiaba, sino que deriva de dos posibilidades que practicaría en sus decisiones: una, de semblante dogmático, sería la de creerse hasta el tuétano la máscara (el rol) que personifica en el teatro de la sociedad, la política y el trabajo (llevándosela puesta «hasta en el retrete» y, así, terminar por no distinguir la piel de la camisa).

La otra posibilidad, curiosamente compatible con la anterior, consiste en desdecirse de todo aquello que uno prometió ser o dejar de hacer para, inmediatamente, pasar a estar de parte de un fundamentalismo sustitutivo desde el que seguir orientando la frustración y la ira que siente hacia una nueva víctima (por lo general, el más débil) o sobre el responsable de sus deméritos o fracasos, aunque este sea inocente. En consecuencia, resulta válido afirmar que en el resentido está en ausencia la *tranquilidad del alma* descrita por Séneca. La transformación y encarnación de uno mismo en una «cosa» (la que le sea más beneficiosa en cada momento) forma parte de los hábitos que proliferan en su conciencia. En esta caracterización, podemos situar tanto a un tráfuga ideológico como a alguien que asciende sin escrúpulos en la escala de las clases sociales; en ambos casos sucedería que el sujeto resentido despreciaría o destruiría cualquier atisbo que le recuerde a su pasado.

El filósofo Max Horkheimer realizó un valioso comentario sobre el Salmo 91 como ejemplo de lo que significa el temor universal. Vehemente, nos indica que el temor «*anida en cada*

*uno de nosotros. Quien dice que no lo conoce esta anímicamente dañado o es un necio»*¹⁹. En su deducción aclara que en el ser humano hay dado un anhelo infinito de protección ante los peligros y amenazas del mundo. Ese anhelo es lo que fecunda la semilla del deseo de un Dios o un padre que sean omnipotentes e invencibles. El fascismo, como vimos anteriormente, explota esta debilidad al presentarse (su caudillo y plutocracia de adeptos) como un *refugio* firme, incorruptible y solvente frente al caos. Al interpretar el salmo, Horkheimer, con delicada inteligencia, se fija en la idea subyacente sobre el deber de abstenerse de una legítima venganza reconocida en la tradición histórica del judaísmo. En el sentido de que todos sus muertos, ya fueran asesinados, quemados en la hoguera o incinerados en hornos, no tenían que ser vengados, sino que su pérdida era comprendida como la prueba de que les esperaba una salvación, la de los justos. Es decir, predominó, como señal de identidad cultural del colectivo, lo que denomina como «*una huida en la confianza*». El resentido, por el contrario, no acepta como plausible ni merecido el horror que le toca vivir. En su situación, tanto material como existencial, se haya a la espera de que su impulso latente de rebelión sea galvanizado. Diríamos que el resentido no se conforma con la consolación. Para él nunca es posible quedarse en la quietud. Su goce necesita de la acción.

El antropólogo Jared Diamond, en sus trabajos de campo con la tribu de los papúes en Nueva Guinea, desarrolló el concepto de *paranoia constructiva*. Para llegar hasta esta idea se dio cuenta de cómo se había gestado una curiosa costumbre entre estos indígenas: tienen prohibido dormir al raso junto a los grandes árboles del bosque alto por la amenaza de que estos puedan derrumbarse súbitamente y aplastarles durante la noche. Confrontar con este tipo de accidente les ha impulsado a perfeccionar su intuición a la hora de detectar si las raíces enterradas de cada árbol están en proceso de putrefacción, con la consiguiente probabilidad plausible de que suceda la rotura. Durante miles de generaciones, muchos papúes habían encontrado la muerte de esa forma tan impredecible y, aunque la ratio estadística de que uno de ellos pudiera sufrir este percance mortal resulta ser verdaderamente marginal o

insignificante, la precaución como estrategia se ha llegado a convertir en una paranoia con la que han estructurado su visión del mundo. De modo que la enseñanza etológica se sintetiza en que, si hay «un acto que conlleva un riesgo reducido en cada momento pero que se va a realizar con frecuencia, uno debería aprender a ser siempre cuidadoso si no quiere morir»²⁰.

Este modo de valorizar positivamente una paranoia como un rasgo de creatividad, útil para la supervivencia, se revierte en el fascismo hacia la paranoia de esencia destructiva, pero lo curioso es que aquellos resentidos que son capturados por el aliento del deseo vengativo, adaptan su cognición para incapacitar el reconocimiento sensual de lo injusto de la destrucción interna y externa que sus decisiones conllevan, ya que las comprenden como actos de creatividad para la contención de un riesgo mayor y exaltación del heroísmo.

Las «hordas» del terrorismo doméstico que asaltaron, el 6 de enero de 2021, el Congreso de EE. UU., constituyen un ejemplo de la mistificación que sufre la mentalidad de estos colectivos sociales cuando asumen la certeza de que su misión es sagrada y que su logro será valorado por los suyos como una hazaña digna de los que están reconocidos como patriotas en su tradición histórica. Su motivación, ¿acaso no está unguada por el miedo ante algo tan improbable como inevitable? Me refiero a la engañosa promesa de que se producirá su ascensión al poder cuando, lo que prevalecerá realmente es que serán abandonados y sus «sacrificios» habrán sido en balde. Esta dualidad, de cariz sádico y masoquista, sella la mentira que permite que no haya un trauma inmediato en el resentido cuando queda integrado en la programación del fascismo: experimenta su resentimiento mediante una fantasía en la que la acción de obediencia, pese a que atente contra los derechos y la integridad física y emocional del otro (el diferente como el enemigo), en todo momento queda libre de tener que someterse a cualquier reflexión sobre si hay dado un error de juicio por su parte.

Bajo esta lógica negativa se podría concluir que el resentido adquiere un modo particular, moralmente fallido, de estimar, subestimar y abordar los peligros de la sociedad. Por

consiguiente, una regla de oro para explotar el resentimiento consistirá en habilitar una vía para que las personas transgredan las fronteras de lo que jamás les ha estado permitido: el peligro que implica dicha transgresión es de la que emana el mismo deseo de poder.

La antropóloga Mary Douglas describe esta constante como el deseo de «formar parte de las fuerzas agresivas que amenazan con destruir el orden justo» para, después, buscar el modo de adherirse a un «ritual que las subyugue»²¹ y gracias al cual restaurar un orden renovado. Este ritual tiene lugar por medio de un duelo entre lo que debe ser apreciado como partícipe de los signos de lo puro y limpio, y todo lo que debe descartarse dentro de una sociedad por pertenecer a los signos de la suciedad. Así es como la inteligencia estratégica del fascismo extiende sus tentáculos no tan solo sobre los resortes del terror religioso, sino también sobre la amenaza de una enfermedad y de «lo sucio» como causas para la movilización.

Efectivamente, la «suciedad atenta contra el orden»; por tanto, el juego creativo de separar de un sistema que tiende a la armonía todo aquello que lo altera o amenaza (mediante ritos como el aseo regular y la desinfección constante), en general, es un parámetro positivo para la modernización e higiene sanitaria de una civilización. Sin embargo, la evolución de las creencias políticas ha dado lugar a una ideología ambivalente que definiré como de *lucha contra los riesgos de una contaminación*. En la declinación autoritaria e intolerante de esta ideología, resulta que determinadas personas y grupos sociales pasan a ser catalogados, al menos simbólicamente, como entes contaminantes (enfermos mentales, corruptores de costumbres, librepensadores radicales, herejes, etnias «inferiores» que, si se mezclan, desnaturalizan a las razas superiores, etcétera), los cuales, al dejar de pertenecer a la familia del prójimo, quedan transformados en meras cosas (como si no fueran de la misma especie humana): prescindibles y que rápidamente hay que hacer desaparecer para desactivar la ansiedad tanto por sentir repulsión hacia ellas como por el arriesgado efecto contrario (el de sentirse atraídos y desearlas).

Esta ideología de la contaminación es una amenaza constante para cualquier persona de talante democrático, puesto que el sistema de valores morales que lo sujeta puede verse comprometido existencialmente si juzga de una forma equivocada al dejarse influir por sesgos cognitivos y prejuicios culturales (y más concretamente por los que se agravan debido a la acción directa de la propaganda y desinformación).

Max Scheler, en su profundo estudio sobre el resentimiento de principios del siglo XX, nos avisó de que el epicentro de este proceso se halla en algo tan antiguo como el hábito social de realizar comparaciones entre personas. De tal modo que cualquiera (incluso la gente gentil o buena) puede verse comprometido por la *pasión triste* de ser inauténtico, y caer en la mala fe cuando uno sale perdiendo en esa comparación (a tenor de la valoración subjetiva que hace su conciencia), lo que provoca que decida vengarse de alguna manera.

Con esta forma de sentir y comprender el mundo, el resentido, al compararse con otros, lo hace mediante las escalas de *lo más alto* y *lo más bajo*, y de *lo que más tiene* y de *lo que menos tiene*. Paradójicamente, sus aspiraciones no quedan satisfechas cuando alcanza algo de valor alojado en la comparación que es tan crítica para su propia autoestima (por ejemplo, si se compara con un héroe, trataría de imitarlo o materializar un parecido razonable con él, al menos, en algún aspecto central), sino que va más allá y busca el goce fruto de ser mucho más estimado por sus semejantes que cualquier otro en su posición.

Tal y como señala Scheler, el *hombre resentido*, una vez logra poseer una cosa o el valor relativo al que da una mayor importancia (traducido en una destacada posición social, acumular riqueza o tener influencia política), sucede que únicamente alcanza placer al «trascender el opresivo sentimiento de inferioridad que sufre por su constante tendencia a las comparaciones»²². El quid del problema estriba en que, sea cual sea la cima a la que llegue, el sentimiento de *ser-menos-que* retorna, produciéndose una recidiva de la angustia original, la cual siempre queda vinculada con la siguiente comparación en la que el resentido fija su atención.

En coherencia con lo anterior, el resentido alberga un exceso de querer ser alguien con potencia: convertirse en una llama a la que todos quieren mirar y tener cerca. Para contemplar más de cerca la naturaleza de esta ansia por alcanzar un estado absoluto de reconocimiento, resulta valioso analizarlo en oposición a la discreción (validada para este caso como un estilo de vida potencialmente virtuoso). El filósofo Pierre Zaoui explica que entrar en la dimensión ética de ser alguien discreto implica el disfrute de quedarse intermitentemente en un segundo plano dentro de nuestras interacciones con los demás, con la intención de «dejarles aparecer, de no hacerles sombra, de quitarse uno de su luz»²³. Este paso atrás lo diferencia de la decisión voluntaria de no querer liderar y preferir transferir esa responsabilidad sobre un «alma de fuego» (el líder carismático). El discreto, cuando se comporta de un modo sincero, está siendo capaz de gozar al observar, desde un distanciamiento ecuánime, el modo en que las personas se comunican e influyen mediante sus códigos más personales y frágiles (gestos, sonrisas, silencios, manías, entonaciones de voz y usos populares del lenguaje). Pero no hay dada en la voluntad de la persona discreta ningún atisbo de renuncia a hacer su propia elección ni aprovecharse de la voluntad de otro para sacar un beneficio sin tener que correr ningún riesgo.

En cambio, el resentido, en su complejidad psíquica, puede cambiar su modo de ser entre la posibilidad de encarnar directamente a ese alma de fuego, o bien, optar por la transferencia de su voluntad y convertirse en un seguidor obediente que solo debe respetar el esfuerzo de asemejarse a quien ha instaurado como referente supremo.

La discreción supone todo un alivio de la obstinación por desear que los otros sean como uno es, y también de lo contrario, tener que llegar a ser igual, e incluso mejor, que ellos. En efecto, esta podría ser una terapia para evitar el oscurecimiento del alma que causa la comparación obsesiva.

Con esta progresión nos encaminamos hacia una conclusión del todo decisiva sobre la que profundizaremos en el siguiente capítulo: nada puede exonerar al *hombre resentido* de su elección de obrar de un modo equivocado. Las

determinaciones que le llevan a este modo de ser las podemos interpretar como parte de las causas y motivaciones que lo empujaron cuesta abajo, hacia el abismo. Sin embargo, aunque quede demostrado el atenuante de haber sido víctima de un engaño y sufrir múltiples modalidades de alienación por carecer de libertad económica y de una educación política ilustrada, continúa siendo responsable.

En física cuántica existe la teoría de que un positrón es un electrón que viaja hacia atrás en el tiempo, lo que demostraría que los acontecimientos pueden ser revertidos. En la historia de la humanidad, el hecho de que una persona pueda adquirir conciencia de que estuvo contagiado por el virus del fascismo no significa que pueda curarse reprimiendo y ocultando las secuelas de la enfermedad. No pueden borrarse de las marcas del tiempo ni sus acciones ni sus palabras.

II

La autodestrucción en el resentido

El paso del tiempo a veces puede darnos la oportunidad de dudar de aquello que desde la niñez establecimos como verdadero, es decir, que dimos como ideas y objetos claros y evidentes. Alcanzar ese momento de compromiso con uno mismo no es una tarea fácil ni placentera, e implica reconocer que, con una gran seguridad, hemos caído en profundos errores respecto a los principios y creencias sobre los que edificamos nuestra imagen de lo real.

Rene Descartes no ha sido solamente uno de los filósofos más influyentes de la historia, sino que también fue un precursor de grandes intuiciones sobre el funcionamiento de la psique, los afectos y los actos irracionales. En *Meditaciones Metafísicas* construyó su teoría del *genio maligno*. Una hipótesis sugerente que ayuda a entender la falsificación de la realidad con la que cualquiera, especialmente si uno cede al resentimiento, puede conformarse para recrear su deseo de llegar a ser un Amo. Descartes, en su exposición de la duda metódica, nos advierte que habría un espíritu malicioso cuya interminable misión es engañarnos acerca del funcionamiento del mundo y de cuáles son nuestras motivaciones, introduciendo «cebos» para capturar nuestra incredulidad e instalarnos en una dejadez tal que nuestra conciencia se comportaría como la de «un esclavo que sueña que está gozando de una libertad imaginaria, al empezar a sospechar que su libertad es un sueño, teme el despertar y conspira con esas gratas ilusiones para seguir siendo más tiempo engañado»²⁴.

En su proyecto sobre cómo abordar una ciencia de la verdad, le preocupó hondamente alumbrar cuáles eran las causas por las que prevalecía con tanta facilidad lo absurdo en la mente de las personas. La confianza en la razón y el delgado abismo que comparte con lo incognoscible, delimitaron el territorio en el que tuvo lugar su auténtica batalla dialéctica. Diríamos que la malignidad descrita por Descartes, y que ahora designamos como *sesgos cognitivos*, habita en todos los hombres, y que se

puede admitir, como una respuesta natural, el hecho de que experimentemos un cierto goce con nuestro modo de pensar las cosas cuando este se ha convertido en algo familiar y continuado para nuestra conciencia, armándose a la vez como el nexo que compartimos con las personas de nuestro entorno (del que se acaba extrayendo la mentalidad histórica). Por consiguiente, si en nuestro pensamiento (que se nutre de las relaciones sociales que establecemos desde nuestro nacimiento) damos por cierta la idea de un objeto, podría suceder que, a pesar de que la ciencia la demuestre como falsa, como para nosotros aún existe en el mundo, la reafirmamos. Esta reafirmación (que funciona como un punto ciego en nuestra capacidad de percepción) sería un modo de mantener la confianza en nuestra voluntad para no dudar nunca de las creencias adoptadas. Recordemos que ese «fuera de toda duda» es un rasgo distintivo dentro del mecanismo de obediencia a la autoridad; aquella para la que el conocimiento y la meditación quedan representadas como obstáculos y amenazas, siempre sospechosas.

Estos efectos nos llevan a considerar que, en contra de lo que se nos enseña cuando somos niños, la mente del hombre no es precisamente tierra firme ni discurre incólume hacia la razón, sino que, más bien, evoluciona atravesando las tinieblas. Una vez más, la fragilidad de la condición humana queda al descubierto.

Un apoyo impagable para el *genio maligno* consiste en explotar la nostalgia en el imaginario colectivo de un grupo social. La nostalgia, como afecto, es más ligera y promiscua en un principio que la melancolía, lo que la convierte en una diana aprovechable por las ideologías nacionalistas. Es más «ligera» porque la añoranza que representa cae sin demasiado esfuerzo en menospreciar la forma en que transcurre la vida, es decir, desencadena que una persona sienta su existencia como una «cosa» que no es adecuada ni auténtica ni justa, haciéndole resentirse de que su identidad haya sido privada de libertad para hacer y expresarse sin límites y así cumplir con sus deseos imaginarios. Es también una frustración que el sujeto padece en relación con el modo en el que sucede la rutina: día tras día, el todo le parece lo mismo, repitiéndose sin

finalidad ni horizonte de mejora que le proporcione algún consuelo. La llave por la que entra el fascismo es aprovechar esta herida abierta para remover la ira y la queja del sujeto en vez de impulsarle hacia la reflexión y la crítica racional.

De ahí que la nostalgia sea un sentimiento promiscuo a la hora de que la persona afectada se aferre a discursos bien de los que nunca había odio hablar bien de los que anteriormente había renegado. Probablemente su situación material y anímica «al borde del abismo» le perjudican y embargan para que admita un juicio contraintuitivo (opuesto a las ideas que le inculcaron y que, desde ese instante, destruirá).

Svetlana Boym²⁵ ha clasificado entre dos tipos de nostalgia, una con posibilidad de redención que basa su ontología en una conducta reflexiva para alcanzar la virtud. La nostalgia, para este primer caso, se convierte en un dispositivo tan diletante como creativo, ya que preserva la añoranza que experimenta la persona como una palanca de conocimiento para mejorar la realidad en el presente e intuir una esperanza nueva. Pero el peligro del que es víctima el candidato a resentido es lo que Boym denomina nostalgia *restauradora*: con ella, la añoranza queda orientada hacia una supuesta edad de oro que existió en el pasado y que le es presentada como recuperable.

La falta que angustia al resentido (el agujero que siente en su mente y cuerpo y que le hace reconocerse como objeto incompleto) es colmada por la imagen del retorno a un orden primitivo, puro y limpio de suciedad. La realidad, manchada para él por dolor y fobia hacia algo, es permutada por el reencuentro con el fantasma de un refugio perfecto (una patria que le acoge y cuida). En consonancia, se trata de un *fantasma* porque nunca estuvo presente en su vida más allá del recuerdo inconsciente que alguien puede guardar de cuando se hallaba en el cuerpo de la madre. Cuando prima este tipo de nostalgia engañosa con la que opera el fascismo, la repetición que tanto aborrece el sujeto queda transformada en una especie de «sitio de honor», es decir, una posición con reconocimiento social que se ajusta a la que él cree que merece (el anhelo de quedar por encima de los demás).

Así es como prende la mecha para que el odio que alimenta al resentido adquiera un propósito no únicamente simbólico (como el de rendir tributo a los ancestros e intentar superar los méritos que estos mismos supuestamente pudieron alcanzar alguna vez), sino también político, al adoptar el proyecto de restitución de ese real, donde la copia falsificada (lo que nunca existió del modo en que se afirma) se convierte en el original (la única verdad de cómo ocurrió). Quizá fruto de un lapsus quizá fruto de la rabia, lo cierto es que el resentido, al utilizar el odio al servicio de ambos fines, cierra para sí la reja de una jaula autodestructiva.

Siguiendo estos argumentos debemos indicar que con la movilización de la melancolía hacia el calor de la batalla sucedería algo diferente: el resultado sería menos exacto y previsible, pues cuando una persona está aquejada de un humor melancólico, este se correlaciona con la ascensión de un carácter frío, que no cruel, y a la postre, ese ser tan triste se precipitaría hacia la depresión y la ulterior parálisis. El fascismo no está interesado en la parálisis, necesita de la acción, hallar el despertar del humor sanguíneo y colérico en el sujeto, de manera que, a pesar de que retenga un leve estado de tristeza por sus pecados, no le cueste demasiada energía lograr desencajarlo de su conciencia, accediendo así a una madurez negativa o revertida. Para explicar esta formulación hay que posarse en la Edad Media, cuando en la mentalidad europea médica y filosófica prevalecía la concepción de que cuando mayor es la edad de una persona «más aumenta la agonía de dolor por la comisión del pecado»²⁶. Dicho de otro modo, la bilis negra de la melancolía se hace espesa en tu cuerpo a medida que la sabiduría que has ido adquiriendo con la caída de los años te hace consciente de la magnitud de tus errores. El fascismo busca y encuentra sujetos a los que secarles las lágrimas, de modo que procede a la reversión del curso natural de la unificación neoplatónica de cuerpo y alma (en la que a medida que el cuerpo se deteriora, la mente se aclara). Y en su lugar, se brinda al resentido la promesa de la *juvenescencia* (cumplir el sueño pueril de un cuerpo que prorroga una apariencia interna y externa juveniles). El sujeto fascista queda así lavado de las huellas del paso del tiempo,

siendo la imagen de sí mismo que ve en el espejo un objeto eterno (él como Narciso y superhombre).

¿Por qué crece esa inmadurez negativa en el resentido? En primer lugar, desde una perspectiva antropológica y psicoanalítica, el resentido es presa fácil para recibir con agrado el discurso de una autoridad que le permite desmentir aquellas cosas del mundo que le incomodan y que amplifican su insatisfacción. Así que la masa de resentidos evoluciona como una masa de «desmentidores» que procede con las tijeras a un recorte interesado de la realidad. Por ejemplo, recortando de ella al judío, negro, inmigrante o cualquiera que no esté incluido en el estatuto de su nación, etnia o religión, negándoles la condición de ser su prójimo (observamos algo semejante con la corriente de negacionistas que cuestionan la existencia del virus COVID-19, asociando la «falsa» pandemia a una conspiración maquinada por intereses de reminiscencias demoniacas). En consecuencia, la inmadurez negativa aparece como uno de los frutos de la división psíquica que opera en la persona.

Esta división, que fue percibida por Freud, se produce como un corte perfectamente simétrico entre dos secciones: en una se ubica la parte del sujeto que sabe que «eso» es parte de él mismo, pues, que sabe que desde siempre existió tanto en su pensamiento como en sus sentimientos una predisposición hacia gozar, entre otros, con actos o fantasías sádicas, perversas o racistas. En la otra sección, acontece la parte del sujeto que pone en duda que esa manera de ser de su yo sea real.

También sucede un movimiento inverso en esta división cuando el sujeto goza al imaginar que puede establecer deseo, pasión y amor hacia lo que tiene establecido como una amenaza para su supervivencia. En el filme *La lista de Schindler* encontramos un ejemplo revelador de esta dinámica en la secuencia en la que el comandante del campo de concentración de Plaszow, Amon Goeth, intenta seducir a la joven y atractiva judía que ha elegido para ser su doncella personal. Tras iniciar un flirteo erótico en el sótano lúgubre en el que ella duerme, Goeth, que se ha emborrachado previamente para acallar la fobia aprendida hacia lo judío,

súbitamente percibe no ya el miedo de la mujer a recibir una agresión, sino el asco que ella siente ante la posibilidad de recibir su cariño. Automáticamente, en la conciencia del oficial nazi emerge la defensa ante un recuerdo reprimido: el de volver a ser rechazado como alguien inferior o desvalorizado (revelando que todo en él es un fraude y su poder impostado). El consiguiente efecto es recurrir al acto violento, ocultando el deseo prohibido, culpando al *genio maligno* que le ha tratado de engañar, y castigándose a través de los golpes salvajes que propina a ese objeto al que ama, hasta el punto de casi destruirlo. En cierto modo, se priva de acceder al júbilo de que algo sea verdad; en este caso, de poder descubrir que la mujer judía no es una cosa, sino un ser humano auténtico, bello y bondadoso. Y de hacerse merecedor de ella.

El odio es lo contrario al amor, sostenía Spinoza. Si alguien llega a la conclusión de que algo es bueno, y otra persona aparece para desmentir que tal cosa sea cierta, un sentimiento de odio puede abrirse paso y aflorar en la piel de hasta una persona con educación. ¿Por qué? El odio se desvanece no por la mera acción de la empatía, sino por el conocimiento de lo verdadero. La nostalgia que alguna vez sintió Descartes²⁷ estuvo centrada en imaginar un tiempo de esperanza en el que el hombre y el conocimiento formarían algo así como un equipo de ensueño, imbatible (se podría sostener que en nuestros días no ha traspasado el quicio del sueño diurno). En el resentido, en cambio, el conocimiento de lo verdadero queda subvertido en un cóctel explosivo: mitad privación mitad frustración.

Si el deseo consiste en el anhelo de conseguir aquello de lo que se carece, o bien de conservar aquello de lo que una vez se disfrutó pero que ya no se puede revivir. Entonces, debemos entender que la frustración es, en esencia, una reivindicación por ese algo que se desea y no se tiene. Pero la paradoja radica en que cuando un sujeto reivindica esa parte de la que carece, sucede que no tiene una idea clara de cómo lograrla, no reconoce lo que tendría que arriesgar para adquirir el objeto amado y ni tan siquiera sabe calcular si tiene alguna posibilidad de llegar a poseer ese codiciado semblante, en el

sentido de ser respetado y ubicado en un estatus superior. Dicho de otra forma, uno quiere ser más inteligente, guapo, rico y poderoso: el más querido, temido y deseado. Pero este impulso es fruto exclusivo de compararse con la imagen de aquello que no es (una fantasía inducida y reconstruida en su conciencia). La privación es algo distinta, puesto que se refiere a lo que le falta en lo más hondo. Aquí el conflicto que anida en la persona se suscita por creer que está privada de algunas de sus libertades, y de una misión o sentido trascendente al que orientar su voluntad, trabajo y excedente sexual.

El fascismo, en su estrategia de captación, aprovecha y combina esta dualidad para, por un lado, proporcionar al resentido la posibilidad de oxigenar su frustración de tal modo que sus exigencias desenfrenadas (ser «más que nadie» a pesar de cualquier censor moral) quedan autorizadas. El derecho natural se traduce en que sus deseos sean materializados y den pie a una nueva ley positiva (a su imagen y semejanza). En el otro extremo, la privación es permutada por imágenes con significados simbólicos (un imperio, nación y sociedad que renacen). Gracias a lo cual, el resentido se enamora del relato idealizado que se le presenta y en el que, además, tiene reservado un papel protagonista. Pero es aquí cuando surgen las obligaciones del contrato que harán posible lo anterior, esto es, formar parte de la solución para el mundo implica que, por delante de todo, uno debe estar dispuesto a borrarlo. Hay que proceder al cese de aquellas partes de la realidad que han provocado el decaimiento y la discordia dentro del colectivo humano del que ahora pasará a encarnar el rol de infatigable defensor. Al fin, una misión se abre ante él: la destrucción ataviada con el velo de ser un fenómeno creativo con una estética particular.

ALEGRARSE DE LA DESGRACIA AJENA, SOLIDARIDAD ENVENENADA Y EL FANTASMA DE LA EMPATÍA

Es una falacia considerar que la empatía es un mecanismo por el que la diferencia entre el yo propio y el ajeno queda evaporada como si repentinamente nos hubiera caído un relámpago. No es admisible el parecer tan popular de que ser

empático coincide con sentir al otro como si fuera uno mismo de una manera absoluta, como si se produjera una suplantación de la identidad emocional de ese uno en mí o, dicho en otras palabras, como si mi mente y cuerpo consintieran ser invadidos literalmente por los suyos respectivos. En realidad, es algo que discurre por otro terreno más complejo y artificial. La filósofa Edith Stein, discípula de Husserl, en su investigación sobre la empatía demostró que esta se aproxima a la recreación de un sentimiento aprendido por la experiencia que reconocemos y compartimos con otros. En consecuencia, se caracteriza por *cosentir* el vivenciar ajeno. Esto implica que ante un fenómeno que tenga un valor cultural o moral de carácter positivo, nuestra respuesta emocional sería algo parecido a que «nos invadiese un entusiasmo, una alegría. Todos sentimos el mismo sentimiento (...) Lo que ellos sienten cobra cuerpo y vida en mi sentir, y desde el “yo” y el “tú” se erige “el nosotros” como un sujeto de grado superior»²⁸.

La clave radica en *el nosotros*, estipulado como la prueba de que hay una coincidencia de las partes diferenciadas con el sentimiento empatizado. Podemos tener claro que el que ve correr, corre. El que ve gritar de espanto, se asusta y también grita. De tal manera que no sucede que el individuo aprenda lo que hay que hacer, sino que descubre lo que está haciendo, y solo será capaz de descubrir *haciéndolo*. Esta es ley de la imitación que estableció Sartre²⁹: si el otro se fuga, uno reacciona practicando «*la fuga de este y la suya propia*». Tiene lugar así el contagio emocional por el que cada *unidad-persona* se ve a sí misma como parte indisoluble de un *total-colectivo* al que ese otro que tanto corría o sollozaba también está sumado. Por consiguiente, en la empatía misma queda reconocida la necesidad del individuo de pertenecer a una comunidad con la que compartir objetivos. A veces, el pegamento que cubre el agujero de la necesidad es el hambre, sin el cual los miembros que constituyen un determinado grupo no se hubieran unido jamás. En otras ocasiones, es el orgullo lo que fomenta que un colectivo llegue a sentir el mundo de acuerdo con una forma común. El que ve linchar a negros, gitanos o judíos, hará lo mismo si la unión empática solo discurre con los que linchan: solo recreará en su

pensamiento las vivencias de quienes son iguales para él. Entonces, ¿puede un resentido sentir empatía por otros? La cuestión central no es si puede, que puede, sino con quién empatiza

Como ha quedado evidenciado, el fascismo tampoco está interesado en cesar la empatía, sino en desviarla y restringirla hacia un *nosotros* particularizado; por tanto, lo que hace es procesar un lenguaje con el que asegura que personas diferentes, aun con necesidades no del todo similares, tengan estrictamente el mismo sentimiento reflejado en una unidad simbólica más elevada y trascendente que aniquila el derecho a disentir de un sujeto aislado: la defensa a ultranza de los intereses comunes del pueblo de *elegidos* al que pertenecen. Como resumió Umberto Eco a propósito de la idiosincrasia fascista, para esta «la verdad ya ha sido anunciada. No puede haber avance del saber»³⁰. Solo queda pendiente la interpretación que se haga de este último. El fascismo interpreta los sentimientos que deben acompañar el acatamiento a la verdad que transmite. Anuncia un estatuto de intereses comunes por los que la lucha queda movilizada y justificada.

Cultivar la empatía es una posibilidad para enriquecer las experiencias que unen a un grupo de personas, pero también puede activarse el lado negativo de la empatía: reafirmar aquello que hay en mí que se opone a cosentir los sentimientos de un determinado Otro (el ateo, judío, comunista, homosexual; en una palabra: el diferente). Tengamos en cuenta ese proceder tan humano de alegrarse por la desgracia de los enemigos o de aquellas personas a las que se envidia porque reflejan lo que uno desea y no posee. Es una alegría igualmente colindante con el odio hacia aquello a lo que uno no quiere parecerse o que le tienta (transgrediendo el tabú) porque manifiesta lo que desea ser de verdad y le avergüenza.

La palabra alemana *schadenfreude* (*schaden* significa hacer daño o herir, mientras que *freude* es algo divertido o alegre) se utiliza para designar esas sonrisas con las que nos deleitamos cuando observamos el fracaso o ridículo de un adversario, lo que nos reporta un tipo de placer todavía más intenso y

redondo que aquel que uno extrae cuando logra el éxito propio. Sin duda, hay un residuo malicioso y perturbador en él.

La historiadora Tiffany Watt Smith advierte con perspicacia que cuando elegimos sentir esta *schadenfreude* estamos ante «una forma de respiro, como si los fracasos de los demás apaciguasen nuestra propia envidia e insuficiencia y nos proporcionasen la tan ansiada visión de superioridad»³¹. Partiendo de su análisis, estaríamos viviendo en la edad de la *schadenfreude*, a diferencia de lo que sería vivir en una edad de la compasión.

El apetito del resentido puede nutrirse con este canon para poder no solo desear sino expresar impunemente el fervor que siente cuando sufren aquellos a los que considera culpables o inferiores (ahora mediante la cámara de resonancia de las redes sociales). Emergen los ecos de la venganza del sujeto impotente, generalmente prisionero de un recuerdo de humillación: «*Si yo fracaso, tú también*». O ese otro de «*Si tú triunfas, yo me muero de la rabia*». El impulso de venganza está impedido para la reflexión y, por ello, cuando aquella es urdida, no contempla los principios de la reparación moral entre agresor y víctima. Esta segunda, en su turbulento camino de supervivencia, es a quien le sobreviene la fantasía de llegar a ocupar una posición de poder con la que castigar al mundo. Por tanto, le dominaría una pasión deformada (en ocasiones incluso psicótica) para diferenciarse de aquello que ni es ni será.

En este mismo sentido, el esfuerzo vitalicio de la utopía nazi consistía en diferenciar a los suyos de todos los demás a múltiples niveles (no solo mediante el dictado de leyes, sino con una iconología marcial transferida a la vestimenta, arquitectura y al resto de las costumbres de la vida social). El paso decisivo para culminar la diferenciación pasaba por destruir a las partes de la sociedad alemana que, a juicio de los líderes del partido, eran degeneradas y parasitarias, con la absurda excusa de que su sola persistencia impedía que tuviera lugar el advenimiento del *nuevo reino*, aunque simplemente se trataba de eliminar a cualquiera que pudiera recordarles cualquier humillación, ya fuera las de su reciente pasado histórico (las derrotas de la Primera Guerra Mundial y el

Tratado de Versalles) ya fuera las de su particular trayectoria vital. La voluntad de poder del partido nazi se conectó con erradicar de su memoria el sentimiento de humillación a través de la venganza. Pero en el trasfondo, lo que prevalecía era el deseo de pasar de un estado de impotencia a otro de imprescindible potencia.

Si el hombre y el mundo están causados por los deseos de poder, entonces estaría vigente aquella visión de Nietzsche de que la esencia del mundo es «voluntad de poder y nada más»³², lo que implicaría que esa voluntad puede devenir bajo una forma monstruosa puesto que, en realidad, la aspiración humana de encontrar un sentido (tener un fin teleológico como puede ser el de llegar a un refugio soñado o el de construir una patria para la posteridad) nunca deja de ser una triquiñuela para que, sea lo que fuera lo que uno desea poder hacer o poseer, la cuestión sea «llevarlo a su enésima potencia»³³. ¡Quererlo todo y empujarlo a su máxima posibilidad!

Esta voluntad de poder, según sostenía Nietzsche, tenemos que ubicarla en el juego que tiene lugar en nuestra imaginación y que está basado en la relación trinitaria entre uno mismo, el otro y la idea de autoridad. De modo que «forma parte del poder que este sea tenido por poderoso. El poderoso solo lo es mientras uno le parece al otro valioso, esencial, imperecedero, invencible, etcétera»³⁴.

Así que la voluntad de poder de una persona, esté o no resentida, hay que representarla metafóricamente como la repetición que tiene lugar en el flujo dinámico de las mareas. Le sucede, pues, como a la moral de una sociedad: que crece o decrece, se conserva o cambia de rumbo rápida y fácilmente al ritmo de la posición o estatus que uno ocupa en cada instante, en función de si se encuentra entre aquellos que ostentan el poder o entre los que desean arrebatárselo. Un modo de atisbar el carácter original y primitivo de este modo de sentir y obrar, y que acentúa el absurdo determinismo de la lucha política, se advierte en los efectos sentimentales tan opuestos que tuvieron los milagros de Jesús en la imaginación de sus seguidores y enemigos. Así, cuando este fue acusado de servirse del jefe de los demonios para obrar sus milagros, les contestó que los

curaba en virtud del poder del Espíritu Santo de Dios. La fuerza de este argumento sabemos que fue escasa para librarlo de su sacrificio y en nada modificó el conocimiento de la verdad y el sentido de justicia de quienes guardaban el poder en ese momento. Para los cristianos, tal y como queda recogido, entre otros, por Marcos (3,29), quedó impreso el sentido contrario, es decir, acusar al Espíritu Santo de ser Belcebú fue ratificado en el dogma como el más grave pecado posible³⁵. Consecuentemente, de la misma forma que un gobernante o un monarca pueden pasar en un santiamén de ser alguien justo a convertirse en malhechor, suelen convivir dos concepciones antagónicas de lo bueno y lo malo en una sociedad desequilibrada en términos materiales, polarizada políticamente y cercana al colapso de sus instituciones y moral.

Otro mecanismo cultural y político que recientemente está canalizando el resentimiento es lo que el antropólogo estadounidense Roger Lancaster³⁶ ha denominado *solidaridad envenenada*. Algo así como la construcción de un sentido de pertenencia, apoyo y solidaridad hacia una comunidad, grupo o minoría a partir de la movilización de sentimientos negativos de miedo, sospecha y vigilancia entre sus miembros. El resultado de esta movilización es que surge el consenso entre los integrantes de la necesidad de impartir un castigo ejemplificador para empoderarlos y hacer frente a la injusticia que experimentan. La crítica cultural Joann Wypijewski lo ha sintetizado como la engañosa construcción de una unidad nacional o identidad grupal «vendida a través de la venganza»³⁷.

Lo crucial de esta solidaridad tóxica es que desencadena que el prójimo, el enemigo y el agresor sean cosificados por igual, disminuidos a cosas o animales despreciables y prescindibles, en vez de seres humanos erráticos y recuperables, pudiendo ser utilizada como mecanismo de defensa tanto por un movimiento ideológicamente progresista como por otro represivo y autoritario. Es decir, puede funcionar tanto para un movimiento como el #MeToo (con la meta de sentenciar apresuradamente en el tribunal de la opinión pública a presuntos culpables de abusos de poder) como para las hordas

de Trump (para deslegitimar los resultados de las elecciones y continuar gobernando). Todos unidos en un proyecto de «venganza justa», como aventajados discípulos de Torquemada, adecuando la visión política y las creencias a los sesgos cognitivos que conviene para obviar los mecanismos racionales de justicia (que ni importan ni son de fiar cuando me contradicen) y dar jerarquía únicamente a las interpretaciones morales esgrimidas por la facción con la que uno se ha identificado, lo cual, incluso para el caso de los que se consideran gentiles e ilustrados, nos precipitaría hacia el error, quedando nuestra mente atontada si no secuestrada por sentimientos de odio, desprecio y rabia: la tecnología perfecta para amordazar la voz de la razón y desmentir el funcionamiento de la sociedad. Sin saberlo del todo u olvidando parte de lo que saben, habrían reproducido la opresión en su máxima expresión.

DEL SHOCK AL TRAUMA. HITLER, MUSSOLINI Y EL KU KLUX KLAN

¿Cómo se engendran las relaciones inhumanas? Sabemos que, en el siglo XVII, esclavistas de Sur de EE. UU. tomaron buena cuenta de los beneficios que les reportaría negar a los negros tanto la posibilidad de conocer la religión cristiana como aprender a leer y escribir. Había dos motivos para ello. En primer lugar, absolverse a sí mismos de la culpa por poseer esclavos que podía derivarse de sus creencias morales y religiosas, pues era crucial que se pudiera sedimentar la asunción cultural y científica de que estos negros eran *untermensch* (subhombres). En segundo lugar, evitar que estos pudieran adquirir cualquier atisbo de la conciencia política de su condición humana (algo que podían lograr por el simple hecho de adoptar la misma fe y desarrollar sus inteligencias) y, a partir de ella, urdir una revolución. Pero en este proceder de los terratenientes sudistas había una contradicción sádica ya que, implícitamente, estaban aceptando que los esclavos eran realmente seres humanos iguales a ellos, razón por la que había que instaurar un sistema de normas de vigilancia y castigo para que la *diferencia* entre estos y sus dueños perdurase, dando lugar a la *alienación del esclavo* para que aceptase su impotencia y se abstuviera de un acto de rebelión.

A su vez, esta paradoja alimentaba el *malestar del amo*³⁸: sus esclavos, él lo sabía, eran seres humanos, así que no había otro remedio que engañarlos, negándoles cualquier posibilidad económica y política de hacer valer sus derechos naturales ¿Cómo? Tratándolos con radicalidad: como si fueran bestias inhumanas.

Tras la sangrienta Guerra de Secesión, el plan de reconstrucción soñado por Lincoln para su país tuvo un último impulso antes de desvanecerse durante el primer mandato del decimooctavo presidente de EE. UU., el General Ulysses S. Grant. Entre 1870 y 1872 el ejército de la Unión tuvo que esforzarse por atajar los tumultos y linchamientos protagonizados por el *Ku Klux Klan* (su derecho a intervenir y combatirlos quedó recogido en la *Ku Klux Klan Act* de 1871). Esta organización supremacista blanca que había extendido su presencia terrorista desde Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Misisipi y Florida, sabotaba todos los intentos de compensación para integrar a los negros como ciudadanos de pleno derecho no solo a escala política sino también económica. El primer fracaso del Plan fue el de no ser capaz de cumplir con que los antiguos esclavos recibieran los famosos «40 acres de tierras y una mula» (una promulgación realizada por el General William Sherman el 16 de enero de 1865). Aquella vociferación igualitarista duró poco, puesto que el presidente Andrew Jackson (anterior a Grant) instó a que las tierras sureñas devastadas por la guerra fueran reasignadas urgentemente a sus legítimos propietarios. En el breve período de tiempo en el que se mantuvo el compromiso de Sherman, solo se recibieron cuatro mil solicitudes por parte de exesclavos. La política real enseguida deambuló por dos enrutamientos decepcionantes. Por un lado, consentir otra forma de esclavitud con estatuto legal, es decir, el fomento de la mano de obra negra asalariada que rápidamente fue víctima de una deflación en comparación con la mano de obra de los blancos. La segunda línea de acción, robustecida por los nuevos parlamentarios tras la rendición de cada Estado del Sur, fue la de debilitar cualquier chispa de voluntad entre las familias negras para querer hacer uso de su derecho a ser

propietarios y practicar el emprendimiento en igualdad de condiciones.

Paralelamente, la violencia del *Ku Klux Klan* fue utilizada como instrumento político por el partido demócrata reunificado tras la guerra, en el sentido de presionar al gobierno federal de los republicanos para que desistiera de sus esfuerzos de reconocimiento democrático si pretendía que se pusiera fin a las sublevaciones y asesinatos perpetrados por el Clan. El presidente Grant aceptó tácitamente a cambio de perpetuar algunos años la presencia militar de sus ejércitos en los territorios secesionistas, encarcelar a los miembros más radicales del *KKK* y profundizar en el derecho a la educación. Moviendo a profesores voluntarios desde Boston y Nueva York, se abrieron cerca de tres mil escuelas que escolarizaron a más de ciento sesenta mil menores, y se encauzó que los varones negros pudieran realizar estudios universitarios en derecho, medicina y teología³⁹.

En cualquier caso, el corazón de los hombres siguió estando lleno de serrín, por decirlo cómicamente. Cabe evocar justo el final del célebre poema de T.S. Eliot *Los hombres huecos* (1925): el mundo, cuando llegue a su fin, no se acabará con un gran *Bang*, sino con algo parecido a un murmullo. Así ocurrió con la Guerra Civil y la esclavitud, puesto que, tras las toneladas de almas sacrificadas, aquellas no hubieran cesado tajantemente ni con la irrupción de un trueno que quebrase la tierra. En la atmósfera de la sociedad estadounidense, incluida la mentalidad abolicionista, todavía continuó flotando como reto moral y científico la demostración de que el color oscuro de la piel no constituía una desventaja innata o de orden genético para desarrollar el intelecto o cualquier otro tipo de empresa o proyecto social. La partícula racista ha seguido murmurando, dando pequeños pasitos, produciendo el ruido que hacen las ratas al caminar por cristales rotos. Como la fuga de sonido que se escucha cuando una cámara de aire se pincha, aquel chorro reverbera en la conciencia colectiva hasta nuestros días.

De un modo u otro, la naturaleza de ese reto imposible de las razas como la noción de un algo verdadero nos habla, en concreto, de que esa *cosa* que hemos asumido bajo el

significante *ciencia* siempre ha estado en juego. La manipulación de la ciencia ha permanecido, eternamente, en el centro del tablero de ajedrez que tanto le gusta utilizar al fascismo para explotar el resentimiento.

Lo que funciona es aquello que prospera. A mi modo de ver, en este sencillo enunciado se sustenta de pleno la esencia de lo que la ciencia es. Thomas Kuhn⁴⁰ estipuló que esta, en efecto, se caracteriza por ser una investigación empírica basada en la observación, por tanto, anclada a un proceso de aproximación interminable sobre el funcionamiento de la realidad. Pero también señaló que, ante todo, la ciencia es parte de una empresa social. Consecuentemente, no está vacunada contra épocas de confusión en valores ni a salvo de las repercusiones de una crisis económica profunda. Como parte de la repetición histórica, nadie debería extrañarse si coexisten juicios radicalmente opuestos sobre la gravedad de lo que en un momento dado esté transformando un campo o esfera del conocimiento, de tal modo que resulta plausible esperar que unos grupos enjuicien lo que es la verdad practicando el discurso del sinsentido, mientras otros lo hagan reelaborando los significados dentro de la tradición. De pronto, lo que estaba claro en la izquierda se va hacia la derecha. Y al revés, la derecha deviene en izquierda, destruyéndose la invariancia del significado. No es que haya dos soluciones en liza para que el problema sea disuelto, sino que lo que hasta entonces era invisible, irrumpe, coge voz, al fin se manifiesta: el objeto tiene ahora dos lados distintos. El fascismo, en su deseo de apoderarse de las creencias de una sociedad, no admite que haya dos, sino que aplasta la diferencia de la doble cara y fuerza una continuidad a través de una reordenación dictada en los términos de una ciencia falsificada.

Otro ejemplo para ilustrar ese tipo de impulso fue la ley aprobada por los nazis para prohibir que las vacas propiedad de judíos ya no pudieran ser impregnadas por toros sementales de propiedad alemana. Se estableció que solo había lugar para que prosperase un tipo de ganado, el ario⁴¹. A la vez que fue clasificado como de origen nada saludable el otro ganado, el no-ario. La propensión para creer que su desaparición sería algo bueno fue habilitada como parte de los hábitos de la

buena educación y prevención de la salud avalados por la ciencia oficial.

En todos los casos, lo que importa de la empresa científica es lo mismo que *a priori* sucede con las revoluciones políticas de pretensión democrática *a priori*: constatar que el invento funciona en la práctica. Si una revolución logra hacerse con el poder establecido, pero al poco tiempo deja de correr el agua por las tuberías de las ciudades y se cae la electricidad con la que se encienden los electrodomésticos y se calientan los hogares en invierno, no hace falta ser un lince para esperar que la voluntad de cambio de la mayoría quede reducida al fantasma del gatillazo, pasando a ser despreciada como otro intento fallido. Lo preocupante es lo que suele sobrevenir después de darse el batacazo.

El mismo año que Hitler llegó al poder en Alemania, aconteció en Francia el célebre caso de las hermanas Papin. El 2 de febrero de 1933, en Le Mans, Christine y Léa Papin, dos criadas huérfanas, asesinaron salvajemente a sus patronas, la señora Lancelin y su hija. Los hechos fueron una carnicería (arrancaron los ojos a sus dos víctimas, laceraron sus cuerpos con cuchillos de cocina y esparcieron su sangre y sus órganos por los pasillos y habitaciones de la casa). Las jóvenes estaban catalogadas como modelos ideales de lo que debía ser biológica e históricamente una empleada del hogar. Así que no hay duda de que eran la personificación de las apariencias necesarias para que la estructura de clases sociales sea productiva y que reine la armonía entre los cuerpos. Fueron procesadas y declaradas culpables de asesinato sin premeditación. Tres psiquiatras forenses estuvieron de acuerdo en diagnosticarlas como mujeres perfectamente cuerdas. Pocos meses después de su encarcelamiento, Christine fue presa de fuertes delirios y alucinaciones; moriría en un sanatorio mental por caquexia, signo inequívoco de autocastigo, negándose a ingerir alimentos y moverse. Ninguna de las dos confesó ningún reproche o resentimiento consciente hacia sus «amas». Sus actos escapaban a sus capacidades para articular un sentido. Jacques Lacan hizo una de sus primeras indagaciones clínicas con este caso, y puso el dedo en el corte de electricidad que sufrió la casa e interrumpió las labores de

planchado que realizaban las dos hermanas en el momento en el que emergió el brote psicótico. Algo les crujió con el cortocircuito. El apagón visibilizó lo invisible. Por su intervención «se vino a materializar el silencio que se había instaurado desde hacía mucho entre las amas y las criadas: de un grupo al otro no pasaba la corriente, pues no se hablaban entre ellas. Desde ese momento, el crimen, desencadenado por el corte de corriente, era la puesta en acto, por la violencia, de ese no-dicho cuya significación escapaba a las protagonistas del drama»⁴².

Cuando Hitler alcanza la cancillería de la república había cerca de seis millones de desempleados en Alemania, su partido tenía cerca de un millón de afiliados y acaparaba un tercio de los votos. Estas cifras no solo hay que entenderlas como el resultado de prácticas sectarias y propagandísticas para atraer a personas marginales, pueblerinas, carentes de educación, al borde de la pobreza o de la cárcel. Supieron atraer con maestría a estos perfiles, desde luego que sí. Pero también enamoraron a eslabones amplios de la burguesía alemana nacida del sueño nacionalista de 1914, cuando fue declarada sin complejos una guerra en aras del fortalecimiento de un nuevo imperio cuyo dueño exclusivo ya no sería el Káiser sino el pueblo alemán: el espíritu patriótico y populista se colmó de deseos en el verano en el que dio comienzo la Primera Guerra Mundial. Así es como la política nazi se convirtió posteriormente en un calco de las expectativas incumplidas a múltiples niveles por la no-victoria, y por eso supieron adoptar con astucia premisas socialistas que tuvieran el suficiente atractivo como para hacer que uno de cada diez votos que recogieron los nazis vinieran de votantes ex socialdemócratas. Como señala el historiador Peter Fritzsche, Hitler supo traer y llevar, ocultar y desinhibir, los registros ideológicos que le convenían en cada momento, pasando del lema «Trabajo y Pan» («Arbeit und Brot») para todos y explicitando una canalización ordenada de los anhelos anticapitalistas versus el impulso sin tapujos de sus objetivos racistas y conquistadores para recuperar la estima y volver a refundar la fantasía de una patria sin restricciones,

expansionista, para que pudiera alzar su voz sin miedo a la hostilidad castradora del resto del mundo⁴³.

¿Qué volvió a reconectar Hitler para que la corriente eléctrica pasara entre los cuerpos, a diferencia de lo que sucedió con las hermanas Papin?

Al terminar la Gran Guerra, el veinte por ciento de la población alemana había combatido en el frente. Su retorno no fue obsequiado con la admiración de multitudes encendidas por una alegría desenfrenada, tal y como sucedió durante la proclamación. En el transcurrir de cuatro años de aniquilación de vidas humanas y empobrecimiento material y espiritual, las pasiones con las que se logró el consenso colectivo para abrazar la beligerancia como rasgo fundamental del bien común dieron lugar a su reverso triste, la vergüenza, el abatimiento y la sensación de que todos los ideales y promesas que habían sido proyectados por la aristocracia y los partidos políticos tradicionales habían sido un fraude.

Los soldados veteranos alemanes, como sucedería seis décadas después con el retorno de los soldados del ejército estadounidense de Vietnam en 1974, fueron arrinconados a un no-decir. Su historia fue encerrada todavía caliente en una olla a presión. De algún modo, se les privó del regreso a los cuidados de la madre. Walter Benjamin evoca en su ensayo *Imágenes que piensan* una correlación entre la salida que un hombre puede tomar de una angustia paralizante y la madre que cuida de su hijo enfermo, que le acaricia para quitarle cualquier sensación de desamparo mientras le narra con mimo un relato tranquilizador con el que termina de articular un clima de curación⁴⁴. El varón alemán fue privado de ese cauce de restitución para una herida que nunca llegó a cerrarse, y desde la cual se proyectó al inconsciente la falta del amor maternal. Massimo Recalcati expone que una madre ideal solo ama a su hijo en función de sus talentos, logros y belleza. Al contrario que una madre real, que abandona toda exigencia narcisista de ella misma hacia su hijo. Este no es culpable de nada ante su mirada: no le demanda que materialice sus deseos, sino que le quiere como es y le ha tocado ser⁴⁵. Hitler injerta en su narración profética la resurrección de la madre

patria, una madre ideal, de voluntad inquebrantable, que vuelve a readmitir a sus hijos como dignos de su amor, que les perdona y redime.

El nazismo no fue un engendro autónomo del Mal, sino que siguió un desarrollo predecible dentro de una secuencia de colapso histórico de un país. Halló la manera de que la mitad, al menos, de la sociedad alemana superase la paralización y devastación de los contenidos psíquicos heredados de la guerra perdida, una revolución social fallida, la deuda contraída con los Aliados, la inestabilidad de sus instituciones republicanas recién inauguradas, las fuertes desigualdades sociales y el alto desempleo fruto de sucesivas crisis económicas. El trauma colectivo irrumpió en la escena, al fin fue dicho y absorbido por el discurso del Padre. Los oídos de amplias minorías de alemanes, debilitadas por la falta de esperanza, comenzaron a escuchar solo lo que deseaban en sus corazones; no la verdad, pues, sino la desublimación de su represión y un desahogo para su resentimiento. Por medio de esa voz hipnótica recuperaron las ganas de hablar y dejaron atrás la confusión paralizante. Estaban siguiendo, sin saberlo, los pasos de una terapia orientada después de pasar por una catástrofe.

Vale recordar que Hitler sufrió de ceguera histórica, un desorden postraumático que se observó en un número elevado de soldados a partir de 1916. La causa principal era la amenaza constante de estar siendo bombardeados con proyectiles cargados con gas mostaza. De cinco a seis veces al día, las líneas de trincheras eran avisadas con alarmas, casi siempre inciertas, de ataques químicos. Los soldados empezaron a verse aquejados de una fobia hacia cualquier emanación extraña que les rodeara y enseguida desarrollaban síntomas de estar afectados por el gas.

En 1918, Hitler, tras diagnosticarse que no había pruebas médicas de que su ceguera estuviera asociada a la exposición directa de un arma química, fue trasladado a un hospital mental que acogía a militares en Pasewalk, cerca de la frontera entre Alemania y Polonia. Allí fue tratado por el psiquiatra Edmund Forster, quien, por medio de la hipnosis, logró que superase el shock⁴⁶ y que su lengua ya no se detuviera jamás.

Poco se sabe de aquellas sesiones y mucho se ha especulado sobre el hecho de que fue justo durante aquel período convaleciente cuando tuvo lugar la epifanía pagana por la que recuperó la visión, consagrando su cura como una señal para otorgarse, por mandato de *Yo-soy* (traducción hebrea de la palabra Dios), un propósito cuasi divino para su vida. Algo típico en la psicosis.

Precisamente, en los artículos editorialistas que Benito Mussolini escribió para *Il Popolo d'Italia*, en 1919, se advierte ese mismo elemento inmanente del fascismo, un síntoma del brote psicótico a punto de estallar en su plenitud total, una misma ansia por restituir un mundo que solo habita en el delirio del sueño. El dictador italiano nos habla de «¡Volar! Cada vez más alto: en una prodigiosa tensión de nervios, de voluntad, de inteligencia, a la que solo el pequeño cuerpo mortal del hombre puede aspirar. Volar por encima de todos los combates prácticos de esta terrible y continua trinchera que es la vida de hoy»⁴⁷.

¡Exacto! Es la misma voz la que resonaba en Italia en aquel momento. Una que clamaba contra todas las tiranías, entre ellas contra la proletaria. Y que se asomaba a las masas en busca de su consentimiento para llevar a cabo una destrucción creativa y una venganza justa para todo aquel que se lo mereciera. La imaginación para la violencia se hacía su lugar. E igual iba a suceder en Alemania, donde tanto los comunistas como los nazis compartirían la misma voracidad: el deseo de engullir la realidad de Europa, con Versalles y la burguesía parasitaria incluidos. De modo que unos divagaron con que sería el ejército rojo el que llegaría primero a las puertas de París, y los otros apostaron por la suficiencia del nacionalsocialismo para recuperar el Todo que les fue arrebatado⁴⁸. Es decir, el mundo entero para ellos. Ahí radicó el misterio del mensaje al final del tendido eléctrico que con tantas expectativas aguardaron escuchar tanto el pueblo obrero alemán, tan vilipendiado por las injusticias, como los jóvenes aburridos de familias acomodadas italianas, ansiosos de sacrificar sus vidas por algo con sentido menos por trabajar con el sudor de su frente. Qué familiar resulta esta diversidad de procedencias entre las conductas autoritarias de nuestros

días, igual de presentes entre los partidos de izquierdas y derechas, visibilizándose una continuidad sin cortes del inconsciente fascista: dicen que no lo saben, pero sí que lo saben. Al fin soy el que deseo ser: soy como tengo que ser.

El mundo debe funcionar, y cuando deja de hacerlo todos esperan que venga el amo y lo solucione⁴⁹. Este es el camino que toma el resentido: las teorías son verificadas o rechazadas a través de actos y normas que las confirman o invalidan. Pero, ante todo, no puede haber contradicción, sino que debe prevalecer el fanatismo: la denegación del entendimiento y la benevolencia. El amo fascista que escarba en nuestro interior nos susurra todo el tiempo, por ampliamente tolerante que creamos que tenemos el oído, nos interpela con un sonido familiar e irracional. Nos trata de convencer de que nuestra verdad personal, aunque esté basada en el rencor, la envidia y la codicia, en realidad posee validez, es libidinalmente poderosa y decente en vez de una estupidez lacerante.

AMNESIA DE LA CULPA. EL CÍNICO Y LA INCREDULIDAD

Este amplio recorrido nos ayuda a comprender, entre otras cosas, el porqué del fracaso del segundo *impeachment* a Trump tras arengar a sus fieles a dar un golpe de estado, o los disturbios violentos en Barcelona y Madrid a tenor del encarcelamiento del rapero Hasel por violar los límites jurídicos de su libertad de expresión.

Comenzamos por este segundo caso, acontecido tras las elecciones catalanas del 14F, recordando toda la ira e indignación naturalmente desproporcionada que sufrieron las calles con sus habitantes, evocando la imagen de unos ratones de laboratorio recibiendo descargas eléctricas para que no pudieran dejar de moverse por un laberinto a oscuras. Lo que se masticaba en aquel ambiente nocturno era la asfixia social. Una falta de oxígeno para respirar con normalidad. La vía de escape de los jóvenes manifestantes y otros tantos que asistieron como espectadores a las imágenes de destrucción y que gozaron secretamente con ellas, fue consumir lo real de la metáfora de quien no encuentra a nadie para tener una batalla verbal, nadie con el que consumir una sexualidad sin sexo.

Así que a la pregunta que formulaba el joven despechado mientras rompía cristales e incendiaba contenedores —«¿Me deseas?»— solo recibía del Otro el desprecio del padre que se burla de su impotencia, de ser un objeto prescindible, de no saber. Un padre humillante que lo lanzó a la marginalidad y lo transformó en un renegado de sus auténticos deseos. Así es como el resentimiento de ese joven, aunque provenga de una familia rica, pasó a ser captado por el tosco filósofo Mussolini, que diagnosticó precozmente aquella verdad indómita de que «la vida de las sociedades modernas es de una complejidad formidable»⁵⁰. La medicina predilecta del dictador italiano consistió en ofrecer exactamente el mismo tratamiento que el fascismo posmoderno travestido de izquierdismo no deja de repetirse para sí: hay que provocar «el colapso del pasado». Arrumbad con todo. Sin la sangre no hay victoria. El simbolismo de los mensajes que fueron vertidos por los movimientos reivindicativos que orquestaron aquellos golpes callejeros sirvió como un generador de impulsos para que el enfado colectivo mantuviese su semblante frenético: un simbolismo del frenesí orientado a devolver a los renegados el título de los más orgullosos de los orgullosos, más que el conjunto de los orgullosos españoles.

La conducta recta en el resentido que desea el amor del fascismo queda moldeada en el espejo del narcisista, que hace magia: todo lo que hay en él, de sinuoso y tramposa cavernosidad en sus anhelos y pasiones, queda estirado: su chatura intelectual y moral es alzada hasta parecer algo digno, transformado en un armónico falo de poder. Otra vez fue el filósofo Mussolini, castrado de filosofía, pero tocado por una astuta retórica para aguijonear el corazón, quien supo encontrar las palabras precisas para unir en un mismo espejo a sus masas de adeptos: «la guerra es algo muy simple» (a diferencia de la sociedad).

Casi un siglo después, al otro lado del Atlántico, la justificación que el 13 de febrero de 2021 dio el líder republicano, el senador Mitch McConnell, para tirar al retrete la reprobación judicial del expresidente Trump, es una repetición de la revelación de siempre: dado que ya no está en el cargo, no se le puede juzgar, al menos «no todavía». De

nuevo retornó el triunfo de la doctrina de la amnesia social, consistente en ese decir de «pasar página». Con esta aceptación tácita, el adoctrinamiento del olvido deja coleando una significación relativa de los hechos, opinables para así debilitar la idea de la mirada objetiva, reconstituidos con la forma de una deuda que se anota en un libro de contabilidad pero sin especificarse la fecha para su devolución, como si no hiciera falta liquidarla con prontitud, pues el hacerlo entrañaría el riesgo de confirmar un sentido inequívoco de lo que es verdadero: cumplir con el deber universal de la ley y con los valores éticos del discurso democrático en oposición a la traición, la hipocresía y la mentira sistematizada. Mantener vivas tanto la sombra de la sospecha como la posibilidad de no ser culpable, son opciones más valiosas para el tramposo que eliminar de un plumazo la duda razonable. Esta estrategia política y cultural ha desembocado en la persecución de la figura del cínico.

Hasta nuestros días, el significante *cínico* ha sido condensado en un imaginario desagradable, dado que aquella persona que lo recibe de los otros es tratada como si fuera alguien improductivo, del que hay que desconfiar. Pero en los tiempos de Sócrates no era exactamente así. El cínico tenía una misión diferente a la del escéptico. Su propósito se circunscribía a indicar con bravura la hipocresía de los valores que muchos afirmaban en balde o encarnaban falsamente. Era un servidor de la ética de la verdad. Como tal, cuidaba de su conciencia hablando con franqueza, absteniéndose de decir con su voz justo lo contrario de lo que pensaba. Como indica Foucault, el cínico se esforzaba por llegar a la «verdadera vida»⁵¹. Probablemente, ser un perturbado es el título más generoso con el que el sentido común contemporáneo premiaría a alguien cuya militancia filosófica se opusiera con vehemencia a la amnesia oficial de pasar de largo por aquello que resulta demasiado inhabitable como para desear reconstruirlo y hacerlo funcionar.

El genio maligno del fascismo aprovecha ese punto ciego, pues está cómodo discurriendo por el camino de lo simple, evitando el reto de la transformación de la complejidad en otro mundo igualmente complejo. Directamente, opta por destruir

la ciudad inhabitable y, a cambio, sirve un mundo primitivo, compacto e indultado de la culpa por incumplir el vínculo humano con la verdad. Las viñas sociales que siembra y hace crecer el fascista esperan un único fruto: la credulidad. El deber que propugna a los cuatro vientos consiste en que solamente valga creer en su palabra. El amor totalitario, que suprime la duda y adormece el conflicto existencial que acalambra al resentido, es la estrategia que adopta el padre humillante para que rebose en sus hijos el deseo de una sola medicina: la obediencia hasta la muerte. El caudillo fascista entona una cantinela a su clientela necesitada de amor: ¡El amor soy yo! Este es el sello con el que queda transfigurado el odio en un amor singular que después consumirá el cuerpo y destruirá la mente.

III

Propaganda fascista atravesando el permafrost democrático

El historiador del arte Erwin Panofsky recuperó, en una de sus investigaciones sobre el simbolismo de Saturno, la figura de un médico del siglo XII llamado Guillermo de Conques, un modelo de polímata de su época que supo fundir la cosmología cristiana con la medicina y la psicología. Propuso que el Adán más perfecto al que el hombre podía aspirar era el «homo sanguineus»⁵². Alguien en el que la trinidad de temperamentos (el colérico; cálido y seco; el flemático, frío y húmedo; y el melancólico; frío y seco) estaría equilibrada, de modo que cada uno de los líquidos que imaginaba que corrían por el torrente sanguíneo quedarían reducidos a su justa medida. La mezcla ideal reflejaría una tensión perfecta entre todas las fuerzas para que, ni por exceso ni por defecto, la degeneración de cuerpo y mente no sobreviniera.

Aprovechando aquella metonimia tan poderosa como precientífica de Guillermo para hacer realidad las promesas de la ciencia, me vino la idea de que su poesía biológica se asemeja al funcionamiento de las juntas tóricas que son utilizadas en los cohetes a propulsión, las cuales asumen la función crítica de impedir que el combustible y las diferentes sustancias inflamables almacenadas en sus depósitos ni se toquen ni se derramen fuera de su espacio de contención y del instante exacto en el que deben intervenir, evitando una reacción en cadena que termine en una explosión catastrófica. Pero esas sencillas juntas de goma, que han de garantizar el aislamiento y el buen gobierno de un sistema tan complejo como en el que se hallan inmersas, no siempre funcionan cuando las condiciones se vuelven extremas. A veces, cuando la climatología padece un cambio sustancial, lo que tenían que guardar acaba por filtrarse por holguras imprevistas, produciéndose aquello que trataban de evitar: el no tropezar.

La periodista alemana de origen judío y antepasados españoles, Bella Fromm, nos sorprende en su diario sobre la

vida en el Berlín de los años treinta con una anécdota que transcurrió solo unos días después del 30 de junio de 1934, cuando el nazismo comenzó a detener y ejecutar por toda Alemania a personas recogidas en listas negras sin que se les leyera sus derechos ni fueran juzgadas por un tribunal. Los efectos de aquella purga criminal quedaron plasmados por Fromm en la descripción del semblante de un joven fotógrafo que había trabajado en su oficina de prensa. Rubio, alto y delgado, apareció una mañana en la redacción vestido con el uniforme imponente de las S.S.: «(...) había cambiado. Se sentó. Enseguida rompió a llorar y confeso: —tuve que disparar en el cuartel de la Gestapo. Treinta y siete veces disparé... treinta y siete han muerto. Treinta y siete están persiguiéndome... No puedo escapar de esos treinta y siete fantasmas...»⁵³.

¿Cómo se deforman las juntas tóricas que ajustan el equilibrio dinámico de nuestro temperamento para que un sujeto termine por enfermar de una superfluidad de las bilis roja y negra hasta el punto de que el «homo sanguineus» se convierte en un extraño para él?

El ahogamiento interno de nuestra conciencia puede activarse tanto desde el miedo como desde el deseo. La propaganda es una tecnología dotada para jugar con nuestros humores. Entre sus prestaciones destaca un modo selectivo con el que filtrar la culpa, la melancolía y la llama colérica según convenga al emisor del mensaje o a quien prepara la orden que deberá ser acatada.

La propaganda poco tiene que ver con la realidad, solo con las pulsiones. Su lógica es activar y provocar nuestros deseos, fantasías y actos. Su propósito no queda limitado a imponer la obediencia, ya sea por convencimiento ya sea por la fuerza, sino que su genuino elixir es convencer a las masas de que no han de sentirse incómodamente responsables si sus actos no concuerdan con algunas de sus vivencias y creencias previas. Y, todavía más, en el uso de la racionalidad, se les proporciona un sostén con el que procesar y comprender que sus actos discordantes son decentes. La honradez es la gema con la que va coronado el discurso. Luego, podría suceder que algunas personas, como aquel fotógrafo que inmortalizó Fromm, de

vez en cuando se sientan mal o indispuestas y que momentáneamente sepan por qué se sienten enfermas. Pero la propaganda no cesará en su empeño y les indicará cuál es el sendero para que la mayoría del tiempo puedan borrarse de cualquier malestar.

Los argumentos propagandísticos diseminados por tierra y aire sirven para que los receptores puedan enchufarse a una red de significados alternativos infiltrados a través de medios de comunicación, redes sociales, clubes, asociaciones, juventudes, instituciones educativas y partidos políticos.

Esta red les sustrae del abismo del vacío (equivalente a la nada angustiante en la que la persona cree que sus actos carecen de significado o valor, pero el fascismo le garantiza que incluso sus actos inexplicables tengan siempre el mismo valor) y de la depresión (entendida como el dejarse llevar sin la más mínima resistencia por el decir de los otros; dejarse llevar hasta ser un número negativo). El valor diferencial que les ofrece esta red es el de contactar con la figura soñada de un héroe salvador o de un mártir que, por cierto, no tiene que dudar y tiene autorizado el victimizarse a sí mismo.

El gurú seminal de las leyes de la publicidad en la industria estadounidense fue un psicoanalista austriaco, Ernst Dichter. Su gran aportación fue hacer públicos los mecanismos psíquicos que motivan a la persona para querer ser de un modo particular. Proporcionó al capitalismo insurgente el secreto que el fascismo ya había explotado: el placer sirve para fijar los límites que son alcanzables para una persona. Pero es el deseo el que la empuja hacia lo inalcanzable. Es el deseo el que está gritando lo que le falta. En esa jugada es en la que tiene lugar el engaño. Ahí es por donde atraviesa la persuasión de la venta como el arte de seducir al descarriado para que vuelva al redil de lo que ella misma, la propaganda, define como el «orden natural de las cosas». El sujeto, sin saber, acepta su apoyo porque le entrega el placer de hacerse ilusiones con las que cubrir la falta.

El fascismo aprendió por otro camino lo mismo que descubrió Freud, es decir, que el deseo es indestructible. La propaganda y sus disfraces publicitarios simbolizan la

repetición de la palabra del profeta indicando una tierra hacia la que llevar al pueblo.

En resumen, la propaganda permite la planeación de dos objetivos primordiales: (i) Establecer cuáles deben ser nuestros mayores deseos y convencernos de que hay un trayecto seguro para conseguirlos. Solamente debemos estar dispuestos a creer en su palabra y tomar el rumbo que nos indica (por ejemplo, el de la independencia, la conquista, el dominio, la obediencia ciega o la extracción de riqueza sin obstrucciones morales). (ii) Aceptar el olvido de nuestra memoria, aunque esto nos haga caminar mal, torcernos y cojear.

Esta segunda vicisitud implica que el tembloroso andar que se hace tan patente entre los que aceptan su conversión al discurso de la venta, estaría delatando el síntoma de que, en realidad, están intentando silenciar los tambores del remordimiento e ignorando que continúan sin saber lo que les pasa, es decir, que el agujero que sienten en su espíritu, como si fuera una herida indeterminada, pues no saben dónde tocar, ni queda relleno ni cicatriza. Ante la imposibilidad de sanación, lo único que acrecienta la propaganda fascista en las mentes de su público objetivo es la rememoración de la humillación y, consecuentemente, el deseo convulsivo de resarcirse de ella. Este es su fundamento único y la razón por la que la propaganda puede equipararse con otros precursores de la neurosis.

REPETICIÓN Y ABOLICIÓN DE LA DIFERENCIA. EL JUICIO DE AUSCHWITZ Y LA GUERRA DE LOS BALCANES

La propaganda conecta con nuestro resentimiento porque apela a nuestros deseos pendientes, aquellos que tratamos de satisfacer, casi siempre en vano, según nos marca la demanda que procede del Otro (los padres, las autoridades, los hermanos, los compañeros de trabajo, los mejores, los inteligentes, los guapos, los carismáticos, los ricos y los santos). Una demanda que tenemos asumida, por acción de la locura o por una clarividencia delirante, como si fuera el altar al que hay que rezar para cubrir la necesidad que sentimos como imperiosa.

Por tanto, como personas con sed de poder ser aquello que se nos ha pedido ser, asumimos que solo podemos realizarlo en los márgenes de esa demanda inagotable y voraz que nos habla de que algo nos falta y que, por ello, somos menos que nada, incluso menos que los otros. La propaganda se las apaña para engatusar los objetos acumulados en el inconsciente de ese «nosotros», sustituyendo el lenguaje inaccesible que reina en él por otra lengua más simple con la que se hace fácil tomar una dirección y tener algo que decir. La propaganda hace hablar incluso a los mudos y los ciegos.

La propaganda política se abre paso con simbolitos a través del limbo mental donde escondemos un sinfín de abortos de ideas, impulsos y deseos: nos capta lo que allí hay de no realizado, lo que se ha quedado varado como magnitud negativa (las derrotas, los errores, los pecados, las deudas, etcétera). La variante fascista de la propaganda asalta lo que se mantiene a la espera en el resentido, y logra apoderarse de todas las magnitudes que no son positivas en él para convertirlas en ilusoriamente positivas (algo similar a echar un velo encima de lo malo o instalar una elegante cortinilla por delante para, sin mayor disimulo, hacer pasar lo malo por bueno).

¿Cómo realiza la propaganda fascista esta operación? Para explicarlo voy a evocar la obra más enigmática y provocadora del pintor francés Gustave Courbet, *El origen del mundo* (1866). El lienzo, de pequeño tamaño, representa, mediante una hábil y agresiva perspectiva que salta sobre la mirada del espectador, el vientre y los pechos desnudos de una mujer con las piernas abiertas, colocando en primer plano y hasta con orgullo provocativo el húmedo esplendor de su sexo, pintado con una exactitud cercana a la definición fotográfica.

El cuadro es un envite que desafía por igual a la moral provinciana tanto de conservadores como de aspirantes revolucionarios⁵⁴. El vello púbico y la honda apertura que se abre desde los muslos hasta los labios vaginales crean un triángulo hipnótico donde la conciencia queda atrapada y el ojo, siempre tan codicioso, encuentra su alimento, sin opción para desviarse hacia el rostro de la joven, que se halla cubierto por una sábana. En este forzamiento de la mirada se articula

un goce singular que puede orientarse bien hacia el recuerdo maternal y protector en unos casos, bien hacia la angustia de castración en otros, conformada en la imagen de una vagina en la que se esconden los dientes de un cocodrilo. Por tanto, hay una dialéctica en juego entre el miedo y el deseo. La variante fascista de la propaganda se apodera de la sexualidad (en el sentido de contener el trasfondo libidinal de aquello que uno esconde y le avergüenza) y así explota a su favor el goce de lo escandaloso en una doble dirección: primero, permitiendo ajustar y deleitar la mirada del sujeto sobre lo prohibido (es decir, lo que está considerado como tabú o lo sagrado) y, segundo, le autoriza e impulsa a destruir el objeto reprimido y a sustituirlo por otro.

Por consiguiente, los mensajes propagandísticos invocarían un levantamiento de la prohibición mediante la posibilidad de un corte o borrado de lo que anteriormente habría estado protegido por la ley. De este modo, se produce la transformación de lo potencialmente negativo en un goce público positivo y sin castigo, logrando que el antiguo juramento quede sustituido por otro requerimiento cuya función precisa no es otra que la repetición del orden social basado en la diferencia entre amos y esclavos.

Fue Immanuel Kant quien apuntaló la genealogía de esta paradoja en su ensayo *Introducir en la filosofía el concepto de las magnitudes negativas*, partiendo de la célebre estampa de la madre espartana⁵⁵, que posteriormente también sería utilizado por Jacques Lacan⁵⁶, donde se recoge cómo tiene lugar la paradoja de poder gozar con la pérdida de lo más querido y así mantener la falta (es decir, la cantidad de placer que nunca podremos tener) como una constante.

En el ejemplo aludido, Kant postula que el placer de la madre, derivado de que su hijo ha luchado con valentía para defender su patria, es enorme, e incluso se podría registrar cuantitativamente con un determinado valor matemático (de signo positivo). Mientras que el disgusto que sobrecoge a esa madre al conocer que el coraje también ha llevado a su hijo a la muerte, aunque sea heroica, le provoca una resta en el saldo total de placer. Esta ocurrencia demuestra sencillamente que el

placer que proporciona algo es una magnitud que crece o decrece porque aumenta o disminuye su contrario, es decir, el disgusto. Pero también nos enseña que un mismo objeto puede provocarnos placer y disgusto, y es por ello por lo que la repulsión se torna en una potencia positiva igual que sucede con el deseo.

La conclusión a nivel psicológico es tener claro que si alguien predispone a una persona para que desee algo, como el hecho de querer ser poderoso, respetado, influyente o célebre, automáticamente le dispone a que aborrezca sus respectivos contrarios. A la postre, si la vida de esa persona no discurre por el relato para el que la han preparado, automáticamente aborrecerá su propia trayectoria y destino, por no haber conseguido ninguna de las demandas que le fueron impuestas.

Una educación que prepara al niño para sentir repulsión ante conductas racistas o violentas debería estar fomentando que este sintiera placer cuando observe y realice actos contrarios a los primeros. Este funcionamiento de lógica matemática queda inscrito en el propio impulso de agitación emocional que subyace en la lógica de la propaganda. En ella, sus creadores deben construir para el público el objeto del deseo y correlacionarlo con una magnitud negativa, es decir, con aquello a lo que el público debe reaccionar con inmediato rechazo.

Nunca se trata de negar al enemigo hasta reducirlo a un valor igual a cero, sino de ejecutar una operación de amplificación, exagerando tanto el peligro que uno corre por su culpa como los frutos que se recogerán con el hipotético triunfo sobre él. Hay que conseguir que (i) el enemigo nos cause una gran repulsión y, en contrapartida (ii) forjar el deseo de lograr su derrota para experimentar un placer todavía mayor. Ambas sensaciones, la que es familiar al odio y la que equivale al placer, han de darse a la vez como potencias en oposición.

Así, el resentido es manipulado por la propaganda para que asuma una oposición entre su deseo de placer «+n de a» y su objeto de repulsión «-n de a». Para comprenderlo, se trataría de experimentar una oposición entre la defensa de una mentalidad y estilo de vida como la europea, alemana,

francesa, española, alsaciana, serbia, madrileña o catalana (ejemplos de «a») versus la vergüenza de no ser capaz de seguir viviendo de acuerdo con esos legados (ejemplos de «-a»).

Esta forma de operar en base a un juego de oponer contrarios actúa como una entelequia del lenguaje político con el fin de convencernos de que nos posicionemos, visto con otro ejemplo, entre el orgullo que sentiríamos por ser un miembro destacado de un determinado grupo político, secta o nacionalidad, y el miedo a que un adversario te arrebatte los rasgos de la identidad colectiva a la que crees pertenecer (por medio de la lengua, costumbres, vestimentas, arte, formas de hacer negocios o de repartir justicia).

El nacionalismo, como uno de los hijos predilectos de la ideología, encuentra en la propaganda su principal puño para golpear, activando este carácter absurdo de relaciones imaginarias, las cuales, a pesar de las incongruencias que son mostradas sin apenas disimulo, se imponen simbólicamente como si fueran lo único que tiene valor trascendente o que merecen las lágrimas. El enigma reside no tanto en cómo se orquesta el truco con el que ocultar dichas incongruencias, sino en por qué logran su objetivo. Hay varias maneras para desentrañar el mecanismo de todo este ilusionismo.

Para comenzar con la primera, nos conviene volver de nuevo al prisma del publicista Ernest Dichter, y recordar un estudio pionero que dirigió en 1960 para diseñar los jabones de la empresa Dove⁵⁷. Intentó despejar las causas que motivan que una persona se decida por un tipo concreto de jabón si tiene muchos entre los que elegir. Sus descubrimientos le llevaron a vincularlo con el modo en que, durante el período embrionario en el seno materno, doblamos el pulgar contra la palma de nuestra mano, creando una zona de gran sensibilidad que perdura para el resto de la vida. Nuestra predilección por una herramienta manual o por un jabón tienen en común algo tan prosaico como la sensación de suavidad que nos genera sobre la palma de la mano. Así que el jabón preferido será aquel que ergonómicamente se adapte mejor y que nos deje más cantidad de placer sensitivo en ella. Dicho placer, siguiendo el hilo del razonamiento de Dichter, se asocia con un sentimiento

primordial de seguridad. En efecto, la motivación común a todas las actividades del hombre queda bajo el registro simbólico del deseo de confort, en oposición a la repulsión ante el desamparo experimentado en el momento del nacimiento. La propaganda restituye la sensación de protección en ese punto de máxima sensibilidad que guarda cualquier persona en su inconsciente.

Un buen agitador sabe ajustar su mensaje como un guante sobre los puños de su público porque ha sabido sintonizar con sus motivaciones básicas, es decir, ha producido el estímulo primordial para capturar su atención y que le elijan a él por delante del resto de posibles competidores. En suma, el agitador habría creado un vínculo, aunque este sea alienante, que los receptores habrían aceptado tácitamente (lo que implica que estos suspenden su incredulidad, esto es, anulan voluntariamente su propia capacidad crítica para cuestionar el discurso que reciben).

Una ejemplificación de este vínculo alienante, como segunda manera con la que diseccionar el ilusionismo de la propaganda, lo podemos visibilizar con las intenciones de ciertos mensajes o eslóganes cuya construcción lingüística estaría fomentando la separación o división interna dentro de la persona. Cuando alguien de un partido político conservador dice en una campaña electoral reciente eso de «comunismo o libertad», en realidad, la cadena de significantes que estaría proponiendo no funciona aisladamente para orientar el voto de sus simpatizantes, sino que habría dado un paso más allá que desliza la alienación en la conciencia de los receptores, despertando imágenes y fantasmas que viven, a veces escondidos, entre las creencias colectivas de la sociedad.

¿En qué sentido aliena ese mensaje? Introduciendo en la frase el «o»: una partícula breve pero que se convierte en el *factor letal*⁵⁸ que activa la disyunción entre ambas posibilidades. Si uno acepta el comunismo, renuncia a la libertad, y si quiere la libertad debe borrar al comunismo. ¿Por qué se apreciaría que resulta específicamente «letal»? Claramente se introduce en el cifrado de significación la idea de muerte: algo debería morir en mí con la elección y solo cuando mi elección es correcta, sobrevivo. Por ello, el sujeto

que acepta una opción diferente a la mía se convierte en el *aprosôpos*, es decir, en «el que no tiene rostro». Esta palabra griega se utilizaba en la Antigüedad para denominar de forma genérica a los esclavos. En la estructura del eslogan analizado se perseguiría que aquellos que opten por votar al comunismo, dado que estarían renunciando o destruyendo la libertad, deberían sufrir un abajamiento en su estatuto de derecho político. ¿Cómo? Siendo catalogados como personas sin rostro, como objetos defectuosos, inservibles por una torsión en su entendimiento y, por lo tanto, una amenaza ante la que habría que reaccionar para enderezar el timón y salvar la situación. ¡Una llamada al heroísmo!

La diseminación del *aprosôpos* funcionaría con el mismo alcance con eslóganes diseñados por movimientos políticos de izquierda como «revolución o muerte» y «criminales o demócratas». En todos los casos, la teórica libertad de elección que brinda esta forma de alienación del lenguaje se funda en un juego de creación negativa y destrucción positiva: hay un líder o partido que protegen las libertades tal y como ellos las conciben, y hacen prosperar la fe, sea en la democracia sea en la autocracia, por medio de la destrucción del contrario y de convencer a sus seguidores sobre la insolvencia de la diferencia o, dicho de otra forma, el que se desvía del camino marcado es transformado en un signo negativo o en alguien que resta.

En conclusión, el engranaje propagandístico que impacta en nuestra psique para que aceptemos tales proclamas sería el siguiente: el que es diferente lo aparto de mi mirada cosificándole, reducido a un objeto que carece de interés para mí, pues al haber errado él, y no yo, en su elección, automáticamente queda desposeído de un rostro al que el Yo desearía mirar de tú a tú. Tal operación facilita que una persona pueda separarse del prójimo como su igual, y justamente al dejar de ser un igual ya no le hace falta, puesto que no hay reconocida una ausencia y solo queda el remanente de la aversión hacia él, lo que equivale a que, mientras esa persona estuvo ahí, su sola presencia molestaba al ser percibido como algo extraño, como un ladrón, como miembro

adscrito al grupo de los diferentes y sospechosos. Así es como el truco de magia quedaría sellado con éxito.

Freud, entre los recuerdos de infancia más determinantes de su vida, acude a una anécdota en la que su padre le cuenta cómo en la calle, según volvía del trabajo hacia su casa, una persona con el semblante crispado se había encarado con él por el detalle banal de no cederle el paso en la acera, hasta el extremo de tirarle con violencia su sombrero al barro e insultarle por ser judío. En la ciudad de Viena de los años sesenta del siglo XIX, la circulación de la propaganda antisemita era todo menos un hecho excepcional. No hace falta mucha imaginación para adivinar qué tipo de relatos maliciosos estaban siendo larvados en la sociedad austriaca y europea, en general, en aquel periodo gris tras los fracasos de las revoluciones sociales y la rendición de las clases medias a la hiperactividad que imponía la industrialización del capitalismo. Los síntomas de insatisfacción con las jóvenes democracias liberales y las hipócritas monarquías parlamentarias se hallaban en las primeras fases de lo que más tarde Lacan denominó la definitiva *evaporación de la autoridad del padre*, cuyo efecto de reacción quedaría encarnado en la apología de una nueva genealogía del rey-tirano que estructuró los autoritarismos y fascismos posteriores. El lenguaje destructivo evocado por Freud andaba pudriendo las raíces del porvenir en un ambiente cultural que, irónicamente, había sido bautizado como el preámbulo de la superior racionalidad de la modernidad occidental. Engendró su contrario: el terror.

En la estrategia de propaganda del fascismo revivificado de nuestros días, el remanente de aversión se agita concienzudamente para que estalle el odio incrustado en el devenir cotidiano. Un odio que en nada es original sino que es el de siempre, el mismo del que nos habla Homero en la *Iliada*, y que se despierta con la sola presencia de grupos de *aprosôpos* o *no-rostros*, los cuales, en la posmodernidad, han quedado confinados bajo el límite del significante «antisistema»: un significante que actúa con la contundencia de la eutanasia, pues entre quien lo asigna y el que lo acepta se establece un acuerdo voluntario acerca de que la mejor opción

siempre es entre destrucción o muerte. Una dualidad arraigada y repetida en la explotación propagandística del resentimiento.

El nazismo sintonizó magistralmente con las motivaciones profundas de los resentidos y orquestó minuciosamente un ilusionismo que logró petrificar todas sus carencias, frustraciones y vergüenzas por las derrotas, para reconstruirlas en un espejo invertido con el que esos grupos sociales recuperaron el deseo de seguir adelante, pero con el goce añadido de pasar a ser dominados por la Ley de un nuevo padre sustitutivo del rey por emanación divina o del vicario de Dios, colmado con potencia creadora y que les prometió que él no iba a cambiar a mitad de la partida, sino que les devolvió una fantasía de inmutabilidad.

La eficacia de este mensaje de propaganda fue tan palpable en la psique colectiva que obligó a que los aliados, tras la caída del régimen de Hitler, tuvieran que componer un plan de «desnazificación» que, como le sucedió a la Reconstrucción tras la Guerra de Secesión de EE. UU., fue abortado antes de nacer, en parte por la presión de la Guerra Fría. En consecuencia, quedó una persistencia inaccesible para la política alemana tradicional, aunque trató de exorcizarla fallidamente mediante el juicio de Auschwitz que tuvo lugar en Frankfurt en 1963. Es interesante repasar aquel proceso judicial para extraer algunas conclusiones con las que ampliar la valoración de nuestro presente histórico.

La voluntad principal de confrontar por primera vez con la culpa colectiva por el pasado nazi y el Holocausto (lo que Karl Jaspers denominó *Vergangenheitsbewältigung*) no partió de un político sino del fiscal general del estado de Hesse, Fritz Bauer. Anteriormente, los Juicios de Núremberg (1945-46) liderados por el Ejército de EE. UU. no cobraron apenas trascendencia para la opinión pública de Alemania, que los criticó como una intromisión en su soberanía y los desprestigió por su falta de imparcialidad en el procedimiento, por lo que el efecto que tuvieron sus sentencias fue tenue a la hora de confirmar las creencias mayoritarias durante la inmediata posguerra. En paralelo, el canciller de la República Federal (RFA), Konrad Adenauer, había teledirigido una estrategia de obliteración de la culpa por el nazismo, aprobando

reparaciones económicas al Estado de Israel y a familias judías desde 1952, a la vez que integraba sigilosamente a miles de colaboradores del régimen de Hitler en la reconstrucción del país. Para él, la debilidad del inconsciente colectivo alemán demandaba de una amnesia sobre cualquier responsabilidad hacia el concepto de genocidio instaurado por la justicia internacional. Su justificación se basó en la hipótesis de que incurrir en una política de persecución demasiado activa haría resurgir una segunda nostalgia resentida similar a la que suscitó el Tratado de Versalles, lo que fracturaría a un país ya de por sí dividido por el Muro de Berlín y la Alemania del Este. Pero Bauer no era de su misma opinión y abrió causa contra una veintena de perpetradores de atrocidades en el complejo de Auschwitz.

El veredicto dispuso cadena perpetua para seis de los encausados y penas de entre tres y diez años para el resto. Sin embargo, fue un resultado paradójico en el sentido de que en la redacción de esta sentencia los jueces del tribunal desviaron otra vez el foco de la culpa colectiva y lo posaron sobre la crueldad y perversidad de sujetos individuales, incluso llegando a argumentar que, proporcionalmente, aquellos que asesinaron a prisioneros de manera arbitraria, sin recibir órdenes, eran considerablemente más culpables que aquellos que seleccionaron y encerraron a miles de seres humanos en las cámaras de gas obedeciendo las órdenes de superiores. La justicia humana, por su respeto al formalismo legal, transformó en aceptables las órdenes de exterminio de Himmler⁵⁹.

El resentimiento ofuscó todo el fenómeno de expiación dado que la sociedad de la RFA, la mayoría de sus partidos políticos (con la salvedad del minoritario PSD alemán de entonces) y los medios de comunicación principales coincidieron en que aquel acontecimiento tenía que ser *realista* y establecer un punto final con el que dar por cerrada la herida, de la que ya no habría que volver a hablar y que no tendría sentido reabrir.

Para garantizar esta cicatrización en falso, la propaganda liberal se esforzó por activar una forclusión u omisión en la mentalidad de la ciudadanía, es decir, reforzó al hombre sin

inconsciente⁶⁰: un hombre sin pesadillas, sin culpa ni deudas pendientes con el pasado, sin herencia ni límite de autoridad sancionador para poder seguir excluyendo de su amor a todos los hombres sin rostro. No hubo un reencuentro con el prójimo, sino que se perpetuó la conveniencia de una separación de este (en otras palabras, el egoísmo de salvarse uno mismo a costa del otro tomando como excusa el cálculo utilitarista de que si no se actúa de ese modo sería absurdo porque sería altamente probable que los dos terminaseis ahogándoos).

Heinz Haueisen, fiscal de Frankfurt y ayudante de Bauer en el juicio, dio fe en sus memorias⁶¹, publicadas en 1989, del fracaso ético contenido en la resolución del proceso, puesto que en la opinión pública siguió reproduciéndose la idea central de que el nacionalsocialismo fue el único causante de la solución final, desechándose la reflexión de cómo el hombre, en todas las épocas, se ha conducido de una manera similarmente deshumanizadora e incestuosa. La disrupción antihumana con la que funcionó el aparato nazi, tal y como fue recogida por el sistema judicial y por la mayoría de los medios de comunicación alemanes, quedó circunscrita al modo de planificación técnica y escala industrial con el que perpetró el mal, pero tras ese salto cuantitativo con respecto a la conciencia de la opinión pública sobre lo ocurrido, la realidad fue que siguió permaneciendo oculta la totalidad de la continuidad histórica que había causado que el nazismo aconteciera de la forma en que lo hizo. De este modo se privó a su ciudadanía de tener que enfrentarse a la revelación de lo que, en realidad, no deseaba saber completamente.

¿Por qué se produce tan fácilmente este secuestro del inconsciente por la propaganda? ¿A qué obedece que estemos dispuestos a seguir lo que otros nos dictan, aunque sepamos que, en el fondo de todo, el brillo de la verdad nos habla de que el camino correcto es justo el que va en un sentido contrario a ese mandato? En cierto modo, el hombre es un ser demasiado grande para ser reducido a un lenguaje de signos confinado en un tiempo y espacio finitos, esto es, a un lenguaje que nos ofrezca un sentido claro, permanente y opuesto a cualquier ambigüedad. Hay dado un placer que se

extrae de disfrutar con este autoengaño. Por ello, para que el autoengaño se sostenga, un modo de abreviar nuestra gigantesca complejidad es reducir el asunto al eterno dualismo en el que la mayoría hemos sido educados: el juego del bien y del mal o de aprender cuándo uno es «el bueno» y cuándo es «el malo». Si uno se sabe malo, la moral nos indica el camino, es decir, buscamos una purgación para volver a lo bueno. Pero no todos quieren pasar por ese trago amargo con la misma sinceridad.

El impulso que llevó a Fritz Bauer a poner en marcha el proceso de Auschwitz estuvo motivado por el deseo de generar una catarsis en el pueblo alemán, a diferencia de la sordera que prescribía Adenauer tras haber zanjado que ineludiblemente el hombre ha sido, es y será un ser raro y violento, y que tal naturaleza determina el curso de la humanidad (evocando metafóricamente la maldición que lanzaba Edipo hacia sus hijos en la obra de Sófocles *Edipo en Colona* y que culmina en *Antígona* con los dos hermanos matándose, el uno al otro, en el campo de batalla por el trono de Tebas).

Bajo este prisma, el plan político del realista Adenauer tuvo como fin ontológico retrasar lo máximo posible esta repetición, haciendo todo lo necesario para dejar dormido al monstruo. ¿No es este el decir *no-dicho*, de lo que no se habla, sobre la idea de una Europa unida?

La catarsis presupone que una emoción o trauma ha dejado a una persona en un estado de suspensión: agraviado, insatisfecho e incompleto. Y que no recupera su conexión con la vida y el mundo hasta que se reencuentra, desnuda de miedos y prejuicios, con el suceso traumático para darle un sentido. En última instancia, la catarsis desea una purificación; así es como un juicio adquiere la función de ser un ritual que permita el retorno a lo normal, apaciguando la psique gracias al conocimiento de la verdad y el ejercicio de la compasión (lo que supone la esencia de la tragedia clásica griega). La paradoja surge de que la sociedad, que también es quien da vida al tribunal, raras veces se encuentra dispuesta a enfrentarse con su reflejo monstruoso en el espejo, pues prefiere eludir la mirada, posponer el sacrificio de tener que experimentar la descarga del resentimiento extremo contenido

en el dicho mortífero de «mejor nunca haber nacido». La sociedad, que se sabe imperfecta, prefiere soñar con que no merece el infierno. Se trata de una preferencia eterna y que, por lo tanto, nos acompaña en el presente como en el principio.

En EE.UU., la propaganda que acusa a China de ser la culpable de la expansión de la COVID-19 ha impulsado una ola de brutales agresiones a estadounidenses e inmigrantes de origen asiático. Estas tienen lugar en espacios públicos a cualquier hora del día y a la vista de los transeúntes que, curiosamente, se quedan inmóviles como estatuas contemplando la violencia de un espectáculo inhumano. La descarga de los golpes aleja al sujeto de su compromiso con una catarsis. Observamos una constante: las crisis conducen al odio, que es irracional, y no al revés. Y en las crisis, la propaganda domina a sus anchas.

Terminamos con el juicio de Auschwitz recuperando el diagnóstico y reclamación del fiscal Heinz Haueisen: continúa siendo una urgencia ética la indagación sobre por qué emerge y queda autorizado, aunque sea transitoriamente, el placer de torturar y exterminar al prójimo. En otras palabras, aún es una asignatura pendiente la pedagogía de tomar conciencia y precaución de que cualquiera de nosotros es capaz de actuar de un modo sádico en una coyuntura a medida que esta se polariza sentimentalmente, agravándose la insatisfacción de los sujetos políticos involucrados y manipulados, e irrumpiendo, nunca por casualidad, la legitimación de un discurso político dentro del lenguaje popular con el que se canaliza el disgusto pasivo hacia formas activas de odio y agresión.

La guerra de los Balcanes supone un caso de estudio aún más reciente sobre cómo la propaganda impulsada por la perversidad nacionalista puede llegar a ser interpretada por la opinión pública como un mensaje decente, ilusionante y hasta necesario en términos morales. El conflicto bélico con Bosnia comenzó en septiembre de 1991, pero el camino hacia la guerra se inició en 1986, cuando la Academia de las Artes y las Ciencias de Serbia publicó un documento firmado por dieciséis intelectuales, apoyado por la catedrática de teoría

marxista en Belgrado, Mirjana Marković, esposa de Slobodan Milošević. Se puede decir sin temor a equivocarnos que las semillas del horror fueron depositadas por un grupo de escritores y profesores universitarios. El objetivo político de aquel manifiesto⁶², cargado de notables deformaciones históricas, fue establecer en el imaginario colectivo la legitimidad política de Serbia para recuperar la soberanía sobre el territorio de Kosovo, donde la comunidad de serbios era claramente una minoría frente a la población de procedencia turca. Además, se reclamó un papel central para Serbia dentro del proceso de transformación de la unidad yugoslava, dado que ellos eran el motor económico y guardián de la herencia cultural occidental.

Los periódicos serbios se encargaron de propagar estas ideas adoptadas por Milošević para captar apoyos con los que este finalmente lograría ser elegido presidente de la [República Socialista de Serbia](#) en mayo de 1989. Solo unos meses después, en junio, tuvo lugar su célebre discurso de Gazimestán, dedicado a conmemorar el sexto centenario de la Batalla de Kosovo, en la que el reino medieval serbio del siglo XIV había sido derrotado por el Imperio Otomano. En aquel evento, la intención fue comunicar, tanto a sus ciudadanos como a la UE, que la misión milenaria encomendada al pueblo serbio volvía a estar vigente, incluso con más importancia que nunca (especialmente, una vez se constató como inevitable el derrumbe de la Unión Soviética): estaba en juego la defensa de Europa y del cristianismo frente al fundamentalismo islámico que se había instaurado en Bosnia. Y ellos iban a ser el muro de contención.

La propaganda de Milošević fue programada en prensa, radio y televisión para caracterizar al adversario como el «nuevo rostro del fascismo» al que había que derrotar urgentemente y, para lograrlo, siguió a pies juntillas el modelo de lavado de cerebro del estalinismo y nazismo: aplicar el esencialismo de reducir a una comunidad de ciudadanos de pleno derecho a su credo religioso y origen étnico. Repitiendo la misma hoja de ruta de los nazis cuando procedieron a desposeer de la ciudadanía alemana a los judíos para camuflar la masacre mediante un requisito legalista que permitió que esta fuera

asimilada como un formalismo dentro de la agenda de necesidad nacional.

Precisamente, el escenario de Bosnia se convirtió en otro laboratorio de exterminio en el que las instituciones políticas quedaron rápidamente abandonadas y los partidos disueltos e inútiles al quedar engullidos por la contradicción y el caos exponencial que se produce cuando una guerra civil adquiere, interesadamente, la dimensión de «étnica». Esta etiqueta actuó como una terrorífica luz de gas para distraer la atención del núcleo principal que siempre respondió a un nacionalismo dictatorial y mafioso: la particular gluconeogénesis del partido comunista yugoslavo. Tal y como sostiene el escritor croata Igor Štikić, «la última fase del régimen comunista fue el nacionalismo. Y eso fue lo que Milošević entendió enseguida»⁶³.

Las distintas añadas de resentidos de la bodega del comunismo reformista que gestionó el dictador Tito en Yugoslavia se habían dado cuenta hacía mucho tiempo de que el sueño apolíneo de Marx ni había sido ni podría ser una rosa abierta para todo el pueblo. Hegel, que falleció mundanamente, víctima del cólera, en 1831, sentó cátedra con su célebre arranque de *Filosofía del derecho* al apuntar que lo único que es real es la razón y viceversa. Años después, el doctor Marx le respondió en su no menos famosa *crítica* con que la filosofía, como máximo exponente de la racionalidad, solo podría realizarse suprimiendo al proletariado y también al revés. Nada salió de la manera que auguraron. Ambos, maestro y joven discípulo, tuvieron claro que lo único verdadero son «los átomos y el vacío: todo lo demás es opinión y apariencia»⁶⁴. Sin embargo, olvidaron con qué facilidad los ideales huecos de contenido pueden rellenarse con promesas sentimentales y datos deliberadamente erróneos, y que el público y el espíritu del mundo tienen una curiosa inclinación compartida, no exenta del perfume de lo incestuoso: casarse con los enemigos de la razón, asumiendo como natural el rechazo visceral hacia hechos y grupos de personas, aunque ni los hayan experimentado ni conocido personalmente.

Por tanto, los resentidos serbios estuvieron dispuestos a un matrimonio contra natura y psicótico si con ello calmaban la ansiedad que habían padecido por vivir una realidad sin poesía, en la que el fango de la revolución se había acumulado en sus bocas y orejas hasta impedirles percibir el mundo con humanidad. De pronto, lo querían todo y de inmediato, sin prisioneros ni remordimientos. La izquierda idealista y materialista se transformó en una especie de mercader aiquejado de hiperactividad, que negociaba en las sombras una transición discreta hacia una dictadura capitalista en la que ciertas élites del comunismo pudieran preservar sus privilegios y, de paso, hacerse muy ricos en la ulterior realidad. No hay nada de limpio ni sagrado en el deseo de riqueza.

La estrategia de Milošević, como representante de ese egoísmo de supervivientes, fue la de rescatar de los tiempos decimonónicos aquello contra lo que el movimiento romántico, defensor del socialismo democrático, tanto combatió; es decir, apostó por recuperar el arma destructiva del nacionalismo y el chauvinismo.

Una de las enseñanzas principales de esta vergonzosa guerra, que todavía debería atormentar el inconsciente de la civilización europea, sería la siguiente: el nacionalismo belicoso es un modo de radicalismo y ofensiva antidemócrata, el cual está pautado por un relato mítico en el que se argumenta que, por ejemplo, un espacio geográfico pertenece a la comunidad política que lo reclama para sí cuando concurren ciertas constantes que, por cierto, son inventadas por ellos mismos.

Así que, si el área en conflicto hubiera sido de su dominio o propiedad durante, digamos, unos quinientos años, aunque luego hubiese sido perdido por una derrota en una guerra, lo que articularían como verdadero y justo es que su derecho original prevalecería en el presente. Pero si lo que sucedió hubiera sido algo diferente, como pudiera ser que la zona geográfica fue habitada por otra comunidad étnica durante una docena de siglos, y por ellos solo durante sesenta años, resultaría que para este supuesto igualmente tendrían el derecho legítimo de recuperarla⁶⁵. Siempre ganan.

Otra posibilidad que suele utilizar el relato nacionalista como si fuese una evidente relación causa-efecto sucede cuando una minoría de su comunidad vive en una zona donde la mayoría es de otra etnia, credo o nacionalidad. Por definición, los suyos siempre estarán oprimidos y deberán ser protegidos. Consecuentemente, la voluntad de acción para intervenir responde a una necesidad histórica: cumplir con una misión ancestral, con justificación moral, y como parte del ejercicio de sus libertades, mientras que los otros, es decir, cualquiera que se entrometa en ese sueño de grandeza y justicia, solo tendrá como motivación el proceder del fascismo (siendo catalogado como un «ocupa» o descendiente de un pueblo invasor).

Verificamos a través de esta lección que la incoherencia argumental forma parte de la racionalidad falsificada a la que el nacionalismo se aferra con un intenso celo: ellos, como socios de la identidad de un pueblo S.A., son exclusivamente los que pueden acceder a su entendimiento, puesto que si no eres uno de los suyos debido a tu condición de «extranjero» o de habitante en su exterioridad, resulta imposible que puedas comprender la situación política con imparcialidad y empatía. No puedes sentir lo mismo que ellos sienten. Ahí nace la ecuación con la que se crea entre sus miembros un vínculo simbólico de consanguinidad imaginaria, circunscrito a la lengua, la religión y la herencia (cultural, material y genética). La propaganda de turno hará énfasis en aquel rasgo que más convenga en cada escenario.

DEL FASCISMO AMISTOSO AL RETORNO DE LA AGITACIÓN COMO SEÑUELOS PARA EL RECLUTAMIENTO

En las democracias liberales de finales del siglo XX y principios del XXI, el fascismo, con su arrogante pujanza orquestal, ha ido evolucionando hacia una sinfonía neofascista con menos metales, amparándose en el respeto a la ley, manteniéndose populista, como siempre, pero a la vez disfrazada de un ritmo calmado que le ha permitido no ser identificada inmediatamente como una seguidora del radicalismo sino de un pragmatismo de mercado. En su

modalidad menos incomodadora se trata de un *fascismo amistoso* que apela a un programa exaltadamente liberal, con la meta de ser percibido como un defensor apasionado de las libertades del individuo por delante de cualquier otra consideración igualitarista, y calificando de intromisión del Estado cualquier protección normativa que universalice el bien común.

La venta publicitaria del *fascismo amistoso* utiliza el eslogan de «Vive la vida como tú quieras, sin que nadie te diga cómo debes pensar, ni qué tienes que hacer o cómo hay que educar a tus hijos. Tú decides». Este mensaje está escindido de cualquier canon anarquista pues inmediatamente después lo contradice con las inagotables prohibiciones derivadas de creencias morales y religiosas que, al ser defendidas con vehemencia y rigidez, se convierten en un signo de superioridad de clase. Pero estos criterios solo se mantienen hasta que llega el momento no de la verdad sino de la trampa, articulándose una excepción a la regla sea evadiendo impuestos sea practicando la infidelidad conyugal o dando permiso para abortar; reflejos de la persistencia de un dispositivo de sexualidad en el que reposa el ideal de la hipocresía consentida: las normas deben aplicarse a todos con la misma vara de medir... salvo a mí y a los míos.

Berthram Gross⁶⁶ diagnosticó las raíces de esta enfermedad amable con premonitoria agudeza en los albores de los años ochenta. El prospecto que elaboró para entender la sintomatología del fenómeno lo resumo y actualizo así: (i) Culto a la ideología de la figura del gestor-tecnócrata unido a la apología del progreso tecnológico como vías renovadoras para convencer al público de la ecuanimidad de las decisiones gubernamentales. (ii) La marginación del pensamiento crítico y teórico impulsado por las propias instituciones democráticas, los partidos políticos y el mercado. (iii) La diseminación del miedo, caracterizando a las clases bajas y al origen racial y migratorio como las fuentes de mayor criminalidad. (iv) Aceleración del estilo de vida consumista como la esencia sobre la que erigir la noción de bien común, de modo que el objetivo del Estado queda concentrado en garantizar la igualdad de oportunidades en el consumo,

quedando educación, salud y ocio en el mismo eje de prioridades. (v) La habilitación de nuevas comunidades sociales e industrias *ad hoc* relacionadas con el consumo de antidepresivos, la desintoxicación de drogas y alcoholismo, la adicción a la pornografía, la legalización de los juegos de apuestas y la normalización de una estética banal de la violencia en las artes y el entretenimiento. (vi) Preservación de las inconsistencias del sistema de participación democrática para suscitar un umbral modulable de apatía y desconsuelo en la ciudadanía.

El *fascismo amistoso* produce un *resentimiento amistoso* que, fruto de la anterior conjugación de factores, emerge asiduamente en el lenguaje cotidiano con el decir de «En política ya no creo en nada ni en nadie». Lo que acto seguido se completa con este otro de «Pero iré a votar, aunque será con una pinza en la nariz». La gente se enfrasca en la economía de cómo de bien o mal le va en la vida, y con el resultado delante de sí toma una decisión política que, en realidad, está determinada de antemano. En contra de este diagnóstico habrá quien pueda oponer que no es coherente la equivalencia entre aquello que indica un desgaste de la democracia representativa y lo que significa un ideario político de aroma fascista. Es una objeción razonable, pero dialécticamente la reversibilidad de la democracia en un mero y, a la vez, sofisticado régimen de control social unidimensional se encuentra a un minuto de la medianoche.

En los últimos tiempos, el fenómeno Trump ha servido de catalizador para victimizar al resentido en sus entornos sociales, es decir, para reconectar su enfado con las formas de agitación de antaño. Así es como el circuito se ha cerrado en la historia: la tensión que ejerce la cultura política moderna se establece entre el *fascismo amistoso* (cuyo seno amamanta, aunque sea de manera sincopada e inconsciente, la mentalidad y el funcionamiento de los partidos políticos tradicionales y mayoritarios) versus el *fascismo agitador* que conecta a sus potenciales audiencias con la nostalgia de los deseos del fascismo clásico.

Este *fascismo agitador* reelabora no solo el pasado histórico, sino que centra su mensaje en aliviar la culpa por los fracasos

y la vergüenza tanto de origen individual, familiar o étnico. Aquellos que se sienten en una situación de inferioridad, habitualmente lo están porque tienen conciencia de que son débiles y de que están indefensos. Este era, según Freud, el fundamento de la neurosis si no se detiene en la infancia y el recuerdo continúa vivo en la vida adulta⁶⁷. Es la persistencia de un sentimiento de inferioridad la que produce que el sujeto sienta miedo por doquier. Esta situación angustiante es la primera que aprovecha la propaganda del agitador para ir allá donde habitan los muertos de miedo e iniciar su reclutamiento. Lo segundo que acomete el agitador es proceder con un desplazamiento del complejo de culpa que aqueja a su ejército de seguidores.

Adorno⁶⁸ concluyó que el complejo de culpa es una recreación consciente y extremadamente real que tiene lugar en la imaginación del sujeto de situaciones pasadas que todavía le causan una gran vergüenza o sufrimiento, pero se trata de una mera sugestión, carente de una voluntad de introspección para entenderlas, asimilarlas y desear superarlas. En suma, no hay una intención de catarsis sino más bien el deseo de una repetición masoquista (merecer el castigo una y otra vez).

En este escenario, la astucia de la propaganda fascista se despliega mediante un triple movimiento de manipulación: el primero es el de destruir el recuerdo desestabilizador para hacer como si nada de lo que uno debiera sentirse responsable hubiera ocurrido o fuera importante. El siguiente movimiento es culpabilizar a un tercero de la situación de precariedad en la que uno vive o, dicho en otras palabras, implantar un recuerdo alternativo en la mente para que se pueda justificar la acusación y así condenar al «auténtico» responsable. Y en último lugar, creer sin fisuras en su propia incapacidad para influir en el mundo o cambiar su destino salvo a través de la salida que le ofrece el agitador.

¿Cuál es el efecto secundario de esta manipulación? El resentido tiene que inyectarse él mismo el suero de la amnesia para omitir lo que es bien sabido por todos, pues es el único modo que tiene a su alcance para convencer a los demás de

que su elección es la correcta y que su situación cambiará para mejor. Se convierte por voluntad propia en un mentiroso. La consecuencia última de esta amnesia inducida sobre ese sujeto resentido es la amplificación de su ira. Por ello, el capital con el que apuesta el *fascismo agitador* en su juego de querer participar en las instituciones democráticas es la cantidad de ira que logra acumular de sus hordas, con la que amenaza atravesar el permafrost democrático que, como hemos analizado, lleva cincuenta años ininterrumpidos disminuyendo el grosor de su legitimidad.

Nancy Isenberg, en su extenso estudio⁶⁹ sobre la evolución de la «white trash» o «basura blanca» en el imaginario político de EE.UU., explica el modo en el que la propaganda de las campañas electorales del demócrata Bill Clinton ensalzó el origen de la gente de pueblo en la América pobre, los nombrados peyorativamente como *los palurdos*. Su perfil público durante toda su carrera presidencial diseñó, por un lado, a un chico de Arkansas con el pasado habitual de aquellas tierras de haber tenido a una madre maltratada, al que le encantaba trabajar en el campo y la rudeza de las tareas de una granja, que tenía como mascota a un burro llamado George y que se atiborraba en las comidas a base de colesterol. Y en el otro extremo y simultáneamente, presentó la figura de un estadista que citaba constantemente los discursos de Jefferson y Kennedy para acumular prestigio entre las clases medias y altas.

En este ejemplo, la manipulación de la comunicación política operó de un modo corriente: visibilizar ante la opinión pública que un palurdo sureño, blanco e ignorante podía alcanzar el sueño americano. Sin embargo, la cuestión que nos interesa resaltar no es que Clinton en verdad no fuera nada de eso (ya sabemos que siempre fue justamente lo contrario). Lo relevante fue que ese colectivo de paletos «salidos del armario» despertó a la posmodernidad.

Tal y como era de esperar, el agitador fascista tomó buena nota de su despertar. Enseguida se dio cuenta de que no necesitaría borrar el recuerdo traumático que se aseguraba con el primer movimiento de la estrategia de manipulación, pues ya se había consolidado un resurgimiento del orgullo de tener

orígenes humildes (incluido el relativo a expresar inclinaciones racistas). Únicamente tenía que trabajar los dos movimientos siguientes: búsqueda de culpables y obediencia al líder. Trump, como alumno aventajado, implantó sin dificultad recuerdos alternativos para que culpabilizasen a toda la clase política (demócratas y republicanos) de haberles engañado y robado durante décadas, privándoles no solo de un destino individual mejorado, sino de un destino colectivo. Los inició en los ritos iniciáticos del fascismo, prometiéndoles una liberación del alma para recuperar lo que materialmente les pertenecía: América.

En el último capítulo expongo un modo alternativo de aproximarnos a todas estas problemáticas de la sociedad: explorarlas como síntomas de un enorme trauma familiar, donde las distorsiones de las figuras del padre y la madre ideales han generado un lenguaje vitriólico que, actuando como el ácido sulfúrico, ha destruido sin medias tintas la virtud de descentrarse de los intereses y deseos de uno mismo para poder darse al otro sin deudas. Un lenguaje tóxico para la vida que, además de pulverizar cualquier ideal absoluto de resistencia a la muerte del alma, está criando a un *infant* resentido; crece como otra pandemia el infantilismo de quienes creen que tras tirar piedras podrán esconder la mano y salir impunes. Otra torsión de la democracia.

El nacionalismo, el fascismo, el neofascismo, el *ur-fascismo*, el *fascismo amistoso* y el populismo han construido, como pauta de repetición, el discurso propagandístico de una *iglesia sin cristiandad*, con el que han hipnotizado a las masas resentidas para que crean en una autoridad sin méritos y en un orden social habituado al significante *mentira* como sinónimo de «condición necesaria para el éxito».

Por su parte, el socialismo se equivocó cuando tuvo su oportunidad de oro, al despreciar la sacralidad de la estructura familiar a escala psíquica, abandonando el estudio de las consecuencias que esta falta iba a provocar. A cambio, sirvió como fórmula milagrosa una fraternidad terrenal y a contracorriente que jamás ha llegado a estar suficientemente desarrollada. El resultado de su miopía fue negar la posibilidad de anticipar y corregir lo que iba a esconderse y perpetuarse en

la plasmación imprecisa de su sueño utópico: las envidias, las traiciones, los complejos y los crímenes que las castas y las estructuras de parentesco han reproducido a lo largo de la historia.

Decidimos actos a sabiendas de que traerán dolor, sufrimiento e incluso la muerte para nosotros, nuestros seres queridos y para otros congéneres. Esta asunción, contrastada en el desarrollo histórico de las crisis, explica la dicotomía desvitalizada de tener que decidir entre lo que creemos que es más beneficioso: ¿preocuparse por la muerte del cuerpo o por la del alma? El fascismo *se viste de luz*, como diría San Agustín de Hipona, y nos deslumbra para que nos dejemos guiar por él para hallar una respuesta totalizadora con la que obtener lo mejor de ambos caminos. Una proposición del todo indecente.

IV

El resentimiento y el sueño de los padres

En clave de recapitulación, incidiremos en que el resentimiento se adopta como una estrategia de escape o huida ante una situación que asfixia u oprime al individuo. Una fuga consciente de la realidad puede hacerse de diferentes maneras. Una de las más frecuentes es añorar un tiempo pasado para denigrar el presente que uno está experimentando. Otro modo habitual es inventarse cómo fue ese pasado a través de un recuerdo imaginario en el que aquel es revivido de manera acorde a los valores, preferencias e intereses que uno ha ido acumulando con el paso del tiempo. Sin desfallecimiento que valga, el resentimiento empuja la conciencia del sujeto hacia un simbolismo purificador mediante lo que para él significa «viajar a», generalmente anudando al significante «viaje» bien la nostalgia de un algo que a uno le falta o que le sobra, bien fundiéndolo con la emoción que siente al imaginar un futuro en el que existe sin restricciones.

La mera posibilidad de hacer un viaje se convierte en el opio del resentido (pudiéndose tratar, aplicando una metonimia política, de un viaje hacia una autodeterminación, una independencia, una anexión, una versión subjetiva o utópica de la democracia, la admisión y pertenencia a un círculo de exclusividad dentro de un grupo social o político, la consecución última del poder o el disfrute anárquico de la libertad). En paralelo, entre los diferentes registros de la conducta que caracterizan al resentido destacan tanto el de sabotear sus propias opciones de alcanzar la otra orilla como el de culpabilizarse cuando finalmente lo logra.

Expusimos que la estructura del resentimiento⁷⁰ es casi siempre la misma: una realidad o una verdad (sean estas probables o abiertamente falsas) son afirmadas, valoradas y ensalzadas de manera absoluta no por el hecho de que sean objetivamente indiscutibles, sino porque permiten el proceso psíquico y lingüístico de negar, desvalorizar y humillar otra

realidad o verdad que se le opone, quedando esta segunda subsumida en la categoría de adversario, enemigo o mal. Se trata, por tanto, de un duelo entre lo que una persona asume y defiende ante los demás como parte de su ser frente a lo que representa su negación. Pero este duelo comparativo no es un juego de niños, aunque sí un juego infantil llevado hasta sus últimas consecuencias y con variadas implicaciones emocionales y políticas que iremos desmenuzando desde las estructuras de parentesco hasta la transferencia de estas en las relaciones sociales y las instituciones.

¿Cuándo empieza la huida en el resentido? La oposición entre la *obediencia-necesidad de reconocimiento* y la *autonomía-prescindir del reconocimiento* que los sujetos sienten con respecto a la Autoridad, constituye el epicentro del que surgen las causas para armar el desarrollo del resentimiento. En este epicentro, la estructura de las figuras del padre y de la madre laten como un temblor *in crescendo* que va cortando las diferentes partes en las que el individuo se encuentra dividido en aspectos como el amor, la culpa, la envidia, la ira y el placer.

Para explicar cómo las personas existen *por partes*, evocaré, como primera parada del recorrido, el ejercicio de rememoración que hizo Freud a propósito de un viaje que realizó a la Acrópolis de Atenas cuando la contempló por vez primera, en 1904. Apunta que una turbación le dominó al llegar a la entrada y que su primer pensamiento consistió en sorprenderse de que aquel monumento tan colosal existiera verdaderamente. Pensó que siempre había creído que aquella maravilla, en realidad, no existía salvo en los libros de historia y en la imaginación de los poetas. Este estado de sorpresa coincidió con que unas horas antes había discutido por minucias con su hermano, que le acompañaba, así que llegó a la Acrópolis en un estado de ánimo bastante crispado, pero sin tener razones lógicas que lo justificaran. Al tratar de unir las piezas para averiguar por qué aquel día se sintió de un modo tan extraño, en una carta⁷¹ enviada a su amigo Romain Rolland (escrita en 1936) expuso una asombrosa confesión con la que pretendía resolver el sentido de su perturbación: había llegado a la conclusión de que lo que estaba reprimiendo

en su inconsciente era su sentimiento de culpa por haber superado en éxito a su querido padre.

Durante su adolescencia, Freud practicó como fórmula de escapismo la de imaginarse recorriendo el mundo. Algo que nunca pudo hacer su progenitor. Por ende, el hecho de estar allí, ante el templo de Palas Atenea, significaba que en su viaje había llegado mucho más lejos que él. La extrañeza que le descentró, en su modo de unir las partes fragmentadas, emanó del sentimiento de creer que no merecía el haber llegado hasta allí o, dicho con sus propias palabras: «hay personas que fracasan cuando triunfan». Lo que es lo mismo que afirmar que hay personas con un sentimiento de culpa o de inferioridad tal que discurre codificado en el decir de «no soy digno de semejante dicha».

El hincapié de Freud nos revela el enunciado crítico de que la superioridad de los logros de los hijos frente a los de un padre, paradójicamente, generaría sentimientos ambivalentes en los primeros: desde sentir compasión por los sacrificios realizados por el segundo y así no disfrutar igual de lo que ellos sí tienen, hasta el placer de estos por haber cumplido con la encomienda de realizar los sueños del otro; incluso aunque ese *páter* nunca haya soñado con Atenas, por así decirlo. La demanda del padre sobre el hijo puede colocarse como origen para la dicha y como causa para la insatisfacción. El deseo de merecer y el deseo de defraudar se oponen y turnan como partes de lo que uno mismo es.

Freud, que tenía 48 años cuando visitaba la capital griega, nos llama la atención sobre otro elemento decisivo que anida en la circuitería de todo sujeto resentido: su propia conciencia inventó un recuerdo falso para ocultar lo que motivaba su auténtico sentimiento, es decir, sin darse cuenta creó un señuelo para distraerse de lo que realmente estaba causando que se sintiera tan raro consigo mismo, y así surgió aquella pueril idea de que siempre había creído, desde su niñez, que la Grecia Antigua era una fantasía mítica. Fabricó una distracción para recortar de su conciencia el lujo de haber sobrepasado a su figura de autoridad. Pero hay presente, incluso, otra capa de significación aún más profunda y esquiva que explicaba otro de los porqués de la distracción y de su

malestar y que pasaba concretamente por violar la enseñanza de la autoridad del Otro; es decir, en la ética y teología judías lo que es valioso se halla en el mérito del trabajo, a la vez que está sancionado el goce desinhibido de contemplar una imagen o un objeto por sublimes o artísticos que estos sean. Aquel placer consumado ante la presencia de un templo que conmemoraba un ídolo pagano respondía también a la angustia por castrar la autoridad paterno filial.

A través de este caso, observamos un factor que hemos analizado en los capítulos precedentes: el resentimiento nos hace proclives a negar lo que sabemos que existe en nosotros pero que no deseamos saber (es lo mismo que decir eso otro de «o que desearía no ver»). La perturbación que se produce en nuestra conciencia activa la imaginación para crear una salida de la realidad *a nuestra medida*, con el fin de sofocar un recuerdo que nos aflige o para desmentir un pedazo de nuestro ser, señalándolo con el dedo en prueba de que no existe, cuando, en realidad y por algún motivo, nos avergüenza porque está ahí. Ahora bien, este desmentido es inaugurado como resistencia a las demandas que asumimos de los otros; comenzando por los padres y madres que nos demandan sus deseos más allá de lo que creen decir con sus palabras y más acá de las creencias con las que nos fijan sus metas, comparten sus saberes y nos enseñan a correlacionar cada uno de nuestros actos con un valor simbólico.

La siguiente parada de nuestra ruta la hacemos en la premiada serie de ficción *Succession* (2018-2020), producida por HBO, en la que podemos advertir una recreación de esta problemática de la demanda letal del padre como precursor del resentimiento. El argumento presenta a Logan Roy, un magnate octogenario y sin escrúpulos que ha construido a base de tretas y malas artes un gigantesco imperio de medios de comunicación y parques recreativos. En el momento de su inminente jubilación, sus cuatro hijos aguardan ansiosos cuál de ellos será el elegido como el nuevo emperador. Sin embargo, el Dios-padre no confía en las capacidades de ninguno de sus herederos y decide no abdicar sino perpetuarse en el trono, hasta la muerte. Este es el punto de partida.

A lo que asistimos en el hilarante desarrollo de la historia es al trauma de una familia que podríamos clasificar como un grupo de seres humanos completamente tarados. La neurosis puede somatizarse por tres vías principales: la primera deviene por una falta de lenguaje para concretar un sentido o propósito inteligible a la vida. La segunda, por las agresiones o el maltrato que uno recibe o por las que perpetra hacia otros. Y la tercera, por las adicciones que uno sufre, sustanciadas, entre otras muchas, en el alcoholismo, el consumo de drogas, la ludopatía, la mitomanía, trastornos sexuales o de compras compulsivas, etcétera.

Todos los hijos, tres hombres y una mujer, de la familia Roy (Kendall, Shiv, Connor y Roman) padecen con diferentes intensidades estas tres capas de la cebolla del neurótico. Usan cotidianamente la violencia física y verbal para resolver sus problemas y conflictos, se drogan, son infieles a sus parejas, presumen de utilizar un lenguaje escatológico para situarse por encima de cualquier código de buena conducta y visibilizar su posición de superioridad (se trata de una autoalienación para sentirse superhombres y rechazar coerciones moralistas que les frenen). Su infantilismo eterno permanece asociado a la añoranza de recuerdos falsos y objetos triviales ubicados en la niebla de su infancia. Y, finalmente, se encuentran prisioneros de un deseo sembrado por la crueldad de su progenitor: han asumido que son de su propiedad. Él les concedió la vida y, por tanto, solo él puede darles aquello que más anhelan. Su existencia se convierte en una negación constante de sus responsabilidades individuales, incoando sus debilidades y vicios personales a una culpa colectiva familiar nacida de la herencia paternal y del modo que esta última ha tenido de enseñarles lo que significa la masculinidad y de qué cosas se halla compuesta la naturaleza humana (resumida en la relación de atracción y repulsión esencial que es activada entre el amo que domina y el esclavo que, una vez ha sido humillado y despejado del falo, obedece).

La torsión recibida en la psique por el modelo de autoridad al que deben rendir pleitesía e imitar, provoca que los hermanos Roy deseen la muerte del padre, al mismo tiempo que, aunque no quieren verlo, se reconocen a sí mismos en el reflejo del

espejo como impotentes, incompetentes y sin autoestima para ejecutar el crimen y asumir la continuidad del poder de la familia. Por ello, sin coraje aprendido, lo que sí saben es conspirar para que sean otros los que dejen caer la guillotina sobre su cabeza. La paradoja es que formando parte del uno por ciento de las personas más ricas del mundo, el resultado es que todos ellos viven como seres resentidos hasta la extenuación, como caricaturas de lo que podrían haber sido pero que nunca lograrán ser por no haber sido capaces de castrar la autoridad del padre y sí, en cambio, por haber consentido el cordón umbilical con su figura, hipertrofiando un narcisismo que carcome su dignidad y que, a la vez, les impulsa a castigar o abusar de cualquiera que perciban como inferior o más débil que ellos mismos. De hecho, esa es la pasta habitual de las personas que eligen para tener compañía y es condición para que consientan que estas puedan prosperar material y profesionalmente.

¿Qué síntesis extraemos de esta familia de locos? Aceptando la sátira, identificamos la existencia simultánea de un padre letal y otro padre ideal que acechan, estimulan y reprimen con asimetría los resortes que alumbran el nacimiento del resentimiento en una persona o grupo. El determinismo vulgar que se aplica para explicar cómo es alguien sustenta la causalidad de sus conclusiones en el análisis de variables como la inserción del sujeto en una clase social, cuál es su etnia, religión, nivel de estudios y el hecho de vivir en un modelo político y económico concreto. Todos estos elementos unidos son lo que alinea a una persona para ser receptiva a una determinada ideología y dar el consentimiento para ser conforme a lo que los otros esperan que sea. No obstante, siendo estos factores importantes, lo cierto es que no son suficientes para explicar de un modo integral la insatisfacción y el resentimiento de los grupos y de las personas individuales.

En consecuencia, hay que calibrar con mayor precisión la forma en que las relaciones sociales y la cultura hegemónica se cruzan entre sí e impactan tanto en la construcción de la personalidad como en la convivencia de esta con el inconsciente dentro de las estructuras tanto sociales como familiares. Con este juego ampliado, en el que ocurre que la

repulsión hacia algo puede ser igual de benigna que el deseo por algo, sí que podríamos aspirar a entender la complejidad del proceso que estructura a cualquier persona.

En el inicio de su carrera, Lacan consideró que el padre representa para el niño una cosa similar a la esfinge a la que se enfrentó Edipo: la figura asume en el mismo espacio una doble función, encarnando al agente de autoridad que enseña el saber de lo que está prohibido y, a la vez, siendo el referente o la meta para perpetrar la transgresión de la prohibición⁷². Esta dualidad o *imago del padre* es codificada en la memoria del cuerpo del hijo como si fuera un tatuaje invisible pero imperecedero: son apuntaladas, como parte del yo ideal, la característica fuerza viril para el caso del niño y la resistencia virginal para el de la niña. Esta *imago* es el asidero para adaptarnos a las innumerables rupturas de situaciones de confort a las que nos vamos enfrentando desde que venimos al mundo, funcionando como señal de apego y esquema de repetición con los que adquirimos una intuición de seguridad y aplacamos los sentimientos de miedo y desamparo.

En suma, el padre selecciona, con menor o mayor responsabilidad o acierto, un catálogo de significados, conductas y dones (supuestamente lo mejor de él) que pasa a los hijos bajo la forma del ideal del yo. Es fácil imaginar que si lo mejor de uno no es verdadero sino una mentira grotesca que se formula autoritaria y violentamente como pauta para que un hijo, por coacción, se compare con la adulteración de ese ideal, sucedería que el modo de entender la relación entre amo y esclavo queda cortocircuitado. Al vástago le faltarían partes de sí mismo, pues solo tendría pedazos inconexos: crecería con una *incompletitud* que bien podría perdurar toda su vida y amargársela. Precisamente lo que le hace incompleto es la sima por la que los profetas del resentimiento van a introducirse y avivar la tensión no resuelta, hasta apoderarse de la conciencia del incauto.

¿Qué podemos hacer para evitar este destino? La personalidad de un sujeto debe luchar por el reconocimiento extramuros de la ciudad que simboliza la familia. Su lucha, ni demasiado racional ni demasiado irracional, tendría que desear la obtención del reconocimiento tanto dentro como fuera de

ella, es decir, habría que alcanzarlo dentro de la metáfora de la atopía de Platón: ser reconocido por habitar virtuosa y desinteresadamente en los límites del saber para ayudar a que la sociedad funcione; esto es, una vez que me encuentro descentrado del exceso de egoísmo y narcisismo, adquiero el salvoconducto para ser merecedor del reconocimiento de la ciudad. En este espacio atópico, una vez me he descentrado de los deseos que me subordinan a la autoridad letal del padre, es donde podría descubrir el centrado de mi ser con los intereses comunes. La familia Roy no cabe duda de que jamás cruzó por la puerta de ese espacio.

La tensión familiar del mundo moderno demuestra una fase de evaporación, reducción y despedazamiento de la *imago* paternal con sentido moral, lo que ha generado otra división psíquica en las personas. Hemos examinado muchos ejemplos que nos permiten establecer que hay dada en nuestra realidad social una *cultura sentimental amoral* arraigada desde hace varios siglos en Occidente y que persiste como una onda larga que se proyecta al infinito.

Para explicarlo lo mejor posible, aclaramos qué es un sentimiento para la psique: la forma con la que una persona siente algo (una situación o un fenómeno) en la piel, en el corazón, en el estómago, etcétera. En cada sentimiento que experimentamos hay dada una magnitud que suma o resta el apego a la vida, o, dicho de otro modo, el sentimiento puede ser favorable o contrario a la vida. Los sentimientos desarrollan una escala de magnitudes en relación con el sentir de uno mismo y al saber que uno tiene. ¿De dónde procede ese saber? En la cultura sentimental aludida, un saber se acepta como verdadero e incuestionable si en la economía de los sentimientos sale una cuenta positiva para los intereses del sujeto.

Por consiguiente, ¿qué sucede con una economía sentimental que es resueltamente amoral? Que la estructura social que antes salvaba un orden, al licuarse, es sucedida por una neblina en la que ya no hay una sola y evidente autoridad, sea esta letal sea ideal. La claridad se pierde y en su lugar se abre un juego de espejos anamórficos donde lo bueno y lo malo se confunden entre sí y prácticamente se suceden por casualidad,

hasta el punto de que, si alguno de nuestros deseos queda insatisfecho, inmediatamente la rabia, la frustración, la acusación precipitada, los juicios de valor sin pruebas, el odio y la ira nos recorren el cuerpo: un alboroto de estímulos con significación simbólica entrando y saliendo como si fuéramos un pararrayos plantado en mitad de una tormenta eléctrica. A mi modo de entenderlo, este *hombre-pararrayos* es el síntoma de que ya no son aceptadas prohibiciones duraderas ni es asumido que el inconsciente sea una herramienta válida con la que reprimir las transgresiones. Por ende, todos los sistemas de valores pasan a ser transitorios y coyunturales. La demanda económica de esta cultura sentimental se centra en obtener el goce de nuestros sentimientos a toda costa.

Si odio a mi padre o mi padre es amoral porque valoro que este no satisface todos mis deseos, sino que más bien es un obstáculo o que es un inútil para poder lograrlos, buscaré otro padre. La dualidad contemporánea es una bifurcación neurótica entre acudir a la protección de un padre autoritario que me convierte en su deudor o en conformarse con vivir a la sombra de un sin-padre (el cual funcionaría a modo de placebo homeopático) tal y como ha sido construido por el capitalismo global.

En el rumbo que marca el capitalismo avanzado, tal y como apunta Recalcati⁷³, el deslumbramiento que antes generaba la potencia de ser del padre ha quedado sustituido por el deslumbramiento ilusorio de consumir objetos. En esta lógica, dominada por la autoridad del mercado, nunca habrá suficientes mercancías para acabar con la necesidad de gozar que tiene el individuo. Una necesidad del todo inabarcable que el sujeto experimentará todos los días hasta la muerte, generándose en su cuerpo un sinfín de sentimientos amorales si no logra aliviarla.

Vivir de ese modo, al albur de un sin-padre, implicaría que las personas se enamoran, por así decirlo, de un objeto como estrategia para ocultar la ausencia del padre, la cual forma parte de la *incompletitud* del resentido. El resentido, en esta manera específica de sentir al padre, cree que su falta procede únicamente de que los objetos que tanto desea poseer (no solo los que cubren la supervivencia y la dignidad sino los que

representan poder y estatus social) no solo no están a su alcance, sino que estarán siempre muy lejos de sus posibilidades de prosperar material y socialmente en la vida. Una vez que la autoridad queda fulminada por la neurosis del fetichismo de la mercancía, lo que le pasa al hombre es que le duele su falta, y aunque el sujeto activa su defensa afirmando que no lo sabe, sí que lo sabe. Convenimos pues que la Autoridad proporciona sentido a la vida. Esto explica, otra vez, por qué el fascismo aprende tan bien cómo realizar el proceso de apropiación de las formas de autoridad vigentes en una democracia: hay que ocupar el lugar del antiguo oráculo desde el que otorgar significación a las vidas sin sentido de los hombres y dictarles un prometedor porvenir a los que creen que lo han perdido o que les ha sido arrebatado.

Otro ángulo interesante para observar el conjunto de aristas que convergen en la *incompletitud* del resentido nos lo brinda la observación que hizo Freud de un curioso y minoritario síndrome de la infancia que denominó *novela familiar de los neuróticos* («*Family Romances*»). La sintomatología consiste en que el niño inventa una fantasía que «se ocupa de librarse de unos menospreciados padres y sustituirlos por otros, en general unos de posición social más elevada. Para ello, se aprovechan encuentros casuales con vivencias efectivas (conocer al señor del castillo o al terrateniente, en el campo, o a los nobles, en la ciudad). Tales vivencias casuales despiertan la envidia del niño, envidia que luego halla expresión en una fantasía que le sustituye a sus padres por unos de mejor cuna»⁷⁴.

Reconocemos rápidamente en la descripción que el objetivo principal es la venganza derivada de la represión libidinal que los padres van imponiendo al hijo hasta el inicio de la pubertad. En esta dinámica los niños talentosos o que se permiten llegar más lejos en su mundo imaginario, no se conforman con exaltar que sus auténticos padres son otros; siempre más ricos, cultos y poderosos, sino que se concentran en negar la consanguinidad con el padre, mientras que mantienen intacta la ligazón con la madre, la cual pasa a tener una ajetreada vida sexual, es decir, una vida secreta que solo es conocida por sus auténticos hijos. Por tanto, la inclinación

al resentimiento inicia su vida pulsional en clave perversa asociada a sentimientos de envidia y venganza suscitados por las prohibiciones que imperan en la estructura familiar y por el modo en que el niño, desde la familia, entra en contacto y se compara con el resto de las estructuras sociales, así como con otras estructuras familiares.

La historiadora Lynn Hunt⁷⁵ intentó articular una conexión entre la venganza infantil contra los padres expuesta por Freud y la venganza colectiva de una sociedad hacia sus figuras de autoridad. En concreto, Hunt correlaciona que en 1789 el pueblo de Francia fue urdiendo un relato inconsciente para sustituir al rey y la reina por otro tipo de familia alternativa en la que los hermanos adquirirían toda la responsabilidad para fijar una nueva estructura de autoridad. Su original síntesis halla la forma de entrelazar en los movimientos políticos revolucionarios y contrarrevolucionarios un ir y venir subterráneo entre los que cesan a los padres originales de su puesto en favor de una paternidad de iguales versus los que aspiran a restituir una fuerte autoridad de marcado ascendente patriarcal. Una formulación que volvería a repetirse en la revolución bolchevique de Rusia con el fusilamiento del zar Nicolás II y su familia en 1918, y la paradójica evolución posterior en torno a la autoridad letal de Stalin. Es indudable que en la imaginería de la izquierda cultural versus la del conservadurismo yace un duelo entre formas de autoridad paternofiliales en oposición, siendo rastreable la transferencia de este conflicto sin resolver en las políticas dogmáticas que defiende cada facción relacionada con la protección de derechos y libertades, la educación y las creencias nacionalistas, raciales y religiosas.

Hasta aquí hemos analizado principalmente al padre, pero es necesario también evidenciar que hay una madre ideal y otra letal, y que la mayor presencia de la una sobre la otra y viceversa también abre otros caminos para abocar a que un hombre o una mujer sean proclives al resentimiento. La madre letal fue diagnosticada por Lacan mediante la metáfora del cocodrilo. En concreto, advirtió que la autoridad de la madre casi siempre «produce estragos» puesto que cumplir con su deseo maternal es un riesgo permanente para el hijo; es decir,

viene a ser como «estar dentro de la boca de un cocodrilo. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre»⁷⁶.

El problema (cuando la boca se cierra) comienza cuando la madre, desde mucho tiempo antes de que se produzca no ya el parto sino el embarazo, sueña despierta con traer al mundo un hijo ideal, perfecto, como materialización del reflejo idealizado que ella desea para sí misma. Después, cuando la realidad que trae consigo el nuevo ser irrumpe, la tensión psíquica entre la demanda de la madre y el desarrollo de la personalidad del hijo se desequilibra cuando ella no acepta el real imperfecto de este, y reivindica su poder sobre él para maquillar, corregir y, finalmente, provocar una torsión para que el reflejo que le devuelve el espejo de su criatura sea, al fin, el de la adecuación a su sueño narcisista.

El cocodrilo hembra de Lacan es un ser oral que quiere masticar o fagocitar a su cría. No aceptará nunca una separación emocional ni le concederá un amor incondicional ni desinteresado que vaya más allá de su propia integridad y bienestar, sino que, muy al contrario, lo querrá todo de él para ella. Hay un goce oculto de la madre sobre el hijo.

Por ejemplo, en el comportamiento de Hitler y en el inconsciente del líder fascista se reconocería que, pese a que la manifestación pública que se encarna es la configuración de un padre poderoso y el culto a la masculinidad, en realidad estaría predominando subterráneamente la mentalidad de un hijo que actúa como el emisario de una madre caníbal. Pero, en este caso, su canibalismo funcionaría de una forma diferente a la practicada por un padre (cuando el padre devora a sus hijos, lo hace como venganza por haber sido traicionado. Es un acto de disciplina radical y desprecio). En la madre letal, su deseo caníbal es el disfrute de un goce libidinal que obtiene de tener esclavizado a su siervo genético. La madre fascista es la que compulsivamente quiere saberlo todo de su prole: lo que les pasa, lo que piensan, lo que hacen y dicen. Es una barroca exaltación de la sed de control y de la anulación de la voluntad del otro. La madre letal, la madre cocodrilo y la madre fascista jamás despreciarán a sus hijos por orgullo o como venganza,

sino que buscarán la forma de tenerlos prisioneros para recibir su adoración.

Resulta pertinente que nos detengamos nuevamente en el caso específico de Hitler. Es sabido que fue un ciclán, lo que significa que, de nacimiento, tuvo un solo testículo o, dicho con otras palabras, al perder en el útero materno un testículo, se transformó, en el campo de lo simbólico, en un cíclope. La madre de Hitler, Klara Pözl, le impuso una entrometida revisión diaria que ella misma realizaba y que duró hasta el inicio de su adolescencia: al levantarse cada mañana, le hacía bajarse los pantalones ante su inquisitiva mirada para comprobar si el objeto ausente había bajado²⁷. Con independencia de que la propia madre le inculcase que algo le faltaba para ser alguien completo, la literatura científica concluye que hay un patrón de conducta entre los ciclones caracterizado por ser personas hiperactivas, con poca capacidad de concentración, con alta irascibilidad y con una angustia lacerante a la posibilidad de que alguien les dedique cualquier tipo de crítica o que les ridiculice. Asimismo, proyectan en su mente una imagen desproporcionadamente mejorada de sus propias capacidades (llegando a creer que tienen poderes mágicos, como el de leer la mente). Por tanto, crean mundos imaginarios donde se sienten seguros y reconocidos.

La mayor parte de estos rasgos han sido identificados por testigos que conocieron a Hitler, según consta en diversas biografías. Pero el elemento que justifica que le traigamos al centro de este análisis es el que concierne a la identificación que hizo de su madre con los ojos hipnóticos de la cabeza de Medusa, rodeada por una docena de serpientes, en un cuadro de estilo expresionista pintado por Franz von Stuck, a la postre uno de los preferidos de Hitler. De hecho, encargó una réplica para que adornara su despacho en la Cancillería.

Freud fue de la opinión de que había una relación entre el mito de Medusa (que estaba embarazada de Poseidón cuando fue decapitada mientras dormía por el héroe Perseo) y el miedo a la castración. En un estudio psicoanalítico del célebre e infame *Mein Kampf* (*Mi lucha*) queda identificada en una escena del libro la prueba de que Hitler experimentó la

angustia de castración a la edad de tres años, cuando podría haber sido testigo de cómo su padre copulaba con su madre con una brutal agresividad (este momento traumático o escena primaria del trauma queda enmascarado en su obra homónima como una anécdota sobre las condiciones precarias en las que vivía una familia numerosa de clase trabajadora a la que supuestamente conocía)⁷⁸.

Efectivamente, Hitler fue un psicótico colmado de fobias múltiples que se deslizan por todas partes de sus escritos, cartas y discursos, desahogando sus miedos en la demonización, también sexual, de los judíos: acusándoles de practicar el incesto impunemente y de que Viena era la cuna moderna del incesto arcaico. Dejó constancia de la recurrencia de una pesadilla nocturna que le angustiaba en la que una serpiente le estrangulaba el cuello hasta morir de asfixia. Esta fantasía, de aromas incestuosos, fue igualmente transferida a paranoias diurnas en las que imaginaba que los judíos conspiraban a sus espaldas para asfixiarle mientras dormía⁷⁹. En definitiva, resulta plausible que el trauma familiar sea proyectado al discurso político, igual que el resentimiento gestado en una estructura familiar puede filtrarse a la práctica común de la política y a sus registros radicalizados.

La última parada que hacemos para terminar de examinar los efectos de resentimiento que pueden impulsar las demandas de los padres en los hijos corresponde a la película de Netflix *Hillbilly Elegy* (2020), dirigida por Ron Howard. Se trata de una adaptación de la novela superventas de tintes autobiográficos *Hillbilly, una elegía rural: Memorias de una familia y una cultura en crisis*, escrita por J. D. Vance. El argumento presenta cómo son las relaciones de parentesco en la humilde familia Vance, afincada en Kentucky, en la zona de los Apalaches, donde el índice de pobreza entre personas blancas es de los más altos de EE. UU. La madre del protagonista es una enfermera sanitaria adicta a las drogas que fracasa deliberadamente en todas sus relaciones sentimentales, se supone que por el trauma de haber tenido que contemplar impotente, durante toda su infancia, cómo su propia madre, la abuela materna de J.D., era maltratada por un marido alcohólico. Así que el joven Vance creció en un medio rural

dentro de una estructura familiar disfuncional, adaptándose a la convivencia a la que le obligó su madre con una docena de padrastros que a su vez arrastraban a sus respectivos hijos de anteriores matrimonios, hasta que pudo independizarse al enrolarse en el Cuerpo de Marines y después graduarse en derecho en la Universidad de Yale. La trayectoria vital de J.D. se convierte en una epopeya de superación personal y consecución del sueño americano a pesar de todas las vicisitudes.

Destacamos varios elementos relacionados con el origen del resentimiento que refuerzan lo visto hasta el momento. En la novela queda subrayada la queja de la esterilidad de los partidos políticos tradicionales, demócrata y republicano. Ambos son acusados del fiasco moral de haber extendido entre la opinión pública la visión de que el modo de vida de la clase pobre de blancos de los estados del Medio Oeste y Sur es decrepito y que no merece ningún respeto. Las doctrinas de Clinton y Obama son criticadas con dureza porque tienden a prejuzgar que todos los problemas relacionados con la pobreza, la desigualdad económica y la falta de oportunidades obedecen a aspectos globalizados que hay que cambiar mediante políticas federales, sin entrar en el terreno de intentar comprender cómo es el funcionamiento de las estructuras familiares en el ámbito de los pueblos fundados por asentamientos de inmigrantes de hace un siglo, ni cuáles son las particularidades de sus costumbres y de la cultura local. Los neoconservadores tampoco se libran de la crítica, puesto que se han limitado a bajar impuestos y desregular el mercado para que hasta el pobre e ignorante pueda abrir un negocio y endeudarse hasta la médula, mientras permiten que la industria se deslocalice fuera del país. Ninguna de estas perspectivas soluciona el resentimiento, sino que lo agrava, porque hay una miopía hacia lo sentimental y, acorde con la argumentación de Vance, se ningunea la tradición de las castas originales.

En consecuencia, el resentimiento político latente se revuelve hacia la invisibilidad o el hacer parecer como insustancial la influencia que tienen las relaciones personales y familiares dentro de estos grupos sociales, denunciando el aire de superioridad que «los suyos» perciben del resto de blancos de

las clases medias que viven en las grandes ciudades y de la clase política que proviene de ese mismo entorno. El autor habla de valores, esfuerzo, obstinación, no sentirse inferior y rechazar la condescendencia tanto de las instituciones como de cualquier élite. Es por ello por lo que el discurso de Trump, para Vance, es razonable o, dicho de otro modo, entiende las causas por las que los blancos pobres y los que habían salido de la pobreza por vías similares a la suya le votaron en masa, en 2016, al escuchar en él un modo de decir las cosas que les encajó⁸⁰.

¿Cómo cree Vance que se «salvó» a sí mismo de la maldición de su familia? En el filme se acentúa el sentimiento de vergüenza que el protagonista sintió al verse obligado a revelar a su novia universitaria cuáles eran sus orígenes y quiénes eran los miembros de su familia. Por tanto, uno de los mensajes de exaltación es el de la superación del sentimiento de inferioridad. La reacción que se produce suele ser muy similar en estos casos: reivindicar su comunidad de iguales y vengarse del mundo proponiendo un discurso de justicia y supremacía moral, religiosa o étnica, y exponiendo que el orgullo purificador se obtiene a través del sufrimiento y la constancia. Recuperándose así el discurso de las virtudes de la ética protestante, pero sumando una singularidad de índole nacionalista; en este caso concreto, el hecho de ser un descendiente de escoceses al mismo tiempo que un patriota acérrimo de América. Por supuesto, es la abuela la que sirve como vehículo de transmisión cultural con el que hilar esta dinámica de autosugestión.

Precisamente, el otro eje fundamental de su camino a la salvación estriba en tener la voluntad de liberarse del propio resentimiento que domina a su madre y pasar a ser acogido bajo la disciplina protectora de su abuela materna. Las flaquezas de la madre de Vance son retratadas sin apenas compasión, siendo reducida a una psicótica llena de adicciones que se resiste a que su hijo prospere. Su deseo es retenerlo para que sea su compañero inseparable en el ecosistema de fracasados. No se trata de la representación de una madre cocodrilo al uso, sino directamente el reflejo de la perversidad

de una banal perdedora que no tuvo la suerte de que una abuela redimida la rescatara a tiempo.

La simplicidad de los argumentos utilizados por Vance para justificar, explícita o implícitamente, el porqué de que su destino haya sido tan diferente al de sus familiares no es que salte a la vista, sino que se convierte en otra prueba de la magnitud de aquello que no tenemos en cuenta para comprender de dónde vienen las semillas que hacen florecer el resentimiento, a pesar de las apariencias de normalidad y el disimulo con que las personas sobrellevan el disgusto de compararse con los demás.

Repito esta idea clave que hemos ido apuntando en cada uno de los capítulos: la comparación provoca que se exagere en nuestra conciencia aquella parte que aprendemos a creer que nos falta y que necesitamos recuperar para poder sentirnos completos. La insatisfacción y la repetición de esta insatisfacción por el acto compulsivo de no dejar de compararnos con alguien o con algo, constituyen la materia prima de la que están hechos los barrotes de la jaula del resentimiento.

El resentimiento es la mirada con la que condenamos a ciertas personas y fenómenos del mundo por considerarlos responsables de lo que nos falta. En ocasiones, son los padres los que nos han condenado de antemano a que adoptemos esa mirada. Heredamos de ellos la mirada de un ser caído, la de alguien que se queja de no ser querido lo suficiente, de que no le hablan lo suficiente, de que no le miran lo bastante y de que no le reconocen sus talentos todo lo que se merece. En este tipo de herencia emponzoñada queda objetivado lo que le falta a la prole de los multimillonarios Roy en *Succession*. La herencia paternal que recibe J.D. Vance de los Apalaches en *Hillbilly* es algo diferente: un reflejo de las fantasías de los deseos del pobre, es decir, de estar ávido de goce y querer superar la posición de aquel que está destituido de cualquier poder por la mirada de los demás. Para abandonar su posición de inferioridad, J.D. tiene que compensarlo con aquello que no tuvo en su infancia, lo que explica que adopte en la evolución de su psiquismo el rigor ascético y la perseverancia

incorruptible que, a su vez, pasan a articular sus preferencias políticas como adulto.

EL ENEMIGO QUE ESTÁ EN MÍ: AGITACIÓN VERSUS RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

Una persona existe social y psicológicamente en dos mundos simultáneos: el mundo de lo público, en el que sus rasgos predominantes y con los que habla e interactúa se corresponden con la educación formal recibida, el ejercicio de su profesión y su pertenencia a una clase social, credo, etnia y género. En este mundo abierto a todos, proyecta una conducta política en la que asume las reglas, las leyes, los derechos y las obligaciones que la sociedad ha establecido como una represión necesaria para que todo funcione. El otro mundo es el personal, y el núcleo que lo cohesiona gira en torno a cómo están estructuradas las relaciones familiares y de parentesco. Aquí también queda armada la otra parte primordial de la conducta política del sujeto, al asumir unos saberes, creencias y costumbres que completan el proceso de represión con el que después va a funcionar en la vida.

Para entender la explotación que hace el fascismo del resentimiento hay que caer en la cuenta de que ambos mundos son una sola cosa: funcionan como una unidad. No solo sería una ingenuidad pensar que no hay una interdependencia entre ellos, sino que hay una causalidad que es la que produce que existan contradicciones entre sí y provoca que las características que son posibles en cada uno se estimulen o inhiban en una dirección u otra a cada paso de la vida. La ilusión de querer separar ambas realidades ya hemos demostrado que solo es una manifestación de la negación que hace una persona para adaptarse y sobrevivir a lo real. La política del mundo doméstico mastica la política del mundo público y, al revés, el mundo público termina por excrementar la digestión que hace del mundo doméstico. Y, por supuesto, la represión que nace de los dos mundos, que es la ligazón del uno, crea un inconsciente único que acumula rasgos particulares (de lo familiar) y otros compartidos (de lo cultural).

Freud explica la negación partiendo de esta sencilla aproximación: «“Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es”. Nosotros rectificamos: Entonces es su madre»⁸¹. Sucede que cuando negamos algo que nos incomoda o perturba, en realidad estaríamos percatándonos de aquello que hemos reprimido. Se podría decir que cuando una persona siente una compulsión porque alguien le indica con imparcialidad que ha realizado un comentario o gesto moral y políticamente inoportuno, incorrecto o desafortunado, y reacciona clamando eso de «Yo no soy una persona violenta», «Yo no soy un machista» o bien «Yo no soy un racista», lo que sucede es que este tipo de enunciados son el disfraz de un goce encubierto que circula por el inconsciente y que lucha por salir a la luz. Por supuesto que la persona a la que se le enseña que aquello que niega que existe en la realidad, es justamente lo que queda en él, y que sus actos de negación encubren efectos perniciosos para sí mismo y para los demás, por lo general, lo rechaza vehementemente. Niega la posibilidad de que se esté autoengañando, así como tampoco acepta que haya cometido con dolo un error o una equivocación.

¿Qué logra una persona negando lo que le disgusta o angustia de él mismo o de otra persona? Enderezar la represión. Nos negamos a tener que aceptar que gozamos con aquello que nos han enseñado que tenemos que evitar o tener bajo control libidinal porque, si no lo contuviéramos, tendría consecuencias destructivas, inmorales y maliciosas. La negación es una fórmula para que la represión de lo que nos atemoriza y avergüenza, aunque sea lo que más deseamos, nunca salga a la luz de la conciencia.

Como analizamos en el capítulo de la propaganda, el lobo agitador huele en el aire la fragilidad de los corderos resentidos y prepara tinta de sangre para que firmen la diabólica propuesta que les presenta: a cambio de que le sigan, les permitirá que parte del goce que ocultan (aquello que el Padre les prohibió) salga fuera de la cueva. Les dará una cerradura por la que entrar en el mundo y dejar de negar. Firman con el Diablo, que pasa a ser el padre elegido justamente para castigar al suyo propio.

El resultado de esta alienación no es tan burdo como el que alguien pueda empezar a decir impunemente que es un racista, un violento o un machista. El juego de la desublimación de la represión y la desactivación transitoria de la negación es más inteligente que eso. Consiste en sugestionar a la persona para reafirmarla en una misión y que pueda creer y decir sin titubeos que su lucha renegada (abandonar los ideales del Padre) se debe a que es un patriota, un hombre decente y un padre ejemplar. De modo que para alcanzar la nueva meta sea legítimo actuar justamente de la manera que antes se negaba para sí: ahora puede gozar por comportarse como un antidemócrata, sin sentir culpa, por ejemplo, siendo antisemita, explotando al negro, subyugando a la mujer, marginalizando al musulmán, criminalizando al simpatizante del comunismo democrático o clamando por la conveniencia de un dictador; cualquiera que obstaculice la misión queda cosificado o deshumanizado para garantizar las virtudes que la sociedad necesita según el evangelio del falso profeta ante el que decide rendirse. Se produce así una inversión en los valores y se sustituye la cadena de los significantes que antes prevenía de lo malo por otra cadena con la que distorsionar lo real y sentenciar al enemigo de la sociedad.

El agitador del fascismo amistoso contemporáneo se valdrá de un evangelio remozado en el que los problemas sociales genuinos serán presentados a través de versiones tergiversadas. El objetivo de su propaganda será que sus seguidores deserten de todas las lealtades previas y se refugien en el árbol de la ciencia del resentimiento, por haber sido supuestamente desvalorizados o maltratados por grupos sociales concretos que pasan a ser chivos expiatorios. El agitador hablará en una lengua primitiva y a la vez familiar, que ensalzará todos los aspectos culturales atrofiados por el progreso de la historia, e insistirá en la necesidad perentoria de que se produzca su retorno para instaurar un orden justo en la sociedad. En su discurso no reconoceremos la preocupación de que las soluciones sobre las que hablan sean lógicas y plausibles, ya que el discurso de la racionalidad no es bienvenido en su retórica. Prevalecerá el discurso de los sentimientos en oposición contra algo y amenazados por alguien. No importa pues que no haya coherencia ni solidez en el programa político

vendido a las masas. En cambio, cuando más irracional y escapista sea, paradójicamente obtendrá una mejor recepción. El énfasis irrenunciable de esta propaganda será el de presentar una situación de emergencia y erigirse como la única salida, o la última oportunidad, para evitar el colapso de la sociedad.

En la edad dorada del fascismo del siglo XX, como diagnosticó Leo Lowenthal⁸², su propaganda presentaba unas «fuerzas del mal» tan poderosas (que equivalían a comunistas, liberales, socialistas, demócratas, ateos, masones, judíos, negros, musulmanes, etcétera) que prescribía la idea de que era imposible hacerles frente con la moral decadente de las élites y las limitaciones del estado de Derecho. Una justificación manipuladora para exigir una toma de partido radical ante la deformación de la realidad social; es decir, había que empujar el crecimiento de los sentimientos amorales para pasar a la acción de la secesión o la anexión, y la destrucción y el exterminio. Hoy día, estas disyunciones extremistas aparecen subrepticamente, pero el trasfondo inconsciente de la vociferación de los líderes del presente y de sus seguidores encierra el mismo impulso de muerte.

Concluimos en el análisis del juicio de Auschwitz la idoneidad de tener el coraje de asumir una catarsis colectiva cuando se cometen crímenes contra la humanidad para no ser víctimas de la amnesia social y correr el riesgo de la repetición. Pero sería injusto no ahondar en que hay un elemento fundamental que pivota en la responsabilidad individual de cada uno de nosotros ante situaciones de polarización política, aceleración de la propaganda y deshumanización del prójimo. Esta responsabilidad o cuidado de uno mismo hemos de practicarla como un artefacto de contención del resentimiento que cualquiera puede albergar en su interior y que puede ser estimulado fácilmente desde el exterior.

En este sentido, recupero como coda final el diagnóstico de Viktor Frankl, psiquiatra y superviviente de Auschwitz, sobre la responsabilidad colectiva como especie y la importancia de fijarla como meta para que cada uno de nosotros tome conciencia de lo que anda en juego:

Una de las manos no debe envanecerse de no ser ella, sino la otra, la que presenta un tumor, pues siempre es todo el organismo el que se halla enfermo. De modo que no se alegren demasiado las naciones de no haber sido ellos, sino la alemana, la que cayó en el nacionalsocialismo: pues fue toda la humanidad la que estaba enferma.⁸³

Nadie puede escudarse en la ignorancia absoluta ni en la impotencia absoluta de aquello que consiente en el plano político. Y al mismo tiempo, cada persona debe confrontar con sus debilidades y entender que el orgullo, la desmesura y el odio hacen al tirano que vive en ellos como una parte de su psiquismo y que ese «pequeñín» se manifiesta aquí y allá en sus relaciones familiares y en las creencias políticas que adopta, por bienintencionadas que estas sean en apariencia o en el plano filosófico y teórico. Freud siempre valoró como una innovación apasionante la forma que tuvo Marx de encarar el análisis de la estructura socioeconómica. En efecto, en una conferencia que impartió en 1933 no tuvo reparo en coincidir con el pensador alemán en que «las relaciones económicas ejercen un influjo entre los hombres que afecta a sus posturas intelectuales, éticas y artísticas»⁸⁴.

Sin embargo, intuyó que la pedagogía del experimento revolucionario en toda su amplitud una vez fue llevado a la práctica en Rusia, no tendría más remedio que convertirse en un audaz y cruel lavado de cerebro, lo que presumiblemente llevaría a la sociedad naciente otra vez al punto de partida, pues «difícilmente se podrá alterar la naturaleza humana en el transcurso de unas pocas generaciones y establecer una convivencia casi sin fricciones entre los seres humanos». En consecuencia, consideró que las personas «no podrán ser educadas sin prescindir de la compulsión, de la prohibición de pensar y de aplicar la violencia». Ante tener o no que tomar ese tipo de decisión para culminar el sueño de alterar el rumbo de la cultura, él, advirtió, «no sabría dar ningún consejo».

El pesimismo de Freud hay que tomarlo como un modo de optimismo trágico, en el sentido de que tenemos que aprender a tratar con el carácter indomeñable de la naturaleza humana; la misma que nos hace adoptar el semblante de un resentido. Los demócratas que presuman de que ellos no han sido ni serán prisioneros del resentimiento, sin saberlo, están negando la realidad. Lo que está en juego es no caer en un estado de

apatía en el que uno ni esté vivo ni esté muerto, sino que hay que asumir la responsabilidad política de indicar con el dedo la falsa realidad.

La urgencia de vivificar a las instituciones muertas para revitalizar la fe en la democracia representativa es una cuestión existencial de la que nadie puede desentenderse; ni siquiera el neurótico. El acto reflexivo de entender las causas de aquello que nos hace que insultemos, despreciemos y odiamos al otro, es el primer paso si hemos decidido que nuestra vida alcance un auténtico sentido existencial y espiritual. ¡Que nadie se llame a engaño! La batalla para no seguir perpetuando el asesinato entre hermanos continúa siendo el fantasma de lo que hay pendiente para cada generación. El enigma que la civilización realista, con su cultura tecnológica, ha sido incapaz de resolver es el de cómo se fabrica un mundo en el que sean una certeza la suspensión del odio, de la ira y del deseo de humillar y doblegar al otro.

Notas

- [1](#) Wiggershaus, Rolf. *La Escuela de Fráncfort*. Fondo de Cultura Económica. México, 2009, pg. 375.
- [2](#) Kojève, Alexander. *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Leviatán (2012), pp.12-15.
- [3](#) Weber, Max. «*Legitimidad y mantenimiento del carisma*» en *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica (2014), pg. 1.149.
- [4](#) *ibíd.*, Kojève, pp. 35-36.
- [5](#) Erikson, Erik. «*Hitler`s Imagery and German Youth*». *Psychiatry*, V (1942).
- [6](#) Fromm, Erich. *El humanismo como utopía real*. Paidós (2007), pg. 139-140.
- [7](#) Jones, Ernest. *On the nightmare. The significant story of witchery and religion*. Liveright (1952), pg. 155-160.
- [8](#) Loewenstein, Rudolph. *Christian and jews*. Delta (1963) pg. 103.
- [9](#) Scheler, Max. *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*. Encuentro (2007) pg. 40.
- [10](#) Mallmann Klaus-Michael. *Hallmond und Hakenkreuz: Das Dritte Reich, die Araber und Palästina*. Primus Verlag (2010), pg. 118.
- [11](#) Abdel-Samad, Hamed. *Islamic Fascism*. Prometheus (2016), pg. 77.
- [12](#) Greenblatt, Stephen. *Ascenso y caída de Adán y Eva*. Crítica (2018), pg. 73.
- [13](#) Platón. *Apología de Sócrates*. Espasa (2012), pg. 67.
- [14](#) Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. Siglo XXI* (2020), pg. 16.
- [15](#) Freud, Sigmund. *Moisés y la religión monoteísta*. Alianza (2015), pg. 158.
- [16](#) *Ibíd.*, pg. 156.
- [17](#) Dawkins, Richard. *El cuento del antepasado*. Bosch (2010), pg. 82-89.
- [18](#) Montaigne, Michel de. *Los ensayos*. Acantilado (2007), pg. 1498.
- [19](#) Horkheimer, Max. *Anhelos de justicia*. Trotta (2000), pg. 106.
- [20](#) Diamond, Jared. *El mundo hasta ayer*. Penguin Random House (2015), pg. 285.
- [21](#) Douglas, Mary. *Pureza y peligro*. Nueva Visión (2007), pg. 183.
- [22](#) Scheler, Max. *Ressentiment*. Marquette University Press (2010), pg. 32.
- [23](#) Pierre Zaoui. *La discreción o el arte de desaparecer*. Arpa (2017), pg. 13.
- [24](#) Descartes, René. *Discurso del método. Meditaciones Metafísicas*. Austral (2010), pg. 124-125.
- [25](#) Boym, Svetlana. *El futuro de la nostalgia*. Machado (2015) pg. 19.
- [26](#) Klibansky, Raymond, Panofsky Erwin. *Saturno y la melancolía*. Alianza (2004), pg. 123
- [27](#) Alquié, Ferdinand. *La nostalgie de l'être*. PUF (1992).
- [28](#) Stein, Edith. *El problema de la empatía*. Trotta (2004), pg. 34.
- [29](#) Sartre, Jean-Paul. *Crítica de la razón práctica*. Tomo I. Libro II. Losada (1963), pg. 19.
- [30](#) Eco, Umberto. *Contra el fascismo*. Lumen (2018), pg. 35.

- [31](#) Watt Smith, Tiffany. *Schadenfreude. The Joy of Another's Misfortune*. Profile (2018), p. 12.
- [32](#) Nietzsche, Friedrich. *Obras completas*. Giorgio Colli y Mazzino Montinari (1980), volumen XI, pg. 610.
- [33](#) Deleuze, Gilles. *Diferencia y repetición*. Amorrortu (2009), pg. 30-31.
- [34](#) Safranski, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Tusquets (2010), pg. 308.
- [35](#) Wainwright, Arthur. *La Trinidad en el Nuevo Testamento*. Clie (2015), pg. 219.
- [36](#) Lancaster, Roger. *Sex Panic and the Punitive State*. University of California Press (2011).
- [37](#) Wypijewski, Joann. *What We Don't Talk About When We Talk About #MeToo*. Verso (2020) pg. xxiii
- [38](#) op. cit., Sartre. Tomo I. Libro I, pg. 267.
- [39](#) Langguth, A.J. *After Lincoln. How the North Won the Civil War and Lost the Peace*. Simon & Schuster (2014), pg. 276-282.
- [40](#) Kuhn, Thomas S. *El camino desde la estructura*. Paidós (2002), pg. 12-13.
- [41](#) Fromm, Bella. *Blood and Banquets. A Berlin Diary 1930-1938*. Touchstone (1992), pg. 273-274.
- [42](#) Roudinesco, Élisabeth. *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Fondo de Cultura Económica (2012), pg. 106.
- [43](#) Frieztche, Peter. *De alemanes a nazis*. Siglo Veintiuno (2006), pg. 199-200.
- [44](#) Valero, Vicente. *Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza*. Periférica (2017), pg. 56.
- [45](#) Recalcati, Massimo. *Las manos de la madre*. Anagrama (2018), pg. 75.
- [46](#) Lewis, David. *Triumph of the will? How Two Men Hypnotised Hitler and Changed the World*. Mi Press (2019), pg. 107-108 y 117-121.
- [47](#) Scurati, Antonio. *M. El hijo del siglo*. Alfaguara (2020), pg. 87.
- [48](#) op. cit., Frieztche, pg. 154.
- [49](#) Miller, Jacques-Alain. *El último Lacan*. Paidós (2013), pg. 93.
- [50](#) op. cit., Scurati, pg. 131.
- [51](#) Foucault, Michel. *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros*. Akal (2009). Tomo II, pg. 320-321.
- [52](#) Panofsky, Erwin, Klibansky Raymond, Saxl Fritz. *Saturno y la melancolía*. Alianza (2004), pp. 115-117.
- [53](#) Fromm, Bella. *Blood and Banquets. A Berlin Diary 1930-38*. Simon & Schuster (1992) pg. 173.
- [54](#) Savatier, Thierry. *El origen del mundo. Historia de un cuadro de Gustave Courbet*. Trea (2009), pg. 77.
- [55](#) Kant, Immanuel. *Opúsculo de la filosofía natural*. Alianza (1992) pg. 148.
- Lacan, Jacques. *Seminario 14: La ética del psicoanálisis*. Paidós (1997), pg. 229.
- Dichter, Ernest. *The Strategy of Desire*. Martino Publishing (2012), pg. 40.
- Lacan, Jacques. *Seminario 11: Los cuatro conceptos del psicoanálisis*. Paidós

- (2008), pg. 220.
- Wittmann, Rebecca. *Beyond Justice. The Auschwitz Trial*. Harvard University Press (2005), pg. 272.
- Recalcati, Massimo. *¿Qué queda del padre?* Xoroi edicions (2011), pg. 33.
- Haueisen, Heinz. «Auschwitz—eine Herausforderung» en *Ein Jahrhundert Frankfurter Justiz: Gerichtsgebäude A: 1889-1989. Frankfurt: Studien zur Frankfurter Geschichte n° 27* (1989), pp. 185-200.
- Morus, Christina. «The SANU Memorandum: Intellectual Authority and the Constitution of an Exclusive Serbian People». *Communication and Critical/Cultural Studies*, 4(2), (2007), pp. 142-165.
- Núñez, Isabel. *Si un árbol cae. Conversaciones en torno a la guerra de los Balcanes*. Alba (2008), pg. 69.
- Marx, Karl. *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro y otros escritos*. Biblioteca Nueva (2012), pg. 59.
- Kaufman, S. J. *Modern hatreds: The symbolic politics of ethnic war*. Cornell University Press (2001), pg. 16.
- [66](#) Gross, Bertram. *Friendly Fascism. The New Face of Power in America*. Black Rose Books (2017), pg. 170.
- [67](#) Freud, Sigmund. *Obras completas. Volumen 16. Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)*. Amorrortu (2017), pg. 370.
- [68](#) Adorno, Theodor W. *Ensayos sobre la propaganda fascista. Psicoanálisis del antisemitismo*. Paradiso (2005), pp. 54-57.
- [69](#) Isenberg, Nancy. *White Trash. Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses*. Capitán Swing (2020), pp. 665-671.
- op. cit.*, Scheler, Max (2010) pg. 42.
- Freud, Sigmund. *Obras completas. Volumen 22 (1932-1936)*. Amorrortu (1992), pp. 214 y ss.
- [72](#) Lacan, Jacques. *La familia. Homo Sapiens* (1977), pp. 27-28, 31-32 y 49.
- [73](#) *op. cit.*, Recalcati, Massimo (2015), pp. 30-31.
- [74](#) Freud, Sigmund. *Obras completas. Volumen 9 (1906-1908)*. Amorrortu (1992), pp. 218-219.
- [75](#) Hunt, Lynn. *The Family Romance of the French Revolution*. University of California Press (1992).
- [76](#) Lacan, Jacques. *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós (2008), pg. 118.
- [77](#) Waite, Robert G.L. *Adolf Hitler. The Psychopathic God*. Basic Books (1977), pg. 150 y ss
- [78](#) *ibid.*, pg. 163.
- [79](#) *ibid.*, pg. 165.
- [80](#) Ver <https://www.theamericanconservative.com/dreher/trump-us-politics-poor-whites/>
- [81](#) Freud, Sigmund. *Obras completas. Volumen 19 (1923-1925)*. Amorrortu (1992), pg. 253.
- [82](#) Lowenthal, Leo. *False Prophets. Studies on Authoritarianism*. Routledge

(1987). pg. 159.

[83](#) Frankl, Viktor. *La voluntad de sentido*. Herder (2002), pg. 100.

[84](#) Freud, Sigmund. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Amorrortu (2016), pp. 232-235